



00278206

# CRITICAS Y NARRACIONES



# "GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS"

*Director: Alberto Palcos*

## OBRAS PUBLICADAS:

- I.—Domingo F. Sarmiento: *Discursos Populares.*
- II.—Juan B. Alberdi: *Autobiografía.* La evolución de su pensamiento.
- III.—Lucio V. Mansilla: *Retratos y Recuerdos.*
- IV.—Juan B. Alberdi: *Viajes y Descripciones.*
- V.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Selectos.*
- VI.—Domingo F. Sarmiento: *Cuatro Conferencias.*
- VII.—General Tomás Guido: *San Martín y la Gran Epopeya.*
- VIII.—Lucio V. López: *La Gran Aldea.*
- IX.—Lucio V. Mansilla: *Entre-Nos. Causeries del jueves.*
- X.—Saavedra, Belgrano, Rodríguez y Guido: *Los sucesos de mayo contados por sus actores.*
- XI.—Bartolomé Mitre: *Arengas selectas.*
- XII.—Esteban Echeverría: *Los ideales de Mayo y la Tiranía.*
- XIII.—Félix Frías: *La gloria del tirano Rosas.* Y otros escritos Políticos y Polémicos.
- XIV.—Almafuerte: *Obras completas.* — Poesías (I°).
- XV.—Guillermo Rawson: *Polémicas con Sarmiento. Discursos y escritos políticos.*
- XVI.—Florentino Ameghino: *Conceptos Fundamentales.*
- XVII.—Nicolás Avellaneda: *Discursos Magistrales.*
- XVIII.—Domingo F. Sarmiento: *Los Caudillos.*
- XIX.—Esteban Echeverría: *Páginas literarias.*
- XX.—Guillermo Rawson: *Escritos científicos.*
- XXI.—Almafuerte: *Poesías Completas* (II y último).
- XXII.—Juan María Gutiérrez: *Críticas y Narraciones.*

## EN PRENSA:

- XXIII.—Vicente Fidel López: *Evocaciones históricas.*

GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

Director: Alberto Palcos

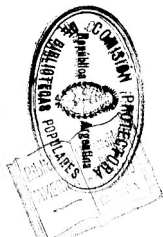
XXII

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

# CRITICAS Y NARRACIONES

*Prólogo de Juan B. Terán*

EL ATENEO  
Librería Científica y Literaria  
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099  
BUENOS AIRES  
1928





## “GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS”

### DEFINICIÓN DE PROPÓSITOS

Los Grandes Escritores Argentinos se propone editar las obras de los ingenios más preclaros de nuestra literatura. Alienta el firme anhelo de ofrecer con sus publicaciones un cuadro completo de lo que encierra de más valioso la literatura nacional. Difundirá, además de las obras verdaderamente populares de nuestro pasado literario, todas aquellas que merecen ser conocidas y perdurar, todas las que arrojan alguna luz sobre el pensamiento o el arte de nuestros mejores escritores. Aspira a que los pensadores y literatos argentinos sean gustados por el público en lugar de serlo, únicamente, por los

*eruditos y estudiosos de nuestro pasado. Tienen derecho a ser conocidos de una manera menos fragmentaria de como se les conoce habitualmente.*

*Hasta no hace muchos lustros el cabal conocimiento de nuestros escritores estaba reservado a una minoría escasa. Eran inaccesibles para el pueblo. Después algunas meritísimas empresas culturales pusieron al alcance de los bolsillos más modestos un tesoro literario. Actualmente parece tomar incremento en el público cierta curiosidad por penetrar, en todo su desarrollo, en nuestro breve pasado literario nacional. Importa mucho avivar y acrecentar esa curiosidad. Las letras, como muy pocas actividades espirituales, revelan el fondo genuino de un pueblo y mantienen encendidas las llamas de un superior ideal colectivo.*

*Los escritores argentinos, desarrollándose los más en períodos de luchas, en medio de una sociedad en formación, cuajada de graves problemas que urgían soluciones inmediatas, no han tenido reposo suficiente para dedicarse al cultivo exclusivo de las letras puras. Las letras aparecen en ellos impregna-*

*das por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad. Conviene que el pueblo se bañe con la lumbré de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a América en el hogar cálido, cordial; de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pueblo un sano deleite intelectual y estético: nutre al cerebro y edifica al corazón.*

*Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.*

LA DIRECCIÓN.

## CRITICAS Y NARRACIONES

POR

JUAN MARIA GUTIERREZ

TENEMOS el agrado de ofrecer un tomo de Juan María Gutiérrez formado por una serie de trabajos que vieron la luz en la Revista del Río de la Plata, cuya dirección compartió con otros dos ilustres escritores: Andrés Lamas y Vicente Fidel López.

Juan María Gutiérrez ha dejado una copiosa producción sólo en parte recogida en volúmenes. Deseamos vivamente ofrecerla con toda la amplitud posible, recogiendo esa labor dispersa que refleja la vida de uno de los espíritus más selectos de nuestra literatura. Curioso sería, en verdad, que un escritor tan fino y un crítico tan dúctil y comprensivo como Gutiérrez, que hizo tanta labor de paciente investigación y de eruditas búsquedas por revelar el pasado literario americano y comunicar relieves a muchas de sus figuras, permaneciera sus-

traído al público lector, que sólo fragmentariamente le conoce.

Gutiérrez es uno de los escritores que acaso más necesite ser puesto en contacto con las nuevas generaciones. Es el tipo del intelectual ágil, delicado, ricamente provisto. Vibra intensa, apasionadamente, con las cosas del mundo cultural. Edita a eminentes escritores, comenta sabiamente a muchos, arroja luz sobre nuestro pasado literario e histórico. Su culto fervoroso por las tareas del espíritu no excluye la noble colaboración en la lucha contra la tiranía y por la organización nacional. Algunas de las grandes corrientes intelectuales del siglo XIX influyen sobre él. Se asimila el espíritu del siglo, por así decirlo, y lo refleja auténticamente en nuestro medio. Ejemplo luminoso, anticipa entre nosotros al tipo del escritor moderno. Realzan su meritisima labor los atributos de un bello estilo y de una profunda versación literaria.

Crítica y Narraciones lo presenta en sus aspectos fundamentales como literato, crítico y erudito. Seguiremos en otros volúmenes la labor iniciada en el presente. Abre el tomo la bella semblanza de Gutiérrez con que nos ha favorecido uno de nuestros intelectuales más distinguidos, el doctor Juan B. Terán. El lector valorará esta conceptuosa introducción.

ALBERTO PALCOS.

## DON JUAN MARIA GUTIERREZ

### I

MIEMBRO de la generación de Alberdi, Echeverría, Mitre, Sarmiento y López, destaca su personalidad y relieve. Fué el menos popular de ellos. Medido con esa vara, que es patrón decisivo mientras los hombres viven, don Juan María Gutiérrez es, sin duda, el menos "importante". Pero esa inferioridad es una sola cosa con la originalidad de su figura. Fué, en efecto, el más hombre de letras de todos ellos. El más genuino, sino el más genial, ha dicho Groussac, de los escritores de nuestro primer siglo.

Alberdi creyó magnificarlo llamándolo gran hombre de Estado. Su actuación pública, que fué noblemente inspirada, no alcanza a justificar el elogio de su amigo. Don Juan María, además, no aspiró nunca a ser hombre de gobierno. Su Ministerio en la Provincia de Buenos Aires y su Ministerio de Relaciones Exteriores en la presidencia

de Urquiza son pruebas de su lealtad con las ideas que había sostenido y de su amor al país, pero no ni de su ambición ni de sus gustos.

En los países nuevos, sobre todo, hay épocas en las que la intervención en política tiene tanto de vocación como de soldado quien ha corrido a la barricada al toque de rebato.

Pero si no era un hombre político, tenía una neta filosofía política. Eso sí hace parte esencial de su espíritu. Pero los tiempos no eran para componer escritos teóricos, sino para servir las convicciones con la acción. Y las sirvió sin una desviación en su larga carrera, desde la Asociación de Mayo de 1837 hasta el día de su muerte, en 1878. Propagó y sostuvo los ideales que consideró sustanciales para el progreso de su país, sin escatimar el sacrificio cuando llegó la hora, sin ampararse en distingos y eufemismos con que otros "intelectuales" cohonestaron sus buenas migas con la tiranía.

Su amor por las letras y los afanes de la inteligencia no lo eximían de ser el ciudadano de un país que se hallaba en la hora precisa y prieta de su construcción. Pero su temperamento de hombre de ideas le salvó de confundir la lealtad por ellas con la pasión que encuentra bueno todo lo que satisface las propias o ajenas pasiones personales.

Por no aliarse la ambición a sus ideas, no tuvo necesidad de hacer sofismas para justificar los cambios. No modificó las que lo llevaron a las se-

*siones secretas de Junio de 1837, en que preparó con Echeverría el Dogma Socialista de la Asociación de Mayo.*

*Son pocas, claras, esas ideas y forman el cuerpo más lógico y más completo con que haya organizado su ideario una generación argentina.*

*Son las del liberalismo democrático que por entonces dominaba la filosofía de Francia.*

*Punto central de ese sistema era el de considerar la Revolución de Mayo como el punto de partida de una civilización nueva, la ruptura con todas las ideas de la colonia. Su meta era la construcción de una democracia, la afirmación de un deber social para todos los hombres, pero sobre la base de la libertad individual. No era, pues, el individuo la inanidad que está en boga proclamar.*

*Todo el plan se resolvía en una palabra simbólica, por sobre todas: Mayo. El deber era realizar la fecunda implicancia de reformas de la Revolución. El capítulo de esas reformas que merecía su simpatía mayor era el de cultura pública, instrumento único para lograr la democracia. Quería que el cultivo de la ciencia y de la razón desterraran la superstición y el "oscurantismo", palabra ésta con la que quería resumir todos los resabios de la vida colonial. Rosas era sobre todo la resurrección de ese pasado.*

*No era cuestión de partido político, sino de la civilización misma. Traducía la intimidad de su espíritu mejor que la de sus compañeros aquella*

*declaración de la décima palabra simbólica del Dogma: "facción morenista, facción saavedrista, facción rivadavista, facción rosista, son para nosotros voces sin inteligencia. No nos adherimos a los hombres, somos secuaces de principios. No conocemos más que una sola facción: Patria. No sabemos qué son unitarios y federales, colorados y celestes, viejos y jóvenes, porteños y provincianos."*

*En esa falta de realidad, de adecuación a las pasiones del momento está el signo de que planeaba un programa mucho más filosófico que político. En tal sentido había en el Dogma Socialista mucho más de Echeverría, poeta y Gutiérrez, artista, que de los demás cofrades de la cruzada contra la tiranía.*

*Veo en las ideas de Gutiérrez un programa que tiene plena vigencia para los "intelectuales".*

*El deber de los intelectuales está en reconocer, por encima de las banderías, un programa de acción que comprende al país entero. Para cumplir ese deber ha de comenzarse por prescindir de los colores, de las divisas y de las ciegas pasiones que se enquirnaldan con ellas.*

*Cuando un hombre con temperamento de artista se mezcla a la lucha política, no se espere sino pérdida para él y para su país. Nada medra éste de las amarguras ciertas que sufre la sensibilidad de un hombre de letras arrebatado en la tolvanera de la acción política.*

*El mayor provecho que un país puede sacar de él es la fuerza de su voz para apaciguar las pasiones desencadenadas por la locura fratricida.*

## II

*Era europeo en doble sentido: amaba a Europa y parecía un hijo de ella, por sus gustos.*

*Era además un europeizante, como todos los de su generación, es decir, que veía en Europa modelos y ejemplos para la vida y las instituciones americanas.*

*Pero era también un americano. Para la generación de Gutiérrez no había en ello antinomia alguna.*

*Esta conciliación necesita explicarse porque hoy americano o americanista significa cosa diversa.*

*Ante todo mostraremos su americanismo. Dió espléndidos testimonios. Escribió extensa y prolija galería de escritores de América, empeñado de revelar las promesas que ofrecía el ingenio de los países del Nuevo Mundo. Estudia la mitología indígena, se complace en referir la poesía que encerraban sus leyendas. Hace la crónica de los primeros descubridores del Río de la Plata. Escribe un largo comentario a la Argentina de Barco de Centenera, que es una guía amena que hace llevadera una excursión por sus laberintos.*

*En todo problema social busca la característica*

*americana. Acentúa el factor nuevo que significa la naturaleza física y moral de nuestros países. Abriga grandes esperanzas sobre lo que nacerá en ellos. Cree que tendrán una literatura original y que en algunos aspectos, en el género descriptivo por ejemplo, sobrepujaremos las letras españolas.*

*Ser americanista para Gutiérrez no era contrario a ser europeísta. Reputaba la asimilación de lo europeo como el procedimiento indispensable para lograr una cultura americana. No creía que esta pudiera ser un fruto autóctono. Había estudiado demasiado el proceso de la civilización para ignorar que ninguna gran cultura había aparecido prescindiendo de la herencia de otras. Sabía que Roma había creado su ciclo sin olvidar a Grecia y al contrario asimilándola. Sabía que Francia había creado una cultura, de originalidad indudable y magnífica, no cultivando el genio celta y galo, sino impregnándose de Grecia y Roma. Su americanismo no consistía en creer que la tradición indígena y colonial daban los materiales suficientes para fundar la propia. Era demasiado humanista para olvidar que la cultura es, en esencia, un fenómeno universal.*

*Tengo la certidumbre que el americanismo egocentrista que endiosa el pasado y quiere vivir exclusivamente de él es una posición pasajera y que volveremos a la que señaló Don Juan María Gutiérrez.*

*Hay en este nuevo americanismo una arrogancia de la que se burla toda la experiencia humana.*

*Recuerda el misticismo de las tribus que exaltan sus calidades sin otra razón que la de pertenecerles. Equivale a estar orgulloso de haber nacido rubio. Suprime todo estímulo para el esfuerzo y el progreso, siendo la cultura ante todo contracción y disciplina, no un producto de la naturaleza, sino una dolorosa empresa del espíritu.*

*El americanismo literario y artístico tiene que consistir en aplicarse a temas propios, y ejecutarlos con arreglo, a leyes universales. Lo espiritual es ecuménico. El arte americano no puede ser cosa semejante a una "matemática americana". Hay una porción en el arte que es matemática. Ya lo dijo Pitágoras.*

*Con disciplinas antiguas solamente hemos de extraer todo lo que tenga de vivo y grande el alma nueva de América.*

*Tal era el pensamiento de Gutiérrez, que suscribo plenamente.*

### III

*Don Juan María satisfacía aquella exigencia que hacía Montaigne a los escritores: ser un gentil-hombre. No necesitó leerlo (y era un lector de Montaigne, a quien cita con amor) para serlo. Lo era nativamente.*

*Pocos argentinos de nuestro primer siglo han suscitado, como éste, el elogio de las condiciones de su corazón.*

*Sorprende y conmueve ver al alma atormentada y amarga de Alberdi vibrar de ternura en el largo estudio que dedicó a Gutiérrez. Era superior el hombre al escritor, dice. No hubo para el belicoso tucumano un carácter tan puro como el de su amigo.*

*Hay error en separar al hombre del escritor. En Gutiérrez era una armonía. Su estilo era realmente el hombre, era un escritor fino porque era un alma delicada. Su conciencia estaba a la altura de sus letras. Sus escritos no fueron un gesto teatral, una postura pública o profesional. Era la voz de la naturaleza, era su vida misma.*

*Su llaneza, su desdén por la pompa, su preferencia por los temas de historia narrativa, o de crítica expositiva no son signos de pobreza sino de refinamiento. Hay una frase en su Estudio sobre Echeverría que pudiera darnos una idea sintética de sus gestos. "La naturaleza es bella por sus medias tintas, su luz velada, sus flores pequeñas y peregrinas".*

*Su elección artística no era, pues, la de su época. El tono tribunicio o elegíaco no entrecorta sus páginas. A pesar de su romanticismo, escribe siempre en tono menor.*

*Su período era limpio, su movimiento natural, sereno.*

*Para nuestra joven literatura, tan afanosa de originalidad verbal, es todavía un ejemplo, por su severidad y buen gusto. Lo es también por su conciencia, juzgados los medios de que podría disponer en su tiempo y en su país.*

*El género literario a que dedicó lo mejor de su obra, la crítica, revela lo evolucionado de su cultura. La crítica supone madurez, un ojo adiestrado, una vasta experiencia. Por este nuevo signo reconocemos al europeo. Se había impregnado de literatura francesa y había en sus páginas una ironía, una gracia gálica, ligeras y amables.*

*También revela la calidad de su espíritu. La crítica es lo contrario de la lírica o mejor dicho es el género donde entra el lirismo en menor grado. En la lírica las almas se confiesan y su grandeza está, a veces, en su cinismo.*

*En la crítica hacemos hablar a las demás almas. Para un temperamento como el de Gutiérrez, templado, hecho de timidez, de reserva, de bondad, de meditación, de comprensión, debía parecer impudor hablar de sí mismo. Su vida sentimental parece haber sido plácida.*

*Hay algo que se asemeja a renunciamiento en la vida de los hombres como Gutiérrez consagrados por entero a la vida del espíritu. Es un amor sin juramento, justamente porque se está seguro de no serle infiel.*

*Si agregamos a tan nobles calidades las que nos cuentan respecto de su persona quienes lo frecuen-*

*taron, tendremos la figura de un escritor que si no nos abruma por su grandeza, lamentamos profundamente no haber conocido y habríamos deseado que fuera nuestro maestro y nuestro amigo. Era un delicioso conversador, insinuante, lleno de viveza, generoso en los juicios, curioso de todas las ideas, hidalgo, perfecto en la amistad.*

*Tales calidades que suelen acompañarse a veces con la frialdad y la insensibilidad del corazón, no le impidieron ser un servidor apasionado de la cultura pública.*

*Fué un educador ejemplar. No le parecía tarea inferior anotar un libro, glosar un hecho, escribir una breve página para llamar la curiosidad sobre un asunto atañadero al progreso o la difusión de las ideas.*

*En esa labor que llena muchas páginas de la Revista del Río de la Plata el educador suplantaba al escritor. Era un maestro sin cátedra, un propagandista de conocimientos y escritos.*

*He vuelto a hojear las páginas de esa Revista, a releer las pobres ediciones escolares y populares que organizó y divulgó, y me siento deudor de gratitud a su memoria porque entraron en buena parte en mis ávidas lecturas de adolescente, en el silencio provinciano de la vieja biblioteca de mi padre que fué con mi maestro de latín, las únicas guías de mi iniciación literaria.*

JUAN B. TERÁN.

Noviembre de 1928.

# ESTUDIOS HISTORICO - CRITICOS SOBRE LA LITERATURA EN SUD-AMERICA

Literatura anterior a la Conquista — Universidad de Méjico — Sus escritores — La ciudad de Lima y su clima. — La corte de los virreyes — Su recibimiento — Viaje desde Paita hasta la capital — Fiestas en la ciudad de Lima — Agudezas de las tapadas — Certámenes poéticos de la Universidad de San Marcos — Títulos de estos exámenes — "Júpiter Olímpico" y el suplicio de Antequera — Premio de alhajas de oro y plata — Análisis de los programas de un certamen — Consideraciones sobre las causas de la mala literatura colonial en el Perú — Otro aspecto de esta misma literatura. — Escritos notables. — Don Pedro de Peralta y su poema Lima Fundada — Tiempos posteriores a Peralta — Juicio de Ulloa sobre la universidad de Lima.

## I.

LAS repúblicas del medio día de nuestro continente, unidas por naturales y estrechos vínculos de origen y de idioma, podrían presentar una copia

sorprendente de producciones literarias, ricas en mérito todas, y curiosísimas algunas, ya por los asuntos que tratan, ya por su remota antigüedad. La elocuencia y la poesía fueron cultivadas por los súbditos de Moctezuma y Atahualpa, siglos antes que la civilización europea echara en molde cristiano, la inteligencia y la imaginación de mejicanos y peruanos, Los cantos y arengas del príncipe Netzahualcoyotl (1) y el drama anónimo titulado *Ollanta*, bien conocidos aquellos desde muy atrás por los afectos a estudios americanos, y este último recién publicado y comentado en obras impresas en Europa (2), bastarían por sí solos para dar una fisonomía especial y notable a la literatu-

---

(1) Puede verse en Boturini, en el P. Granados, en Ternaux Compans, en las obras publicadas en Méjico por Bustamante y en Francia por el abate Brasseur de Bourbourg.

(2) El señor don Vicente F. López, en su obra sobre *Las razas arianas del Perú*, escribe este título así: Apu-Ollantay, y dice que este drama lo ha publicado el señor Tschudi, lo ha estudiado fragmentariamente M. Markham y lo ha traducido recientemente al español el señor Barranca, de Lima. Después de la fecha en que el señor López escribió esta noticia, ha aparecido (Londres 1871) la precisa edición del mismo drama quichua, cuyo título es el siguiente: "Ollanta, an ancient ynca drama. Translated form the original quichua. By Clements R. Mackham, C. B."

La traducción inglesa es parecida a la limeña, cuyo título es: "Ollanta, o sea la severidad de un padre y la demencia de un rey", drama traducido del quichua al castellano con noticias diversas por José S. Barranca. Lima, 1868.

ra de los países del nuevo mundo, que fueron dominio de la España. Los descendientes inmediatos de los indígenas, sojuzgados por la conquista, también recorrieron airoso el campo de las letras, transmitiendo a la posteridad en páginas que no envejecen, el reflejo histórico de las civilizaciones azteca y quichua, distinguiéndose, entre otros, Fernando de Alba, Antonio y Fernando Pimentel Ixtlilxochik, Muñoz Chimalpain, y el inca Garcilaso de la Vega, autor de los famosos *Comentarios*, fuente inexhausta en que han bebido cuantos modernos han intentado escribir sobre la historia del Perú.

## II.

DOS agentes poderosos para mover la propensión a las letras, aparecen desde temprano en los centros principales del poder español en América: la imprenta (1) y las universidades. Estas dos impor-

---

(1) En la *Revista de Buenos Aires*, tomo VII, hemos publicado una disertación sobre los orígenes del arte de imprimir en América; y a ella nos referimos como a las recientes indagaciones de los SS. Amunategui sobre tan importante punto histórico. Méjico fué la primera ciudad del continente que poseyó una imprenta introducida, según toda probabilidad, por el virrey don Antonio de Mendoza, nombrado para ese empleo en el año 1532, pero que no llegó a Méjico hasta el de 1535. El primer impresor se llamó Juan Pablo Lombardo;

tantes dádivas que hacía la civilización española a los hijos del nuevo mundo, traían naturalmente consigo condiciones propias de aquellos tiempos y del régimen colonial, y no deben considerarse sino como medios auxiliares para robustecer el poder de los reyes católicos en sus nuevos dominios, para propagar la fe religiosa con el fanatismo y las miras con que en todo tiempo, profesaron la suya los españoles (1), para aislar el pensamiento y la razón de los colonos americanos de todo contacto con creencias y nacionalidades extranjeras. Sin embargo, como la filosofía escolástica, la teología y la jurisprudencia, exigían el conocimiento previo de las humanidades que tenían por base la lengua latina, base indispensable, puesto que en ella se dictaban aquellas ciencias, difundíase en el ambiente de las escuelas el espíritu de la elocuencia y de la poesía de los antiguos romanos, creando así estímulos

---

*Joanem Paulum*, según Nicolás Antonio. Se conoce también el título de la primera producción de la imprenta mejicana, pero hasta hoy no se ha tenido la fortuna de encontrar un solo ejemplar de ella.

El señor don Bartolomé Mitre posee un ejemplar del libro más antiguo, que en nuestro concepto, han producido las prensas de Lima, que corresponde al año 1583; lo imprimió *Antonio Ricardo*, natural de Turín, en el Piamonte, "primer impresor de los reinos del Perú".

(1) "La España ha hecho servir siempre la religión a sus intereses particulares". Deán Funes, *Ensayo histórico*, tomo 2º, página 115 de la primera edición.

al cultivo de estas nobles artes y dando digna ocupación a las inteligencias bien dispuestas.

La Universidad mejicana, establecida en el año 1553, en cumplimiento de órdenes del emperador Carlos V., se gloria de haber producido un crecido número de varones eminentes en erudición y doctrina, entre los cuales sobresalen: Vera Cruz, Ortiguera, Naranjo, Cervantes, Salcedo, Sariñan, Siles, Sigüenza, Bermúdez, Eguiara, Miranda, Portillo, etc., quienes, según el juicio, un tanto parcial tal vez de Clavígero, "bastarían a eternizar las más famosas academias de la docta Europa."

Esta célebre Universidad americana, tuvo su cronista especial en la persona de Cristóbal Bernardo de la Plaza, y este redactó sus anales, comprendiendo el período que media entre los años 1553 y 1683. En la época en que el escritor citado algunos renglones más arriba, publicaba en lengua italiana, la historia antigua de Méjico, había en dicha Universidad veinte y tres *lectores ordinarios*, encargados de la enseñanza de la jurisprudencia, la retórica, la filosofía, la teología, la medicina y las ciencias exactas.

El fruto positivo de tan considerable acumulación de maestros y de cátedras, sabe Dios cuál sería, atendido el espíritu y la dirección de las ciencias morales y filosóficas de la España de aquellos tiempos.

No obstante, como el cultivo del espíritu desarrolla su fuerza y puede inducirle a la indagación

por sí mismo, del seno de esas escuelas atrasadas, pero en las cuales se pronunciaban con respeto las palabras ciencia, talento, elocuencia, erudición, salieron discípulos sumamente notables, cuyos nombres y escritos no han caído completamente en olvido. Humboldt encontró en Méjico cuando visitó nuestras regiones equinociales, a fines del siglo pasado, más de un sabio en ciencias positivas, del fruto de cuyos estudios no desdeñó valerse para la redacción de sus memorables trabajos; y nota de pasada éste sabio, que la juventud americana "está dotada de una singular facilidad para penetrarse en los principios de las ciencias". (1).

La antigua literatura mejicana, propiamente dicha, cuenta producciones notables en todos sus ramos, y bastarían las dramáticas de don Juan Alarcón y las líricas de Inés de la Cruz, para llamar sobre ella la atención del más desdeñoso por la inteligencia sudamericana. (2). El poema épico tie-

---

(1) Ensayo sobre la Nueva España; libro 2º, cap. VII.

(2) Un volumen de 551 páginas acaba de publicarse en Madrid, consagrado exclusivamente a estudiar la vida de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, y en ella se hallan preciosos datos sobre la cultura de la ciudad de Méjico al comenzar el siglo XVII. El autor de esta obra, premiada por la Real Academia Española, es el erudito don Luis Fernández Guevara y Orbe. Madrid 1871, imprenta de D. M. Rivadeneira. Sobre Sor Juana Inés de la Cruz, puede consultarse el libro que publicamos en 1856 con el título: *Estudios históricos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XV*". Imprenta del Siglo.

ne dignos representantes en Antonio de Saavedra Guzmán, en Ruiz de León y en Miguel de Reina Cevallos, autores del *Peregrino indiano*, de *La Hermandad* y de la *Elocuencia del silencio* (1) y en Landívar y en Alegre, dos maestros diestrísimos en el manejo de la versificación latina. El primero de éstos es autor del poema *Rusticatio mexicana* (2), y el segundo, de una versión estimada de la *Iliada*, de la cual conocemos dos ediciones. (3).

Castillo Solórzano es un poeta y novelista del siglo XVII cuyo nombre es doblemente notable en la literatura de aquella parte de América, por su estro y por su desgraciada inclinación a imitar la escuela de Góngora, cuya semilla derramó con éxito lamentable entre sus compatriotas, según el testimonio de Bouterwek.

Si algún mejicano erudito, heredero de las propensiones de Eguiara y de Betancourt, pasara la vista sobre el rápido bosquejo que acabamos de trazar, le tacharía, sin duda, de incompleto, y aún de inexacto, en cuanto al orden cronológico en que sacamos a la escena de las letras los nombres que

---

(1) El asunto de este poema es la vida y padecimientos de Juan Nepomuceno, héroe del siglo, en el sacramento de la penitencia. La Biblioteca Pública de Lima posee un ejemplar de esta obra, escasa en esta parte de América.

(2) Bolonia, 1782. Véase Juarros "Historia de Guatemala".

(3) Francisco Xavier Alegre *Mexicane Veracrucensi Homeris Ilias latino carmine expressa*, etc.

quedan mencionados. Pero sírvanos de descargo dos consideraciones: la primera, la escasez de elementos de estudio en una materia tan desdeñada hasta ahora por los americanos modernos, que no advierten el lustre que podría dar a sus respectivas repúblicas la exhumación al aire libre de la crítica de aquellos de sus antecesores ilustres por el estudio y el ingenio. Sea la segunda consideración, que sólo tenemos en mira diseñar con líneas generales, el origen y la marcha de la cultura intelectual americana, en sus principales emporios, durante el tiempo de la colonia, para descender en seguida al último de los Virreynatos creados por la administración española.

En el orden de aquéllos, según su antigüedad y riqueza, se presenta, después del de Méjico, el Virreynato del Perú, el cual, o por más cercanos a nosotros, o por el lucimiento y gracia de las inclinaciones intelectuales de sus hijos y hasta por la condición exagerativa del carácter, que los induce a abultar los hechos de la crónica y a fantasear sobre las relaciones tradicionales, no nos es tan desconocido bajo el aspecto de su ilustración y literatura, durante los siglos anteriores al presente, como nos lo son Méjico y cualquiera otra de las secciones sudamericanas. Lástima es (al menos para el que esto escribe), que cuando el activo y laborioso peruano Llano Zapata suplicaba encarecidamente en abril de 1768, desde un puerto de la Península, a su paisano don Ignacio Escandón, tomase

sobre sí la empresa de *componer la historia de los escritores peruanos*, obra que según el mismo Zapata, en "América hace falta y en la Europa se desea", lástima es, decimos, que no se hubieran cumplido tan ilustrados deseos, porque, realizados entonces, estaría de más el cuadro que vamos a diseñar, comenzando por expresar nuestras sensaciones personales bajo aquellas latitudes, y en presencia de los objetos que influyeron en las costumbres literarias de la ciudad de los Reyes. (1).

### III.

Los habitantes de la ciudad de Lima, viven bajo un cielo del cual jamás se desprende la lluvia copiosa, propia de los trópicos. Allí no resplandece el relámpago ni se engendra el trueno en la concavidad de las nubes. El aire, casi siempre tibio, apenas mueve el tallo de las plantas y carece de fuerza suficiente para sacudir el polvo que deslustra

---

(1) Llano Zapata publicó una obra cuyo título por completo es el siguiente: "Preliminar y cartas que preceden al tomo 1º de las Memorias históricas, físicas, crítico apologéticas de la América meridional". Su autor don Eusebio Llano Zapata. Cádiz, 1759. 1 vol. 8º. La carta a Escadón, corre en una hoja suelta. Estos escritos y otros del mismo autor, son raros y no los hallamos en los catálogos de libros americanos, que con tanta abundancia han entrado en el comercio de algunos años a esta parte.

la blanca flor de los chirimoyos, y los pequeños globos colorados, dentro de los cuales sazona sus granos el café. El sol es luminoso y ardiente en los meses de verano, y se oculta durante lo restante del año, bajo una niebla opaca, que se disuelve en menudísima garúa en las altas horas de la noche y en las primeras de la mañana. La veleta, el pararrayos y el paraguas, son objetos desconocidos en aquella isla de Calipso, en donde reina una primavera eterna.

Bajo atmósfera tan voluptuosa, el sentido del olfato, ama más que en toda otra parte del mundo, los perfumes; y la naturaleza equitativa y armónica, ha dotado a las flores de los jardines de la costa peruana, mayor y más intensa fragancia que al resto de sus iguales, en toda la extensión del reino de Flora. Las señoras de la sociedad culta, cubren sus estrados con hojas de rosas y de claveles. Y la mujer del pueblo cruza las calles en la noche, dejando tras sí un reguero de olor, compuesto del almizcle con que sahuma sus ropas, de los jazmines colocados como estrellas de nácar, sobre los cabellos de azabache, y del humo del cigarro *puro* que lleva con desenfado de la boca a los dedos de la mano, alternativamente.

El Rimac, cuyo nombre significa *río de grato rumor*, serpentea por en medio de la ciudad, dividiéndola en dos barrios. Frondosas y prolongadas alamedas proporcionan paseos agradables, y el agua corriente abunda derramada por acequias públicas,

o detenida en el interior de algunos edificios, en donde brinda baños cómodos a la generalidad de la población. Ciñen esta ciudad, de un lado, una muralla de tierra, y de otro, cerros poco elevados, que se visten en la primavera de azucenas silvestres llamadas *amancaes*. Del centro de aquel anfiteatro formado por la naturaleza y el arte, se levantan, en todas direcciones, las torres y pórticos de numerosos templos y conventos que fueron suntuosos y extremadamente ricos.

#### IV.

EN la época de que nos corresponde hablar, era Lima una verdadera corte, remedo un tanto cómico y aldeano de las prácticas de la corte madrileña. La persona del Virrey constituía un centro poderoso y fascinador, en torno del cual giraban como satélites los empleados, los sacerdotes, los letrados; y la iglesia, la magistratura y el claustro universitario, no eran más que instrumentos diestramente movidos por la voluntad del delegado del soberano reinante en la península. Para él las dádivas valiosas, las humildes genuflexiones, el incienso de la retórica en los certámenes literarios y en el púlpito. Transeunte de unos cortos años en el viaje de sus ambiciones como soldado o como palaciego, ansiaba por regresar a España cargado de nuevos servicios a los intereses de la co-

rona, que no eran los del pueblo, y de tejos de oro y *piñas* de plata, arrancados del granito de los Andes, ablandados con el sudor y las lágrimas de infelices indígenas. Las "leyes de Indias" le vedaban crear una familia legítima, mezclándose a las del país por el matrimonio; pero estas leyes, que en la práctica producían el efecto contrario a las aparentes intenciones de su letra muerta, no le vedaban cortejar con escándalo a las mujeres livianas, a las mestizas hermosas, y a las actrices que se distinguían por la sensualidad de su baile o por la sal de sus chistes.

Condenado por la falsa sabiduría de ese código a pasearse aislado como un ídolo por calles y por plazas, no le era permitido poner el pie en los umbrales de hogar tan hospitalario y cortés, como lo fué en todo tiempo, el de las buenas familias de Lima. Tal era el papel que desempeñaba en la lamentable comedia de la administración colonial, la persona singular del Virrey.

## V.

LA *entrada* de cada uno de estos personajes a la capital, era un acontecimiento que conmovía a todos sus habitantes. A doscientas cuatro leguas de distancia, desde que ponía los pies en el puerto de Payta, comenzaba ya la larga serie de ceremonias que componían el ritual del "Recibimiento" de

ordenanza. Desde allí despachaba el nuevo Virrey una persona de toda distinción, con el carácter de embajador y encargado de un pliego, en que participaba su nombramiento y su feliz arribo, a las autoridades de la capital. Este mensajero, que era por lo regular, persona de la comitiva del recién llegado, recibía en obsequio de la fausta noticia de que era heraldo, una joya de precio o dos corregimientos de los vacantes a la sazón.

Mientras tanto, el Corregidor de Piura, y después de éste, los demás de su clase en toda aquella parte del territorio del Perú hasta Lima, tenían obligación de proveer al viaje del virrey y de su familia con literas, animales de tiro y carga, y con todo género de regalos, y de formar *ramadas* abrigadas y cómodas en los sitios despoblados y áridos del tránsito, para descanso de su Excelencia y comitiva. Así iba pasando el representante de Su Majestad Católica, de corregimiento en corregimiento y de ramada en ramada, como santo en andas, hasta llegar al nicho de su palacio, sahumado con el perfume de las virtudes de sus antecesores.

El día señalado para la entrada pública del virrey a su capital, limpiábanse y colgábanse lujosamente las calles, y se alzaban arcos de triunfo en toda la extensión recorrida por S. E. y su comitiva, formando una especie de procesión, cuyo punto de partida era la iglesia del monasterio de *Montserrat*. Allí montaban el virrey y las personas de su

familia en caballos enjaezados prevenidos por el Cabildo. Servíanle de *palafreneros* los dos alcaldes ordinarios, llevando ambos las bridas de la montura, y algunos miembros del Ayuntamiento sostenían, a pie, las varas de un palio, bajo el cual marchaba el jinete objeto de tan humildes sumisiones. Este grupo cerraba la columna del concurso que guardaba el orden siguiente: las milicias a la cabeza y tras ellos, sucesivamente, los colegios, los doctores de la Universidad, ataviados con sus capirotes y bonetes; el Tribunal de cuentas; la Audiencia a caballo, y el Cabildo secular vestido de una manera especialísima para el caso, con ropones de terciopelo carmesí forrados en *brocado* del mismo color.

Es de observar, que el primer paso dado por el virrey en las calles de la capital de sus dominios, era una infracción a sabiendas de una ley expresa de Indias, que prohibía la humillación a que condenaba una práctica abusiva a los señores municipales, haciéndoles desempeñar el papel de caballerizos y quitasoles de S. E. Pero ¿quién se hubiera atrevido a cercenar en lo más mínimo los honores y obsequios que desde antiguo se tributaban al primer magistrado del Perú? Esta ley, como otras muchas del mismo código mentiroso, se acataba pero *no se cumplía*, en virtud de un pacto mental, muy en uso, entre el deber y la conveniencia.

Se habrá notado la ausencia del Arzobispo y del Cabildo eclesiástico en esta especie de comparsa chi-

nesca, entidades llamadas por su índole a representar el primer papel en toda procesión. Pero téngase presente que, según el refrán del pueblo, de que Sancho es la expresión más genuina, "no se puede repicar y andar en la procesión", y que su ilustrísima y sus sedentarios canónigos esperaban al virrey a las puertas de la catedral, a donde este descendía, y penetrando en el vasto templo comenzaban a resonar las bóvedas de madera con las voces de un *Te Deum* solemnemente cantado. Concluida esta parte de la función, montaba de nuevo S. E. a caballo, tomaban las bridas los regidores, las varas del palio los pedestres del Ayuntamiento, y se dirigía a palacio la comitiva, en donde se servía un opíparo refresco para la nobleza del reino, cuyo personal llenaba los salones; aprovechando de aquella ocasión para saludar los rayos del nuevo satélite del sol de la monarquía.

Al siguiente día continuaban las demostraciones del entusiasmo oficial, alimentado por la necesidad que experimentaba un pueblo vivo de imaginación, de novedades y emociones. En esta vez la comitiva toda se movía, en coche, desde el palacio hasta la catedral, edificios que distan entre sí nada más que el ancho diagonal de la plaza pública. La compañía de *alabarderos* escoltaba la calesa del virrey. El arzobispo oficiaba de pontificar la misa de gracias, complemento del *Te Deum* de la víspera, y después de terminado aquel acto religioso en que el culto católico ostentaba toda su vani-

dad y su lujo mundano, y en que algún canónigo con fama de eximio predicador pronunciaba un panegírico ponderativo de la alcurnia y de los méritos de S. E., regresaba el concurso a palacio, tomando la nobleza ocasión para lucir a porfía sus galas y piedras preciosas.

En esa noche y en las siguientes se repetía el refresco con abundancia y delicadeza. "Los dulces y helados, dice un testigo de intachable veracidad, siendo exquisitos se sirven a las señoras y caballeros con grande magnificencia, en primorosas vajillas de plata. En esas noches hay permiso para que concurren a palacio, en sus salones, galerías y jardines toda las señoras y *tapadas* de la ciudad, para que puedan lucir allí la prontitud de sus dichos, los chistosos y discretos discursos, parto de sus sutiles entendimientos, con que dejan confuso y admirado, al más advertido viajero."

## VI.

HEMOS sido prolijos en la descripción anterior, para facilitar la inteligencia de una de las ceremonias, que, entre las que componían la recepción de los virreyes del Perú, importa más para el presente escrito. La Universidad de San Marcos de Lima, no pudiendo quedarse atrás de los cabildos y tribunales en manifestación de respeto y de estima al huésped ilustre, le reconocía pública y so-

lemnemente por su *vice-patrono*, después de transcurridos los cinco días de corridas de toros, que costaba la municipalidad durante las fiestas que quedan descriptas. Con el mencionado motivo, convocaba la Universidad a un *certamen poético*, que daba por resultado, los materiales de un libro consagrado en todas sus páginas a lisonjear la vanidad del vice-patrono. Este libro se componía de dos partes: la primera puede considerarse como el programa del certamen, y la segunda se formaba del conjunto de las composiciones premiadas, las cuales, con una introducción, discursos y oraciones en prosa, se imprimían a continuación del programa, formando por lo regular, un volumen en cuarto. Un ejemplar encuadernado lujosamente en terciopelo con cantoneras de oro, y con la añadidura de una joya de valor, cuando menos, de ochocientos pesos fuertes, se le presentaba al virrey, personalmente, por el rector de la Universidad en nombre de esta sabia corporación.

A veces, la designación de la materia contenida en estos volúmenes, se condensa en un título sonoro y deslumbrante: ora es "El teatro heroico", ora "El cielo en el Parnaso", ora "El sol en el zodiaco", ora "El Júpiter Olímpico", la frase buscada con desvelo por el compositor del programa del certamen, a fin de producir efecto y eclipsar otros títulos de libros del mismo jaez; títulos tan ajenos al buen gusto como a la razón y que, frecuentemente contrastan con el carácter del perso-

naje a que hacen referencia. El *Júpiter Olímpico*, por ejemplo, no es como pudiera imaginar cualquiera, aquel duro y arrebatado marqués de Cartel-Fuerte que burló la *lástima* del pueblo amotinado, dando él mismo la voz de "¡fuego!" a los arcabuceros que acribillaron en el patíbulo el pecho del infortunado Antequera. (1). No, aquel Júpiter olímpico, es un arzobispo que desempeñó por algún tiempo el gobierno y la capitania general de los reinos del Perú, doctor Fray Diego Morcillo Rubio de Auñón, del *orden de la Santísima Trinidad calzada*. Recorramos a la ligera, las páginas de uno de estos certámenes para formarnos idea de su contenido, y comencemos por leer *in extenso* el título del que tenemos por delante, que es a la letra como sigue: "Triunfal aclamación, festivo obsequio y poético certamen, que consagra reverente y afectuosa la Real Universidad de San Marcos de la ciudad de Lima, corte del Perú, al Excmo. señor don Manuel de Oms y de Santa Pau *olim* de Sentmanat y de Lanusa, Marqués de Castellidos-

---

(1) Hablando de este ruidoso acontecimiento, decía el virrey a su sucesor: "En estos casos el pueblo no hace cuenta de lo que se le sirve y sólo siente lo que le enternece, y así, muchas veces, a aquellos mismos a quienes deseaba destrozarse, ha llorado muertos, con una piedad que aun no merece ser pasión por lo que alcanza a ser instinto." (Memoria de los virreyes del Perú, tomo 3º, página 311). La descarga que derribó a Antequera mató, también, a los dos sacerdotes franciscanos que le auxiliaban.

rius, grande de España, del consejo supremo de guerra, virrey que fué del Reino de Mallorca y ahora, de estos reinos del Perú, Tierra firme, Chile, etc." (1).

En el presente caso, había de por medio una circunstancia de que sacó partido el ingenioso autor del *cartel* del certamen. El escudo de armas del señor Castellodosrius, estaba rodeado de *doce* palmas, en representación de otras tantas victorias alcanzadas por sus antepasados en diversos campos de batalla; y como las palmas y las virtudes son casi hermanas en el lenguaje heráldico, señaló el programa, para asunto de las composiciones panegíricas, una docena de altas cualidades morales deducidas de los antecedentes de la vida pública y privada del Marqués, comenzando por su *religiosidad* y acabando por su *afabilidad*; mérito este último, que contrasta con la dureza lemosina de sus apelativos y títulos.

Este número *dice* tiene, a más, sus virtudes propias y muy adecuadas, según el plan del certamen, para justificar el haber ajustado a dicho guarismo los asuntos poéticos sacados a concurso. Doce, por ejemplo, fueron los cisnes que como buen augurio abatieron el vuelo delante del piadoso Eneas cuando después de largos padecimientos, llegó con sus compañeros, a los dominios hospitalarios de la Reina de Cartago. El número *doce*, por otra parte,

---

(1) 1 vol. 4º. Con Licencia en Lima, por José A. Contreras y Alvarado, impresor real, año 1707.

significa *universidad* en la pluma de San Agustín, comentando el salmo 68: "*Duodenarius numerus universitatem quamdam significat*. Veníanle pues, de molde a la Universidad de Lima, en aquel acto literario que corría de su cuenta, los cisnes de Virgilio, y el acertado parecer del gran comentador de David. En cuanto a los cisnes, se tuvo también en consideración, que según el sentir de Ovidio, aquella ave tan manoseada por los poetas, es la imagen más exacta del docto: *sunt cigni qui veré litterati sunt*.

El tribunal que debía juzgar el mérito de las composiciones, se nombraba con anticipación, de entre los doctores más notables por su literatura. Los premios consistían en alhajas de plata y de oro, algunas de las cuales tienen denominaciones tan ajenas de los usos actuales, que no sabríamos decir el destino que entonces se les daba, como por ejemplo, una "salvilla y vergenal", una "pileta de filigrana", una "salvilla y papelina", un "azafate istriado", etc., etc. Estos premios debían ser de considerable precio, por la materia y por la labor, pues aquella Universidad era ostentosa y tan abundante en recursos pecuniarios, por aquellos años, que en el de 1699, cobró por derechos de treinta y tres grados mayores, la cantidad de 76.825 pesos; y no eran estas las únicas rentas con que contaba su claustro. (1).

---

(1) Oración informativa, panegírica, histórica, y política,

En vista de estos antecedentes, puede comprenderse cuál sería el tono y el mérito de las composiciones que resultaban de aquellas justas métricas. Depravado el gusto por el mal ejemplo de la metrópoli, y movidos los concurrentes al certamen por el único estímulo de la lisonja y de la adulación, sus producciones no podrían ser otra cosa que nubes de oscuridad gongórica y de altisonancia palaciega, incienso grosero quemado ante un ídolo. Una que otra vez se logra la fortuna de hallar en esas numerosas colecciones de versos, alguna composición digna de mejor compañía, aunque afeada en medio de su belleza, por los lunares de su tiempo.

Sin embargo, mirando con atención en el fondo de la literatura peruana antigua, se descubre con complacencia, la prodigiosa vitalidad del talento americano, que no sucumbe del todo bajo el peso moral de la mala escuela, de la pésima educación, y de la influencia de una sociedad mantenida intencionalmente, por el maquiavelismo de una metrópoli depravada, en una especie de carnaval en el cual los actos más serios de la vida de los pueblos, to-

---

que hizo el señor doctor don Pedro José Bermúdez de la Torre y Solier... al insigne claustro de doctores... el día 30 de junio de 1699... (54 páginas in 4º, sin numeración. Lima, en la imprenta real, por José Contreras y Alvarado, impresor del Santo Oficio, de la Santa Cruzada, y de la Real Universidad. Año 1699).

man aspecto de histrionismo y de tablado, más o menos ridículo y pedantesco. (1).

## VII.

DOBLEMOS esta página en que se retrata con tan desagradable fisonomía, el estado intelectual del Perú, al comenzar el siglo XVIII, y tratemos de considerarle a otra luz y bajo aspectos menos deformes. Nunca son tan absolutas las generalidades que no puedan modificarse por las excepciones que envuelven en sí mismas, especialmente cuando se trata de una materia en que entran como elementos la atracción de la escuela, la fuerza del ingenio y el poder de la sana razón. Estas dos últimas facultades son hasta cierto punto, independientes del error y del mal ejemplo, puesto que sacan de su propia naturaleza, la energía suficiente para luchar y vencer. La fuente de donde emanan es eterna e inagotable, en el alma de los seres inteligentes, y está allí, bajo la custodia de Dios que las ha concedido al hombre para servir a la verdad y al progreso.

Hay que distinguir, por otra parte, los vicios de

---

(1) Quien creyese exagerado este juicio, puede leer los escritos de Ulloa y de don Jorge Juan, los sermones, las obras literarias, y estudiar en sus fuentes las costumbres, la administración, el foro, la ciencia médica, los planes de enseñanza, etc., durante los *tiempos medios* del régimen colonial en la América española.

la forma, de la calidad del fondo, en toda obra de la inteligencia humana. Sería injusto exigir a escritor alguno español, de la época a que nos referimos, ni la severidad, ni la parsimonia, ni la armonía de composición que caracteriza a las producciones de muy señaladas literaturas. El mismo Miguel de Cervantes, ese espíritu terso y ático, en cuyas páginas inimitables se retratan la elevación y fortaleza de una grande alma, pagó largamente el tributo de debilidades que el gusto de su nación y la índole de su idioma le impusieron.

El prodigioso talento de Quevedo, el brío lírico de Góngora, la lozana y fértil imaginación de Lope, hicieron desabrida a veces la razón de sus frutos, bajo la enmarañada hojarasca de las frases, los giros, los amaneramientos más pueriles. Delante de semejantes ejemplos, que prueban el influjo indispensable de las causas sociales sobre el espíritu y el gusto literario de una nación, en un momento dado ¿qué extraño es que los doctores de la Universidad de San Marcos, remedadores ciegos de la de Salamanca que se mostró rebelde a toda reforma racional, aun en los días de Carlos III, se dejaran llevar por una pendiente, a que no pudieron resistir ingenios poderosos e iniciadores?

Tal cual fué la escuela en que se educaron los peruanos de la *edad media* del régimen colonial, cuéntanse entre ellos muchos escritores cuya memoria y trabajos pueden enorgullecer con razón a la América de nuestra habla. Entre sus cronistas e

historiadores figuran Salinas y Calancha; entre sus poetas, Bermudes Solier, Peralta Barnuevo, Delso; entre sus juristas, teólogos y publicistas, Escalona, Esteban de Avila, León Gorosito, Salazar, etc. Entre sus oradores, dejando aun lado a otros, que en número considerable, dieron a luz el testimonio de una elocuencia espontánea y nativa en abultados sermonarios, bastaría recordar, para gloria del Perú, a aquel célebre orador que se llamó en el siglo, don Tomás de la Concha, y que, bajo el hábito de capuchino, fué el predicador predilecto del rey Carlos II de España y de los emperadores de Alemania: Leopoldo y José II.

Casi todas las 288 octavas de que se compone el canto VII del poema titulado "Lima Fundada" (1), están consagradas a encomiar nominalmente a infinitos escritores peruanos, con indicación de las obras que produjeron sus ingenios. El autor de esta epopeya en doce cantos, resume en su persona, todo el vasto campo que con prodigiosa doctrina y facilidad de comprensión, recorrieron sus eruditos antecesores y contemporáneos, pues tocó en sus nu-

---

(1) "Lima Fundada o Conquista del Perú", poema épico en que se decanta toda la historia del descubrimiento, y sujeción de sus provincias por don Francisco Pizarro y se contiene la serie de los reyes, la historia de los virreyes y arzobispos que ha mantenido, y la memoria de los santos y varones ilustres que la ciudad y reino han producido, por el doctor don Pedro de Peralta Barnuevo, Rocha y Benavidez, Lima, año 1732, 2 volúmenes in 4º.

merosos escritos cuanto puede abrazar la actividad intelectual de un hombre, poesía, historia, elocuencia, crítica, ciencias políticas, exactas y administrativas. Alcanzó a vivir 80 años (1663, 1743), y fué una verdadera enciclopedia coronada con la peluca de catedrático de prima de matemáticas, y abogado de la real audiencia limeña.

El tiempo modificó paulatinamente y a medida que avanzaba el último siglo, los viejos y feos resabios que el gongorismo y el tribunal de la fe inocularon en los dominios españoles. Las ideas modernas penetraron como una irresistible ráfaga de luz en los emporios del oscurantismo, y las ideas de la valiente filosofía del siglo XVIII se alojaron en las cabezas de Baquijano, de Unanué, y aun de Valdés, si se le considera como sabio más que como poeta. Estos y otros más que pudiéramos mencionar, fueron discípulos de aquella misma Universidad de San Marcos de la cual dijeron los sesudos viajeros ya citados que tenía "cátedras de oposición para todas las ciencias en que lucen los sujetos más doctos y capaces, entre los cuales sobresalen algunos que llenando con el eco de su fama, el concepto de los sabios de Europa, llegaron a merecer, aun estando tan distantes, el premio de la estimación de sus obras y el honor de la celebridad de los aplausos". (1).

---

(1) Don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, 2ª parte, t. 3º, pág. 57, Madrid 1748.

## DESCRIPCIONES DE LA NATURALEZA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

DESEANDO una vez encontrar modelos en lengua castellana de la manera como los escritores de imaginación, de sensibilidad, y de ciencia, trasladan con palabras los cuadros que presenta la naturaleza, especialmente en el nuevo mundo, nos apercibimos de que es pobrísima a este respecto la literatura española. Buscábamos en los historiadores peninsulares de la conquista la pintura del país en donde tuvieron lugar los acontecimientos que refieren; hacíamos igual indagación en las páginas de los viajeros, y nada hallábamos que pudiera satisfacer el buen gusto y la curiosidad artística, ni aun siquiera en la afamada y detenida "relación" de los sabios Juan y Ulloa que, recorrieron el vasto y pintoresco terreno que media entre las capitales de Quito y Lima. Estos escritores no eran de la opinión de Humboldt. No llevaban como éste, por compañero inseparable de su vida del desierto, en los climas del trópico, nada que se pare-

ciese al precioso libro que inmortaliza el nombre de Bernardino de Saint Pierre. La severidad castellana no habría podido descender hasta la lectura de una novela ni mucho menos a tomarla como modelo. Ulloa y Juan consideraban irreconciliable la verdad con el lenguaje animado, con los movimientos del alma delante de los espectáculos grandiosos que ofrecen los fenómenos atmosféricos en relación con los objetos del suelo. De esta errada persuasión proviene la floja monotonía y la carencia de reverberación y de color de que adolecen las exactas y útiles descripciones de los dos viajeros españoles. La que escribió Herrera, de las Indias occidentales, al frente de sus famosas "Décadas", sea cual fuere su mérito, especialmente considerada la época en que fué escrita, no pasa de una árida enumeración de situaciones geográficas, especie de traducción escrita, de lo que con mayor precisión y laconismo, dicen los signos de un mapa. Don Antonio Solís, que pasa entre los críticos de su país, por un escritor modelo, no se ocupa en "La historia de la conquista de Méjico", ni de la naturaleza en general, ni de los aspectos y productos que caracterizan aquella favorecida porción del globo, y no encontramos en ella otras descripciones que las de los fastuosos palacios de Motezuma.

Nuestro Azara, con cuyo libro estamos tan familiarizados y cuyo mérito reconocemos, carece completamente de aquel aire pintoresco y atractivo que populariza a un escritor y deja impresiones

indelebles en quienes le consultan. Azara era un observador sagaz y concienzudo; pero sin imaginación y sin estilo. Si tomáramos un lápiz en una mano y en la otra un compás, y le siguiéramos los pasos en sus excursiones por las llanuras argentinas y paraguayas, podríamos trazar la geografía minuciosa de las vastas regiones que recorrió el infatigable demarcador. Pero, de nada nos serviría ese mismo lápiz, si quisiéramos dibujar los aspectos de los ríos, de los bosques, de las montañas, cuya proyección es tan exacta en sus derroteros y en sus cartas. Una sola vez parece que se sintió animado del fuego sagrado delante de la famosa cascada de *Guairá*, "espantoso despeñadero, digno, como él dice, de que le describieran Virgilio y Homero". Pero, así que pronunció estos dos nombres soberanos, cayó en el más frío prosaísmo, y como anonadado ante ellos, mide los pies de castilla de la altura desde donde se despeñan las aguas, no por "un balcón o ventana, son sus propias expresiones, sino por un portillo del ancho de 70 varas". Y es de observar que, disonando de repente y queriendo levantar el diapasón de su estilo, cae en una ponderación que pudiera llamarse un gongorismo científico. "Precipítanse, dice, las aguas desesperadas, como si quisiesen lo que ellas sólo podrían intentar con su enorme masa y velocidad, esto es, *dislocar el centro de la tierra y ocasionar*

la mutación que observan los astrónomos en su eje". (1)

¡Cuánta superioridad, cuánta mayor elevación, naturalidad y gracia, resalta en las descripciones que vamos a ver en seguida, trazadas por la pluma instintivamente artística de los hombres nacidos en la colonia, a pesar de la pobreza de la educación literaria que habían recibido a dos mil leguas de la Europa!

Para describir a la naturaleza con colorido apropiado, y por decirlo a la italiana, *con amore*, es indispensable comprenderla, y para comprenderla estudiarla con voluptuosa aplicación de todas nuestras facultades. En los libros ascéticos del siglo de oro, de las letras castellanas, se notan algunos barruntos de observación de los fenómenos naturales; pero tan candorosos como falsos, porque sus autores no conocían las ciencias físicas ni tenían en vista más que lectores tan ignorantes como ellos.

A medida que las ciencias de observación han progresado cautivando la atención del hombre, se ha sentido éste más conmovido delante de las cosas creadas, y ha pedido a la imaginación y al lenguaje los medios adecuados para expresar lo que veía con los ojos y sentía con el espíritu.

Pero, este progreso, como todos los demás, ha sido tan lento en la Europa de nuestros padres, que ni Rousseau, ni Bernardino de Saint Pierre, ni si-

---

(1) *Viajes*, edición de Madrid, página 50, tomo 1º.

quiera el autor de las "Ruinas de Palmira", tuvieron allí émulos ni imitadores, y se cerró en la historia, la décima octava centuria sin legarnos a los que pensamos en español, un solo modelo que imitar al querer darnos cuenta de los aspectos del suelo de la patria que naturalmente contemplamos con interés.

El ilustre historiador americano de la literatura española, hablando justamente de la "Argentina" de Barco Centenera, dice que siempre le llamó la atención en los poemas escritos por los españoles sobre la conquista de América, y especialmente por los que visitaron los países que describen, no hallar en esos poemas, "una sola pintura de los sitios que recorrían", aunque los hay de los "más grandiosos y magníficos que presenta la naturaleza". El autor citado añade a ésta, otra consideración que envuelve en sí un problema que no nos toca resolver, puesto que el mismo que lo plantea lo deja indeterminado. Quizás provenga aquel defecto, dice, "de la misma causa que ha impedido hasta ahora que España tenga grandes pintores de paisajes". Uno de los traductores de Ticknor, el señor Vedia, ha confirmado la opinión del crítico norteamericano, asegurando que, mientras en los historiadores del nuevo mundo se descubre *alguna* vez la impresión que en ellos causaba aquella naturaleza nueva, gigantesca y sublime, apenas se descubre en los poetas *el menor vislumbre* de este sentimiento eminentemente poético. La *Araucana*

de Ercilia, el *Cortés valeroso* de Lasso de la Vega, el *Arauco domado* de P. de Oña, las *Elegías de varones ilustres* de Castellanos, la *Argentina* de Barco Centenera, y otra porción de escritos métricos, malamente llamados poemas, nada dicen de los efectos que en la imaginación de sus autores debió causar el espectáculo de un nuevo continente, con una vegetación del todo desconocida; sus inmensos bosques, sus caudalosos ríos, sus volcanes, sus cordilleras cubiertas de eternas nieves, ninguna inspiración comunicaron a los hombres que, dedicados al culto de las musas, parece deberían mirar con predilección y cariño las bellezas naturales; y así es que los poemas citados son simplemente relaciones rimadas de los hechos que ocurrían. (1)

Este desvalimiento de modelos caseros, ha cedido, tal vez, en ventaja de los americanos; en vez de imitadores se han hecho originales, y han llegado a ser maestros sin pasar por la tortura del aprendizaje escolar. Como los grandes pintores logran adivinar su arte, así los literatos del nuevo mundo han conseguido sorprender los misterios de lo bello y de lo sublime en las obras de la naturaleza, produciendo rasgos descriptivos admirables que conservándose aún aislados y dispersos, apenas son conocidos de unos cuantos iniciados en el movimiento general de las letras sudamericanas.

Si el crítico español que acabamos de copiar, las

---

(1) Biblioteca de autores españoles, tomo 22.



conociera, habría completado su pensamiento, mostrando cómo, sin salir de los dominios del habla castellana, se ha corregido la musa épica del defecto capital que con razón le atribuye. El sentimiento de la naturaleza rebosa, como antes que nosotros lo han observado dos distinguidos literatos chilenos, (1) en las composiciones modernas escritas por americanos sobre asuntos patrios.

*La Cautiva* de Echeverría; el *Niágara* de Heredia; la *Agricultura de la Zona Tórrida* de Bello; *El ombú y Montevideo* por Domínguez; *La laguna de Renco*, del fecundo y malogrado Sanfuentes, ¿qué son sino cuadros vivos, imágenes que hablan, fotografías estampadas por el fuego de la imaginación en el alma conmovida de quienes aman y comprenden las maravillas de la pampa, de las selvas vírgenes de Arauco, de los valles ecuatoriales donde crece el cacao y se columpian las pasionarias?

Los europeos mismos han sentido el porvenir que está deparado a la obra de la imaginación en América, por razón de su magnífica naturaleza. Cuando se equilibre este continente en ilustración y cultura con el antiguo mundo, dice un escritor moderno español, asombrará la valiente voz de sus bardos. Pródiga la naturaleza ha derramado allí sus más ricos dones; por todas partes encuentra la imaginación objetos que la exalten, inspirándola

---

(1) Los señores Amunátegui, en sus juicios sobre algunos poetas de la América española. Artículo *Echeverría*.

pensamientos de sublimidad desconocida; allí resbalan ríos como el Orinoco, se alzan montes como el Chimborazo; se extienden llanuras como las de Quito; hay ciudades como Lima donde se gozan de continuo las delicias de la primavera; crecen ceibas como las de Cuba; arrayanes como los de Jalisco. Torrentes y volcanes coronan sus montañas; esmalta el sol de los trópicos el plumaje del "cardenal", del "sinsón" y del "tocoloro"; pueblan de noche la atmósfera infinitos "cucuyos", brillantes como el fulgor de las estrellas, atrayendo a aquellas hospitalarias costas al piloto perdido en la inmensidad de los mares... (1) Otro escritor a quien la buena crítica literaria debe estarle reconocida, ha dicho también dirigiéndose a la juventud estudiosa y dándole idea de la relación que guarda la expresión con el tamaño de los objetos: El Rin, el Danubio, el Támesis y el Sena que para nosotros son mares, podrán con dificultad merecer el nombre de ríos a los ojos de un americano familiarizado con el espectáculo asombroso que presentan el San Lorenzo y el Misisipí, el Marañón y el Orinoco...

De manera que cuando la América produzca oradores y poetas, sus descripciones que no harán más que pintar la grandeza de los objetos que hie-

---

(1) Ferrer del Río: Galería de la literatura española, 1846.

ren sus sentidos, parecerán a los habitantes de la mezquina Europa, abultadas hipérboles. (1).

Otro pensador, que ha escrito con mucha posterioridad a los anteriores y ha podido ver ya en germen los frutos que aquéllos preveían, ha dicho refiriéndose a las regiones del Río de la Plata: Estos países son abundosos, ya en productos de la actualidad y prometen para lo venidero, una cosecha intelectual que la imaginación abarca con suma dificultad; ¡tantos son los elementos de grandeza que en sí encierran! Así es que el estilo de sus poetas se atavía con las más audaces imágenes y de más subido colorido, ya se encumbren a la región de la epopeya guerrera, política y ensangrentada; ora se esparzan y divaguen en la contemplación de los sentimientos del corazón; ora en fin reflejen en su lira el esplendor del hermoso cielo que les inspira o la magnificencia de la naturaleza que les rodea. (2).

Mientras que, como hemos visto antes, se atribuye al arte español una marcada ineptitud para reproducir los cuadros de la naturaleza inanimada, Humboldt en alguna de sus inmortales obras, ha vaticinado un porvenir sin límites al arte del paisaje en América, fundándose en la diversidad y belleza de los modelos que ofrece una naturaleza

---

(1) Mendibil y Silvela, Biblioteca selecta de literatura española, Discurso preliminar, tomo 1º, página XC.

(2) Benjamín Poucel, *Souvenirs du Río de la Plata*.

prodigiosamente rica. Y como la pintura y la poesía son hermanas, el vaticinio habla también con las descripciones del escritor que no son más que paisajes y cuadros trazados con la palabra o con la pluma. De manera que al ofrecer como lo hacemos, la reproducción en esta Revista (1) de algunas descripciones en prosa y verso de la naturaleza americana, escritas por hijos de nuestro continente, nacidos en los territorios que fueron de la España, creemos, que después de lo que acaba de leerse, no se mirará con desdén esa promesa, ni se considerarán como de poco mérito los trozos literarios que revelaremos a nuestros lectores como fruto del talento descriptivo de los americanos. Ellos vendrán a formar a manera de un álbum enriquecido por el pincel de diversos viajeros, y de la variedad de sus páginas resultará el cuadro de las maravillas naturales de la América meridional, armonizado por la unidad de colorido y de contornos que caracteriza a nuestro continente, en sus cordilleras, en sus ríos, en sus vastas llanuras.

Nosotros sentimos una complacencia especial al abrir esta amena sección en la Revista del Plata. Uno de nuestros más claros ingenios, daba suma importancia a las descripciones de la naturaleza y las reconocía como uno de los frutos más estima-

---

(1) *Revista del Río de la Plata*, (tomo II), dirigida por Andrés Lamas, Vicente F. López y Juan María Gutiérrez. — (N. de la D.).

bles de toda literatura y especialmente en América. Examinando el señor don Juan Cruz Varela, en un artículo crítico muy notable, el carácter que revistió nuestra poesía hasta el año 1828 en que él escribía, se duele de que hubiesen echado en olvido nuestros escritores en verso el cultivo del género descriptivo, y manifiesta la esperanza de que ha de llenarse en adelante este vacío, como realmente se ha llenado de una manera espléndida. Y como son tan bien dichas como poco conocidas las razones del escritor citado, y tan pertinentes en este artículo, las copiamos textualmente, dando con ellas término y autoridad a la presente introducción a "las descripciones de la naturaleza de la América española" que comenzamos en este número de la Revista.

"La poesía descriptiva no ha dado aún un solo paso entre nosotros a pesar de que el suelo de la América, parece que convida a los poetas a desplegar su genio en esta clase de composiciones. Una vegetación rápida y prodigiosa, un suelo siempre verde y florido, un clima dulce y templado, un cielo sereno y despejado, donde parece que el sol brilla con mayor ostentación, una cadena de montes, cuyas cimas propiamente se esconden en las nubes, y donde todo es grande, nuevo y portentoso, la nieve, los torrentes, la infinita variedad de la naturaleza, más caprichosa allí que en ninguna otra parte, unos ríos soberbios y caudalosos que ofrecen a la vista la imagen del océano; todos estos

objetos son propios para inflamar la imaginación de los poetas y producir bellas y grandiosas descripciones. Pero hasta ahora los poetas argentinos sólo han pulsado la lira, o inflamados por el entusiasmo nacional en los grandes triunfos de la patria, o deseosos de mostrar al mundo su esplendor, sus instituciones y progresos. Acaso, entre las numerosas composiciones de nuestros genios que no han visto la luz pública, se hallarán modelos de poesía descriptiva, debidos a los portentos de la naturaleza en el suelo de la América." (1)

---

(1) *El Tiempo*, número 68, del miércoles 23 de julio de 1828.

## NOTICIAS SOBRE UN LIBRO

CURIOSO Y RARISIMO, IMPRESO EN AMERICA AL COMENZAR EL SIGLO XVII.

Après le plaisir de posséder des livres, il n'y en a guère plus doux que celui d'en parler, et de communiquer au public ces innocentes richesses de la pensée qu'on acquiert dans la culture des lettres.

CHARLES NODIER, *Mélanges tirés d'une petite bibliothèque.*

DEFENSA de damas de don Diego D'Avalos y Figueroa, en octava rima, dividida en seis cantos, donde se alegan memorables historias, y donde florecen algunas sentencias, refutando las que algunos Philosophos decretaron contra las mugeres, y provando ser falsas, con casos verdaderos, en diversos tiempos sucedidos. Con licencia de su Exelencia, impreso en Lima por Antonio Ricardo. M. DCIII. 80 f. im. 4º: ocho páginas sin numeración que contienen, al principio del libro y en seguida

del título: un soneto del lic. Pedro de Oña al autor, tres más de diferentes poetas, también en elogio del autor y del libro, una canción y unas estancias al mismo objeto. Al fin dos páginas sin numeración con dos epigramas de Cilena, en español, y en latín en loor del autor.

Este poema en octavas y seis cantos, corre agregado a un libro del mismo autor cuyo título completo es el siguiente:

*Primera parte de la Miscelanea Austral de Don Diego D'Avalos y Figueroa, en varios coloquios. Interlocutores, Delio y Cilena. Con la defensa de Damas. Dirigida al Excellentísimo señor Don Luys de Velasco, caballero de la Orden de Santiago, Visorey y Capitán general de los Reynos del Piru, Chile y Tierra firme. Con licencia de su Excelencia. Impreso en Lima por Antonio Ricardo, Año MDCII. (Al fin) impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año MDCIII.*

La licencia del Virrey para imprimir la miscelánea es de fecha 20 de abril de 1602, y en ella se alude al parecer dado por F. Diego de Ojeda, (1) lector de teología del Orden de Predicadores, quien dice: "Por comisión y mandato de su Excelencia el Sr. Virrey don Luys de Velasco, examiné este libro intitulado primera parte de Miscelanea austral de don Diego D'Avalos y Figueroa y paréceme que

---

(1) El famoso autor de la Cristiada.

se puede imprimir porque el verso es justo y grave, la prosa fácil y claras las materias que contiene diversas y gustosas". La dedicatoria es al mismo virrey don Luis de Velasco, según la cual, el autor consagró a su obra los ratos de ocio que le proporcionaba su *profesión de las armas y caballos* en servicio del rey, sin más aspiraciones de ganancia que la que espera del agrado del lector, para cuyo entretenimiento junta, "aquí mucha parte de las curiosidades que en larga lección de antiguos y autorizados libros halló, admitiendo pocas de los que en autores en romance se hallan y se saben". La obra se divide en 44 coloquios, en prosa y verso, entre Delio y Cilena, y se infiere que esta última era una persona no fingida, sino la esposa del autor, la cual, según el prólogo al lector, era dama de mucha agudeza, de altas dotes y de no pocos bienes de fortuna. Esta señora llamábase doña Francisca Brizuela y Arellano, de buena y conocida prosapia española.

La mayor parte de esta obra está consagrada a filosofar sobre la pasión del amor en todas sus relaciones. Desde el coloquio 28 al 36 trata de la historia natural del Perú, de sus habitantes, su idioma, religión, etc. En el coloquio 26 introduce una minuciosa relación de los últimos momentos de Felipe II. (Pág. 109).

El autor era hijo de Ecija, en Andalucía, y fué el

último de sus hermanos; (1) de noble linaje, especialmente por parte de madre. "Una reñida contienda de que resultaron irreparables daños", por razón de amoríos, le obligó a expatriarse y a venir a América, habiendo llegado a Panamá el año 1574. (2). De allí pasó al Perú, siendo Virrey don Francisco de Toledo. (3). Estos viajes los cuenta detenidamente en la miscelánea fol. 194 v. Quien desee mayores noticias acerca de este personaje, puede consultar las páginas 198, 199, 133, 161, 187 de su misma obra. La página 125 contiene algunas voces tomadas del idioma quichua, y en la 151, se ocupa de los *quipus* o escritura de los peruanos.

"La Defensa de Damas", puede considerarse como una serie de disertaciones eruditas en verso, acerca de las virtudes del bello sexo, contradiciendo con ejemplos históricos, más que con raciocinios, las *oposiciones y objeciones*, que el hombre, avieso por naturaleza, hizo en todas las edades de la historia contra la mejor mitad del género humano. A modo de letrado, que, cargo por cargo trata de desvanecer cuantos se le dirigen a su cliente, el autor de la "Defensa", consagra cada uno de sus

---

(1) Contaba 17 años de edad cuando la última rebelión del reino de Granada.

(2) Desde la cuna  
Alimentó mi vida el niño ciego.  
(*Coloquio 1º*)

(3) Don Francisco de Toledo gobernó el Perú entre los años 1569-1581.

seis cantos y todas las 480 octavas que le componen, a lavar a las mujeres de la tacha de instables, de insidiosas, altivas y profanas; de parleras y livianas; de cobardes y envidiosas; de vengativas y avaras, etc., etc.

A defender las damas me levanto  
Con fuerte escudo, y bélicos pertrechos,

dice el autor en el segundo cuarteto de su primera octava, y por cierto que bien necesitaba de buenas armas ofensivas y defensivas, para habérselas con Platón y con Séneca y con Pitágoras, que son los primeros detractores contra quienes arremete. Y para no ahorrar esfuerzos ni esquivar el peligro, como buen caballero y hombre de lanza en ristre, ofrece no ocultar uno solo de los defectos con que se moteja a la mujer. El primero de los citados filósofos, dudó si la colocaría o no entre los animales a quienes negó la naturaleza el don de discutir. *El cordovés* las culpó de livianas.

Instables, sin vigor, y sin firmeza,  
Sediciosas, altivas y profanas  
Y sin secreto por naturaleza.

Pitágoras y otros filósofos *más vulgares*, las llamaron vengativas y despiadadas.

De estos efectos (*sic*) pues sois increpadas,  
Y de otros muchos, con que el vulgo os culpa  
Y en todos ellos veros disculpadas  
Señoras pienso, porque estáis sin culpa.

Para probar la perfección de su defendida criatura, nos lleva el autor al fértil campo *Damanesco*, donde *fué fabricado* Adán, y en donde la divina mano abriendo el seno del primer hombre sacó una costilla de la cual formó la bella compañera del padre de todos los hombres;

“Mujer perfecta en perfección entera.”

Y cuando el alto padre soberano  
 Hacer propuso tan divino hecho,  
 (A cuya fuerza, lo imposible es llano,  
 Por su propio poder y por derecho)  
 Bien claro está, que enderezó la mano  
 Al humano favor, y a su provecho;  
 Y pues hizo mujer, obra es perfecta  
 Si ninguna que es suya, fué imperfecta.  
 Porque para mujer nada le falta  
 De lo que para serlo, es conveniente...

.....  
 Que es sola en quien la noble especie humana  
 Recibe forma, y de quien nace y mana.

Sólo la envidia, que D'Avalos compara con el lebrej que roe un hueso descarnado y se hiere la boca sin provecho, ha podido empeñarse en ver manchada a la mujer. Y si no nos equivocamos, este cargo va directamente, nada menos, que al autor de la Eneida, lo cual parece increíble en la pluma de un escritor que tanta predilección manifiesta por los antiguos. El no acepta la concepción virgiana de Dido, y apelando al testimonio de la verdadera historia, nos pinta a la “gran fundadora

de la gran Cartago", no como víctima desechada de la indiferencia de Eneas, sino de su constancia, "por no ofender al muerto su marido", viéndose pretendida y amenazada por el feroz Yarbas.

Historia es cierta que la reina Dido  
Gran fundadora de la gran Cartago,  
Por no ofender al muerto su marido  
Jamás temió de Yarbas el estrago;  
Pues, por mujer habiéndola escogido,  
no le venció con armas ni halago;  
Antes huyendo de placeres vanos,  
Toma la muerte con sus propias manos.

Así, con "historias casi ya olvidadas", va justificando el autor, en este primer canto la constancia de la mujer. Rasinalda, condesa ilustre y poderosa de Oriente, en donde era "muy conocida", sostuvo, no dice con quién, una larga y desgraciada guerra, al término de la cual se encontró prisionera con toda su familia en la ciudad de que era soberana, entrada a saco por el enemigo victorioso. Era Rasinalda madre de cuatro hermosísimas y recatadas doncellas, todas en la flor de la primera edad, y hallábase en el colmo de la desesperación al considerar los insultos a que exponía la desgracia de las armas a aquellos pedazos de su corazón y de su honra. Derramaba lágrimas y se despedazaba el cabello; lo cual visto por las hijas convinieron en tranquilizar a la madre, proponiéndola la ejecución de un proyecto terrible, que habían concebido entre las cuatro, comprendiendo ellas también la situa-

ción en que podrían encontrarse así que el palacio fuese asaltado por la soldadesca. La mayor de las hermanas, se hizo intérprete de las otras tres, y dirigiéndose a la condesa la dijo: "Dulce madre; tesoro mío, ¿por qué os entregáis a la desesperación, cuando con ella ni con el llanto lograréis defender defender nuestra inocencia. Lo único que puede favorecer a nuestra honra es el firme propósito que hemos hecho de sostenerla a toda costa, y para que el miedo, el dolor del tormento o la seducción no nos haga quebrantar nuestro propósito, hemos acordado desfigurar nuestros cuerpos, lacerándonos las carnes y abriendo en ellas "llagas viles y asquerosas". Y diciendo así, y prestándole asentimiento las demás hermanas, retiran de las llamas un vaso colmado de aceite hirviendo, lo derraman con júbilo sobre los tiernos miembros, y toman súbitamente el aspecto de unas verdaderas leprosas:

Y así quedaron nunca maculadas  
Las bellas carnes, aunque atormentadas.

Con otra historia no menos peregrina y remota, esfuerza sus pruebas el autor de la "Defensa" para probar la constancia de la mujer en sus resoluciones. Alfonso, rey de España, de León y de Asturias, por razón de estado o por debilidad, trató de violentar el ánimo de su hermana doña Teresa para que se entregare por esposa al rey moro de Toledo. Tan porfiado era el hermano en insistir, como Teresa en oponerse a su voluntad, con tan

discretas razones, como las siguientes: si mi vida te es una carga pesada, si soy para ti motivo de disgusto y quieres apartarme de tu lado, no lo hagáis de manera que se condene mi alma, y revoca una sentencia que es para mí más cruel que la de muerte. Sólo a Cristo quiero por Esposo, a quien me he consagrado desde la niñez y a quien le tengo ofrecido el cuerpo con el alma. No seáis causa de que cometa el pecado mayor en que puede caer una doncella,

Trocando esposo que es señor del cielo  
Por un vil moro de tan bajo suelo.

Estos razonamientos, santamente inspirados, no ablandan de manera alguna al príncipe, que los replica con palabras descompuestas, insistiendo en su resolución. Aprresta, en consecuencia, carruajes regios y lujosas literas, escoltadas por numerosos guardas de a caballo, y obliga a la princesa a que se traslade a la corte de Toledo en donde la espera con ansia el enamorado musulmán. Teresa convierte con sus lágrimas "en mar el suelo", y entre angustias, tormentos y desmayos llega a presencia del esposo cuyos brazos aborrece, y le manifiesta sin rebozo su firme resolución. Desiste de vuestro empeño, le dice; mira que estoy consagrada a Jesucristo, y me hallo bajo la custodia de un ángel. Eres muy valiente, por cierto; pero aún cuando lo fueras mil veces más, nada podríais contra una alma que el cielo conforta y gobierna.

Que soy esposa de quien soy esclava.  
 Y no ha de ser tu voluntad cumplida,  
 Entre tanto que en mí la vida viva.

Abdalá, que así se llamaba el de Toledo, no se dió por vencido a estas razones; pero intervino el auxilio del cielo, y con la muerte repentina del prometido de este mundo, quedó libre y señora de su voluntad la esposa mística, consagrada a Dios desde la niñez.

Y así fué monja, do acabó la vida  
 En el servicio de quien fué ofrecida.

No deja de tener fragancia y unción la siguiente octava recordando a las mujeres que logran por su firmeza en la virtud los honores de los altares y un lugar escogido en la gloria eterna:

No es necesario levantar el vuelo  
 Para en constancia ser acreditadas  
 A las que gozan del empíreo cielo,  
 Que son por santas ya canonizadas;  
 De quienes consta que en el bajo suelo  
 Por su firmeza fueron señaladas;  
 Unas gozando lauro de martirio,  
 Y otras pureza como el blanco lirio. (1).

En el canto tercero acomete el autor la tarea de desvanecer la preocupación más común de cuantas pesan sobre las hijas de Eva. Pero ya lo dice él mismo al abrir su campaña:

---

(1) Canto 1º, oct. 93.

Cuanto la empresa es más dificultosa,  
En más se estima el pecho que la emprende.

Es, según el autor, mostrar mal sentido y formar falsa opinión de las cosas, tachar de livianas a las mujeres y de codiciosas de "aquello que Venus codicia". Esto es echar sobre ellas una mancha que es propia del sexo masculino;

Es un delito nunca imaginado;

y si no, diga el más diestro servidor de las damas, ¿cuántas encontró que pretendieron seducirle con ruegos? ¿Cuántas perturbaron su tranquilidad? ¿Cuántas, de casto, le convirtieron en vicioso? No por esto digo, agrega el poeta, que siendo provocadas se nieguen a las leyes de la naturaleza, ni que siempre la pureza triunfe de los apetitos que enciende en ellos el amor. Afirmo sí, que siendo combatidas, en toda ocasión, incitadas,

Con cautela, con maña o con destreza,

con razones amorosas, en fin, no es milagro que se embriaguen con la ponzoña y caigan rendidas por la seducción:

Materia es esta, donde se pudiera  
Fulminar un proceso, y larga historia,  
En donde el torpe vulgo conociera,  
Alguna parte de tan gran victoria;  
Pero como mi pluma sólo espera  
Agradar a los sabios, que en memoria  
Tienen que sois de castidad la fuente,  
Usaré brevedad en lo presente.

El cuarto canto, uno de los más extensos de la Defensa, está todo él consagrado a probar la aptitud de la mujer para las acciones heroicas en la guerra, desde las heroínas de la Biblia, hasta la doncella de Orleans, ("*Poncela* luz de los franceses") recorre D'Avalos la historia profana y sagrada para alinear en octavas, una falange de veteranas inmortales, coronadas con laureles dignos de Alejandro y de César. Judit, la romana Camila, "Semiramis la madre del Rey Nino", Martesia, "caudillo de las Amazonas", y otras más, son las brillantes figuras que el poeta pasa en revista, mostrándolas a veces a la luz de una historia medianamente crédula e infiel; pero siempre con la caballeresca intención de dar relieve al asunto predilecto de su musa. A pesar de su entusiasmo, sabe, sin embargo, contenerse y nunca se excede de un número determinado de estrofas; la longitud de sus cantos oscila, como la de un péndulo bien regulado, entre 70 y 80 octavas, como término medio. Entre una y otra suele haber siglos de distancia en la sucesión de los hechos y personajes, de manera que forma contraste la inmensa materia primera de que dispone, con lo reducido, parsimonioso y mesurado del producto, después que aquélla sale elaborada del taller del artista.

Las reglas estéticas de D'Avalos no podían ser las mismas que las de su paisano don Joaquín de Mora que ha dicho en una de sus leyendas:

Mi regla antigua es aflojar la rienda  
Cuando monto el Pegaso...

y lo decía, justamente, en los mismos parajes, aunque a distancia de 230 años, en que escribió el autor de la *Miscelánea*. D'Avalos era vecino de la ciudad de la Paz, ciudad hoy de jurisdicción boliviana, y allí firma su libro, al terminarle, el 6 de setiembre de 1601. Vivía, por lo tanto, rodeado de una naturaleza espléndida, y en frente del "inefable espectáculo" que ofrece el Nevado de Illimani, uno de los montes más elevados del globo, y que por la "elegancia de su perfil, por la variedad de sus tintes, por sus profundas sinuosidades, y por su entera separación de la gran cadena de los Andes, puede considerarse como uno de los más grandiosos y bellos puntos de vista que pueden ofrecerse a los ojos del hombre." Este espectáculo no le conmovía para nada, y nadie podría sospechar, leyendo la "*Miscelánea*" y la "*Defensa*", que semejantes maravillas circundasen al autor al escribirlas. Comparando esta indiferencia del poeta de Ecija con la embriaguez que produce en el alma del gaditano, el perfume de aquellos valles, la blandura del aura, la aromática ambrosía de los torrentes que despeña el gigante, puede medirse el progreso que ha hecho el sentimiento de la naturaleza dentro de los dominios del arte, sin que por esa comparación se pueda negar absolutamente a D'Avalos todas las cualidades que distinguen al poeta. En el

mismo año en que las dos producciones de aquél se estampaban en Lima, aparecían en Europa dos, también en verso, y relativas a América, que en nada las aventajan: el *Colombo* de Villafranchi, en Florencia; la *Argentina* de Barco Centenera, en Lisboa. Dos años más tarde, aparecía por primera vez en Méjico, la *Grandeza Mexicana* del autor del Bernardo, la cual es una sencilla epístola en la cual más parte toma la descripción de usos y costumbres de una ciudad capital, que la del rico suelo de Nueva España.

Basta con lo dicho, para dar una idea del asunto, de la textura de la composición y del estilo de la "Defensa". Todos los seis cantos de ella guardan igual nivel, de manera que producen en el espíritu la misma impresión monótona que en los sentidos una serie de líneas paralelas. D'Avalos ha debido componerla en edad ya madura, cuando los frutos del amor legítimo de su Cilena, habían perdido el excitante agridulce de las pomas vedadas, tan apetecidas en la juventud, y tan inspiradoras de rasgos apasionados y entusiastas. En este anticipado rival de Legouvé, se descubre el amigo que hace justicia al "mérito de las mujeres", vencido por la reflexión en la tarde de un largo día de estío consagrado a amarlas. Es una especie de devoto del bello sexo, a cuyos castos altares se acoge, cuando ya, como algunos devotos de otros ídolos, no pueden sacrificar en las aras lascivas de Venus. El mismo D'Avalos, que ha dejado escrita su biogra-

fía en las páginas de su "Miscelánea", nos autoriza para juzgarle así, a falta de los testimonios indirectos que nos suministra la cuidadosa lectura que hemos hecho de su "Defensa". Bien que, aun cuando fuese temerario nuestro juicio, en nada dañaría a su fama, que duerme custodiada por sí misma dentro de sus páginas a que no llegarán más que las manos, sin malicia, de los bibliófilos.

Para éstos es sumamente apetitoso el libro de que damos cuenta; en primer lugar por su excesiva rareza, y en segundo por varias circunstancias de que vamos a ocuparnos inmediatamente.

Tan poco común es la "Miscelánea Austral", que son contados los catálogos en que se registra, y más raros son todavía los biógrafos que se hayan ocupado de su autor. El laborioso y bien informado Nicolás Antonio apenas le menciona, y Mr. Ternaux Compans, quien, sin duda, tuvo aquel libro en su mano y algo coligió en él con respecto a la persona del autor, manifiestamente se nota que no tuvo bastante flema ni interés para leerse los trescientos veinte y cuatro folios de aquel producto castellano de la tipografía limense. Los infatigables señores Zarco del Valle y Sancho Rayon, que publicaron en 1863 el meritorio "Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos", son los únicos que por primera vez, y por extenso, hayan copiado en un tomo 1º bajo el número 299, el título de la tal "Miscelánea", dando muestras, no de haberla leído, sino que la han hojeado, co-

piando daguerreotípicamente su carátula, con todos los adminículos del oficio, en que se lucen como maestros.

Esto de leer por entero, algunos de esos pergaminos que páganse caros y que para nada sirven (1), si no es para conservarlos con esmero como muestras fósiles de las capas geológicas de la tipografía o de la literatura, no es para todos. Requiere semejante sacrificio, la posesión del fuego sagrado, del amor a la patria, si es permitida esta aparente exageración, y sólo un americano puede, por ejemplo, agobiarse durante meses enteros delante de los 90.000 endecasílabos de que se componen las tres partes de las "Elegías y Elogios" de Juan de Castellanos o de las 2960 descoloridas y bozales octavas de Barco Centenera. Pero, sólo a precio de tan ardua tarea se sabe y se conoce aquello de que nos disponemos a hablar, ya ejerzamos la crítica literaria, ya recorramos los campos de la conquista primitiva guiados por los actores y testigos en ella. El nombre de Castellanos nos trae a la memoria una prueba de los resultados inesperados que puede proporcionar la lectura paciente de los libros a que nos referimos. El beneficiado de Tunja fué antes de consagrarse a la iglesia, soldado de la conquista cuyos hechos relató y versificó

---

(1) Don Manuel José Quintana hablando del poema de Baraona de Soto, las *Lágrimas de Angélica*, dice: "olvidado ahora y no leído ni aún por los que lo poseen, aún cuando le aprecien como libro de difícil adquisición."

en la vejez y salieron a luz, en parte, con el título que queda indicado, el año 1589. Este libro no es común; pero, al reproducirse en la "Biblioteca de Autores españoles" de Rivadeneira, debió el erudito que firma el *prólogo*, buscarle y leerle, exponiéndose a cometer el error de asentar que aquella primera edición de 1589 "vió la luz pública sin lugar de impresión", siendo así que hasta en los *catálogos* más vulgares de libros americanos, se sabe que se publicó en *Madrid* por la viuda de Alonzo Gómez, con el retrato del autor. (1).

No con tan reprehensible ligereza ha procedido más tarde el escritor americano, cuya reciente pérdida deploramos, autor de la "Historia de la literatura en Nueva Granada". Este, movido por ese interés patrio de que antes hablábamos, y por amor a la verdad y a la justicia, que tan necesarias son en literatura como en cualquier acto de la conducta humana, estudió minuciosamente las partes todas de las "Elegías y Elogios" del poeta historiador de su patria, y en ellas halló resueltas por Castellanos mismo, las dudas que hasta entonces se tenían acerca de la cuna de éste y de la época de su nacimiento. Pinelo dió tal vez motivo en su *bibliotheca occidentalis* a que se considerase a Castellanos natural del Nuevo Reino, y Nicolás Antonio en su *Biblio-*

---

(1) Por ejemplo, en la Biblioteca Americana de M. T. Compans, publicada 20 años antes que el tomo de Castellanos, en la Colección Rivadeneira.

*teca Nova* no contradijo este error en que también incurre el editor moderno de Madrid. Mientras tanto, el mencionado autor de la *Literatura en Nueva Granada*, ha podido señalar la patria de Castellanos, la época en que vino a América y aquella en que comenzó a escribir sus *Elegías*. Todo esto está dicho por el poeta mismo en la octava 46, canto 2º, elegía 6ª, parte 1ª, por sobre la cual habían pasado los ojos, distraídos sin duda, dos de los hombres más eruditos del mundo europeo, (Pinelo y Antonio) y el señor Aribau editor contemporáneo de las obras completas del poeta guerrero y sacerdote.

Cosa parecida ha sucedido con el mismo Pinelo, citado un momento antes. Miembro de una familia que al parecer tenía vínculos estrechos con América, y habiendo él mismo vivido, y tal vez hecho en ella sus estudios en Lima, como B. Balbuena los hizo en la Universidad de Méjico, sin haber nacido en esta ciudad, pasaba por americano, y aun se lo disputaban, sin alegar títulos irrecusables, las ciudades de Córdoba, del Tucumán y la de los Reyes, capital del Perú. Esta cuestión, por trivial que parezca, nos interesaba vivamente, lo confesamos sin rubor, y como el salir de una duda es una satisfacción del espíritu, agradecemos al señor Fernández Guerra, la revelación que acaba de hacernos acerca de la verdadera patria, del infatigable escritor cuyo nombre se recomienda cada día más a la posteridad por el cúmulo de noticias que sobre América y Europa dejó en sus numerosos tra-

bajos, la mayor parte inéditos aún. Al ilustrar de una manera amena y magistral la vida del americano Juan de Alarcón, honra de la literatura dramática de la lengua española, ha escrito lo siguiente, ahora menos de tres años, con presencia de los manuscritos del mismo Pinelo, el mencionado señor Fernández Guerra: "el licenciado *Antonio Rodríguez de León Pinelo*, relator en el Consejo "Real de las Indias, honor de la bibliografía indiana, anticuario, historiador, biógrafo, docto "jurisperito, piadoso escritor y poeta, y analista "benemérito de la villa de Madrid, *nació, no* (como hasta aquí se ha dicho) en el Perú, sino en la "castellana ciudad del Pisuerga". (1)

Este libro viejo de que vamos hablando, se toca por un punto casi imperceptible con otro pobre olvidado, escrito también por un peninsular a quien el deseo del lucro trajo a América, y para endulzar los sinsabores de su viaje desde el Perú hasta Méjico en el año 1596, se entregó a traducir las *Heroidas* de Ovidio; porque, a pesar de ser aficionado a los pesos fuertes, lo era también a la poesía. De regreso a Europa dió a luz su traducción con

---

(1) Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza por don Luis Fernández Guerra y Orbe. Obra premiada en público certamen de la Real Academia Española y publicada a sus expensas, páginas 449-455. No está de más recordar que la *ciudad del Pisuerga* y Valladolid no son más que una misma, residencia de la corte de España antes que pasase definitivamente a Madrid.

este título que abreviamos: "Primera parte del Parnaso antártico", (1). Esta obra de Diego Méxía, contiene después de una especie de epístola en prosa, muy interesante, dirigida por *el autor a sus amigos*, un *discurso* en tercetos, "en loor de la poesía, dirigido al autor y compuesto por una señora principal del reino del Perú muy versada en las lenguas toscana y portuguesa" y cuyo nombre desgraciadamente, se oculta por "justos respetos"; sin duda porque se creía desdoroso entonces, para una mujer bien nacida, el poseer un espíritu cultivado dentro de los dominios del habla española. En este discurso sobre el cual llama la atención el señor Ticknor (prueba de que no es despreciable), se hace reseña de muchos poetas de la América del Sur, insertando noticias sobre ellos que sería vano buscar en ninguna otra parte. Entre esos poetas brilla el autor de la "Defensa", y la dama peruana le paga y retribuye los elogios que él hizo de todas en general, con los dos siguientes tercetos:

Mas aunque tú la vana gloria huyas  
(Que por la dar mujer será más vana)  
Callar no quiero, ó Avalos las tuyas:  
Y cuando calle yo, sabe la indiana  
América muy bien, cómo es don Diego  
Honor de la poesía castellana.

---

(1) El título por completo es éste: Primera parte del Parnaso antártico de obras amatorias, con las 21 epístolas de Ovidio y el *in ibíss* en tercetos por Diego Méxía. Sevilla, 1608.

Otro poeta americano, de los mencionados en los tercetos de la señora consabida, tiene también que ver con la "Defensa de Damas", porque al frente de ella y haciendo parte y punta de las siete composiciones laudatorias, que, como de antigua costumbre, acompañan y apadrinan la obra, se nota y sobresale un soneto del aludido. Es este el licenciado Pedro de Oña, cuyo nombre nos cupo la honra de resucitar, reimprimiendo su poema "Arauco Domado", en la imprenta "Europea" de Valparaíso en marzo de 1849. Oña, nacido en las ensangrentadas fronteras de Chile, hijo de un veterano, se educó en Lima, y allí publicó sus primeras obras, entre ellas, el poema que le inspiró el terremoto de 1609 de que fué testigo y que afligió a aquella capital tantas veces conmovida por los sacudimientos subterráneos. Diez años antes había dado a luz, en las prensas del primer tipógrafo del Perú, la primera parte de su Arauco, y es en razón de esta larga residencia en aquella parte de América, que la señora peruana le colocó entre los poetas páisanos suyos o avecindados en el Perú.

Dijimos al comenzar, que la "Miscelánea austral" obtuvo licencia superior para darse a la prensa en virtud del parecer favorable que de su mérito dió al virrey el R. P. F. Diego de Ojeda de la orden de predicadores, juicio que por lacónico que sea, estando a su substancia, valdría mucho a favor de la *gravedad* del verso y la *facilidad* de la prosa de D'Avalos, si no supiésemos, que en las

costumbres literarias de los españoles de aquellos días, semejantes aprobaciones no eran otra cosa más que rasgos de pedantismo gerundiano, o de una benevolencia meramente cortés. La verdadera crítica era entonces completamente desconocida, aun entre los más claros ingenios. Los nombres de Ercilla, de Quevedo, se encuentran firmando aprobaciones laudatorias de obras pésimas. Lope de Vega escribió largas silvas con el título de "Laurel de Apolo", para distribuir cumplimientos alambicados y elogios desmedidos a cuanto contemporáneo suyo asumía el oficio de escribir en verso, tuviera o no talento, y Cervantes pone por las estrellas, en el escrutinio de la librería del caballero manchego, algunas obras poéticas que desdeña con razón la posteridad del inmortal autor del Quijote. La crítica no reconocía término medio entre el sangriento y apasionado epigrama o el panegírico más exagerado.

Fray Diego de Ojeda, uno de los grandes poetas épicos de su siglo, era sevillano, y residió largos años en Lima desempeñando el empleo de regente de los estudios de los padres Predicadores de aquella capital. Su *Cristiada* se publicó por primera vez en Sevilla el año 1611, y la suma rareza de esta edición en Europa se atribuye a que casi todos los ejemplares de ella debieron traerse a América donde el autor residía. Ojeda, como Ercilla, como Balbuena, debe su épica inspiración, a las influencias del cielo americano, como es notorio y como hasta aquí

pocos que sepamos, se han apercibido de esta circunstancia.

Réstanos anora, para terminar este artículo, que a pesar de la liviandad de su asunto, puede parecer pesado a muchos por culpa nuestra, ocuparnos de la parte tipográfica del libro de D'Avalos. Como dijimos ya, las dos obras que le componen, la "Miscelánea" y la "Defensa", se imprimieron en Lima en los años de 1602 y 1603 por *Antonio Ricardo*. Este impresor solía agregar a su apellido el título de *primer impresor de los reinos del Perú*, y parece que con razón. Ejerció primero su oficio en Méjico; de allí pasó a Lima, y a pesar de lo que dice el reciente, laborioso y bien informado autor de la "Bibliotheca Americana Vetustissima" (1), podemos asegurar, con presencia de los documentos en mano, que Ricardo dió libros a luz entre los años de 1584 y 1602. Ricardo que era, como se ve italiano de origen, y discípulo probablemente de los famosos tipógrafos, el alemán Juan Cromberger, o el bresciano Juan Pablos, o Giovanni Paoli, debió tener por verdadero apellido *Ricciardi*, como lo observa Mr. Henry Harrisse en la obra de N. York que acabamos de citar. (2).

---

(1) B. V. Am. a description of works relating to America published between the years 1492 and 1551. New York, 1866, pág. 372.

(2) Véase nuestra Memoria sobre los orígenes del arte de imprimir en América, publicada en el tomo 7º de la "Revista de Buenos Aires", año 1865.

Por el lado de la belleza, pocos elogios merecen los tipos de Ricardo, en su edición de las obras de D'Avalos. El tipo es cansado, poco nítido aunque claro, el papel amarillento, delgado y común, aunque consistente y a propósito para resistir al tiempo si no a la polilla. El ejemplar que poseemos de la "Defensa", a excepción de algunas picaduras de aquel insecto, se conserva limpio como el día que salió de casa del impresor, y tiene escrito en la carátula con letra de mano jesuítica, la siguiente inscripción "Bibliotheca S. Pauli soc. Jesu Limae".

## MITOLOGIA DE LAS NACIONES DE RAZA GUARANI

(FRAGMENTO DE UN ESTUDIO SOBRE LA ELO-  
CUENCIA Y LA POESIA DE LAS TRIBUS  
AMERICANAS)

*"Tienen una imaginación viva, con-  
cepción fácil, una memoria admirables".*

AL acercarse Cristóbal Colón a las primeras pla-  
yas por él descubiertas, "vínole un olor tan suave  
de flores y árboles que era la cosa más dulce del  
mundo." (1) Este perfume nacido del seno de la  
naturaleza física, traía consigo la nueva de que el  
mundo recién aparecido, era un mundo poético para  
los sentidos. La organización exquisita del inmortal  
genovés, se abrió toda entera para gozar de es-  
tas sensaciones; pero ni él ni sus compañeros pu-  
dieron sentir ese otro género de perfume, más que  
etéreo, emanado de las costumbres, de la intelligen-

---

(1) Narración de su primer viaje.

cia, del alma del hombre primitivo de América, no menos simpático y bello que los demás seres del Edén en que moraba. Los árboles no han perdido su lozanía, ni la flor de las pasionarias su fragancia, ni las aves los iris de sus plumas, ni los ríos y cordilleras su majestad, en este suelo privilegiado del nuevo mundo. No ha sucedido lo mismo con el hombre, criatura frágil y transitoria a quien daña a veces la generosidad misma de sus pasiones enérgicas. El hombre, tal cual Dios le había formado en América, fué despojado de todas las galas y atractivos que adornaban su sencillez, y su historia es la del huérfano desvalido a quien la avaricia arrebató su patrimonio y le apaga el hogar.

Si por el delito de ser *bárbaro*, cúpole esta suerte al indígena, la pena fué tan cruel como injusta por su desproporción con el delito, en el cual la voluntad que le permite cometerlo es nada menos que la del Creador. Este colocó al hombre en todas las regiones del mundo, imperfecto, bárbaro; pero dotado de los medios necesarios para ennoblecerse y civilizarse, con el transcurso de los tiempos, a fin de que esta perfección fuese obra y fruto de los esfuerzos de su propia inteligencia. Esta injusticia cometida en nombre de una civilización orgullosa de su poder, es tanto menos justificable cuanto que no ha querido tomarse en cuenta lo mucho que se debe al hombre americano en el ensanche de la esfera de los recursos con que esa civilización invade irresistible todos los ángulos de la tierra. Porque si es

verdad que el hallazgo del continente americano, duplicando la superficie del globo, multiplicó las transacciones, aumentó la masa de los metales preciosos, perfeccionó la navegación, estimuló las ciencias que con ellas se ligan, e imprimió a la actividad humana un impulso que la historia reconoce como uno de los más fecundos hechos de la edad moderna, no es menos cierto que la labor intelectual y manual de los indígenas contribuyó, a par de la del europeo, a la realización de esas gloriosas adquisiciones de que con razón se engríen los pueblos civilizados.

Basta echar una mirada sobre el diccionario de la lengua castellana para advertir cuán copioso es el caudal de ideas, de usos y de objetos útiles al comercio y al bienestar del hombre, que debe nuestra antigua metrópoli al pobre indígena a quien exterminó el soldado y humilló el catequista durante esa matanza que se llama "Conquista de América". Los puentes suspendidos, el hamaca higiénica y voluptuosa, mil ingeniosos aparatos para cazar y pescar, la canoa de una sola pieza, la atrevida jangada, el delicioso chocolate perfumado con vainilla, la papa que apacigua el hambre del proletario, la quina que mitiga el calor enfermizo de la sangre, la zarzaparrilla y el copaibo que habrían podido prolongar los días de nuestro primer fundador don Pedro de Mendoza, si hubiera aplicado estos simples remedios a las dolencias que adquirió dentro de los muros de Roma; (1) la coca que restablece el sistema nervioso

---

(1) Centenera, canto IV, oct. 22.

y vigoriza el espíritu tanto como el café ¿no son todos estos, y otros muchos que omitimos, inventos y productos americanos cuyo uso aprendió el europeo en su trato con el indígena? Si este hecho es innegable, tampoco puede negárseles a los hombres del nuevo mundo la parte que les corresponde en la civilización a que hemos llegado, y esta participación exige con justicia una palabra siquiera de agradecimiento.

Por fortuna esta palabra ha comenzado a pronunciarse. El hombre americano se estudia actualmente a la luz de un criterio más generoso y científico, que el que guió a Paw, a Robertson, a Ulloa, a Muñoz, historiadores y naturalistas extraviados por preocupaciones formadas *a priori* y cegados por una reprensible parcialidad hacia cuanto fué obra de los europeos en América. Pero, viajeros como Humboldt y D'Orbigny que por sus vastos conocimientos en la ciencia de la naturaleza se han levantado sin vanidad a la altura del verdadero historiador filosófico, han abierto nuevas sendas en el campo interesante de la etnografía americana. Llevados por la pendiente sin esfuerzo de la observación despreocupada hacen justicia en las admirables relaciones de sus viajes, a las facultades morales e intelectuales del "Salvaje", tan calumniado antes de ellos. (1).

---

(1) La mayor parte de los que han escrito sobre las costumbres de los pueblos bárbaros los han pintado como

Prolongaríamos demasiado esta digresión si nos propusiéramos reproducir una pequeña parte siquiera de los testimonios fehacientes que hemos reunido para probar la mansedumbre del carácter, la jovialidad y la buena índole de los primitivos americanos. En mérito de tales testimonios puede asegurarse que estos hombres que tanto y tan encarnizadamente han resistido a los conquistadores desde que se navegaba en carabela, hasta hoy que se cruza el Atlántico en palacios impelidos por el vapor, eran por obra de la naturaleza, dóciles, hospitalarios y aptos para abrazar la vida civilizada tal cual el humanismo cristiano lo ha establecido para la dicha universal. Esa resistencia es el resultado de una virtud hermana de la fortaleza, impresa por Dios en el corazón de la humanidad: la independencia. Obedeciendo a este generoso móvil, el hombre resiste, repele y detesta aquello mismo que pudiera serle ventajoso, cuando se le quiere imponer por la fuerza y sin consulta o persuasión de su voluntad independiente. La civilización que no reconoce esta ley de la Providencia y la quebranta, no es civilización sino tiranía. Quien resiste la dádiva que se le ofrece con una mano abierta mientras se le amenaza con la otra, es un ser que procede como hombre y co-

---

gente sin leyes, sin política exterior, sin forma de gobierno y casi sin figura humana. En este defecto han incurrido los misioneros y otras personas honradas porque han escrito sobre cosas que no conocían y con demasiada ligereza.

(Lafiteau-Mœurs des Sauvages américains—Paris 1724).

responde a la dignidad de este título. Así han procedido los "bárbaros".

Pero nuestro propósito no es considerar a los indígenas bajo el aspecto de sus costumbres, sino como seres capaces de funciones intelectuales que honran a nuestra especie. Entre estas facultades, la de crear con la fantasía y animar con ficciones la obra de la naturaleza, atribuyéndola calidades y destinos puramente ideales, es la que más seduce y más hondo rastro deja en la historia de los pueblos que han desaparecido. Si la Grecia sólo presentara como títulos a nuestra admiración sus héroes y sus filósofos, la admiraríamos sin duda, pero no produciría esa fascinación que hasta hoy produce como creadora de una mitología bella y sensualmente poética. El genio griego tanto se manifiesta en los dioses nacidos de su imaginación como en los cincelados en mármol bajo formas humanas. La obra del poeta rivaliza con la del artista, si es que no la supera. El Olimpo vivirá por siempre en la memoria de los hombres, mientras que las estatuas y los templos, están condenados a que el tiempo los degrade y pulverice.

El recuerdo de esta nación culta y poética por excelencia, se nos presenta, casi sin quererlo, delante de las creaciones fabulosas de los habitantes primitivos de América, dándonos motivo esta rara asociación de entidades tan remotas, para admirar la analogía que existe en las concepciones humanas,

por muy diversas que parezcan las civilizaciones, las sociedades y los climas.

Donde quiera que nos detengamos en una excursión literaria, ya sea en las costas bañadas por las aguas ecuatoriales, ya en las llanuras cubiertas de selvas que se extienden al pie oriental de los Andes bolivianos; entre los extintos habitantes de las Antillas que sólo viven en la historia, o en la nación libre, bella de formas, elocuente y espiritual de los Yuracarés, encontramos ficciones tan risueñas y hermosas, seres fantásticos creados por la imaginación, tan poéticos, que pueden rivalizar con los que nos deleitan en los poemas más seductores de las literaturas clásicas.

Los indígenas cuyas costumbres nos pinta el Padre Lafiteau, habían creado sus "Campos Elíseos", el "país de las almas" según la bella expresión de que ellos se valían para designar una especie de Paraíso en donde habían nacido sus primeros padres y a donde regresaban los espíritus de sus hijos después de la vida. Esta región misteriosa estaba al occidente y para llegar a ella se andaba por caminos ásperos, interrumpidos por numerosos y profundos torrentes que era forzoso atravesar por puentes suspendidos sobre el abismo y tan frágiles que sólo podían resistir el peso de las almas. Un animal feroz salía al camino y hacía que muchas almas se despeñasen de miedo y fuesen arrastradas de precipicio en precipicio hasta lo más hondo del abismo. Las que alcanzaban la felicidad de vencer los obs-

táculo del tránsito, llegaban a un vasto y risueño país en donde residía un Dios rodeado de su familia, a la cual se incorporaba el espíritu recién llegado y comenzaba a participar de la dicha y de los placeres de que gozaba aquella familia bienaventurada.

La nación Caribe, extinguida completamente por la conquista, a punto de que su idioma sólo se conserva en las gramáticas y diccionarios de los misioneros franceses, tenía según éstos, algunas creencias sumamente risueñas y poéticas, que contrastan con el carácter feroz que se le atribuye por algunos historiadores. (1). Para ella la luna era un ser animado, un joven que descendía algunas veces a la tierra rodeado de los misterios de la noche. Enamo-

---

(1) El Misionero francés que escribió el vocabulario de la lengua Caribe, dice la voz CALLINAGO: "verdadero nombre de los Caribes, de estos antropófagos de quienes tanto se quejan los españoles porque no pudieron someterlos... Yo no quiero difamarlos, mas debo decir que conmigo se portaron bien y no tengo que quejarme de su crueldad". (Pág. 105).

En el mismo diccionario hallamos una prueba de los exquisitos sentimientos filiales que poseía esa raza, pues difícil es en lengua alguna hallar expresiones más sentidas y patéticas que las siguientes, pronunciadas por una joven caribe sobre el cadáver de la mujer a quien debía la existencia: Ah, madre mía, porque habéis fallecido tan pronto! *Allie kéukeu ichaneuklam nicotamain*. ¡Qué desgraciada soy! Ya no tengo madre! *Itaracatuêlam; ichanum atelam ioüine!* ¡Qué será de mí! Me iré a vivir entre los cristianos para morir con ellos...

rado de una doncella hermosísima, espiaba los momentos en que ésta dormía para acariciarla.

Y estos cariños fueron tan ardientes y repetidos que la madre de la doncella se apercibió de que su hija había dejado de ser inocente. Deseosa de conocer el secreto de un amor revelado por sus resultados, puso al lado de la doncella una persona que la vigilase, especialmente en la noche. Esta persona se desempeñó tan bien que pudo sorprender al amante y tizarle el rostro para reconocerle entre los jóvenes de la tribu creyendo que fuese uno de éstos. Pero ¡cuál no fué la admiración de la madre, cuando al mirar a la luna en una ocasión en que se presentaba en su mayor esplendor, vió en ella el rostro del mancebo que había sido sorprendido y señalado con el tizne! Desde entonces no le cupo duda de que la doncella había sido favorecida por el astro eligiéndola por esposa entre las demás de la isla no menos hermosas que ella. A poco andar dió a luz un niño la favorita del astro de la noche. Su familia y la nación entera recibieron al recién nacido con el mayor regocijo, y se echaron a discurrirse inmediatamente sobre el modo cómo anunciarían al astro que era padre en las entrañas de una mujer caribe. Convinieron en despacharle un mensajero capaz de remontarse a las alturas y eligieron para desempeñar tan honrosa comisión al Colibrí que entonces no era más que una ave común, pequeña y rápida de vuelo.

El ave partió contenta y fué recibida por el astro como recibe todo padre la nueva de haberle naci-

do un primogénito. Al agradecimiento siguió la recompensa, y el Colibrí fué dotado desde aquella noche con los colores brillantes que le distinguen y con una diadema que deja atrás el resplandor de las esmeraldas y del rubí. (1)

No hay un solo Yuracaré que ignore el compli-

(1) M. D'Orbigny cree con mucho fundamento que esta nación insular era una rama de la guaraní que descendió por los grandes ríos al mar de las Antillas. Apoya su opinión en la comparación de algunas palabras de ambas lenguas. Pero mucho mayor habría sido la persuasión si en vez de relacionar voces casi idénticas entre sí, hubiera recurrido a comparar la estructura de la lengua caribe con la guaraní que son idénticas. En un estudio que corre en una obra de M. Dugraty sobre el Paraguay, y en el apéndice de la historia colonial de la República Argentina por D. L. Domínguez, hemos demostrado como procede aquella última para formar los nombres sustantivos. La mayor parte de ellos son imágenes del objeto, formas figuradas de las cosas, y las más veces descripciones de ellas. Lo mismo tiene lugar en la lengua caribe, como puede verse por los siguientes ejemplos que hallamos en Rochefort, (Hist. nat. et mor. des iles Antilles — 616).

Mi yerno — el que me da nietos.

Mi mujer — mi corazón.

Loco — el que no ve o está a oscuras.

El pápado — la tapa del ojo.

El cuello — apoyo de la cabeza.

El pulso — el alma de la mano.

El dedo pulgar — el padre de los dedos.

El arco-iris — el penacho de Dios.

El ruido del trueno — *Trtquetenni*.

El P. Domingo, Raimond Breton, trae en su dicc. Caribe,

cado génesis de su raza, que se trasmite religiosamente de padres a hijos. Difícil sería a la imaginación más fecunda inventar nada igual, ni más característico, que ese tejido de invenciones en donde hacen papel principal los animales feroces, las aves de todas las especies, el rumor de los bosques, y Semi-Dioses, a quienes temen y aborrecen. He aquí la narración de esas creaciones fantásticas, que parecen sueños de niños predestinados a vivir entre las fieras, en el seno de las soledades, pero que revelan, dice M. D'Orbigny, un genio más elevado y vistas

---

— 1666, una canción espiritual compuesta por él sobre la muerte y asunción de la madre de Dios, que no estará aquí fuera de su lugar, puesto que tratamos de poesía y de la capacidad para manifestarla de que están dotados los idiomas americanos:

¡Itara-katou kay en

Haicken!

Hatéqueu, cheu, hatequeu,

Mimeerou, Thaouéba

Cainthou

Cainthou Koualiouába.

*Traducción francesa*

Ah péché que de doulerus

Et des pleurs

Tu nous suscite d'ailleurs!

Tu mets la mort en furie

Mesme, hélas

Mesme hélas contre Marie.

Cain-Cayen Oumecoá (a)

(a) Espíritu malo.

de mucho mayor alcance que lo que naturalmente puede esperarse." (1).

El mundo ha tenido origen en el seno sombrío de los bosques habitados por los Yuracarés. Un genio maligno llamado *Sarasuma* o *Aïmma Suñé*, incendió los campos y ni un árbol ni ánima viviente escapó a la voracidad de las llamas. Pero un hombre tuvo la idea y la precaución de construir una mansión subterránea y honda en la cual escondiéndose con suficientes provisiones mientras duró el

Lapureu

Ira chanai-rocu

Emi pábali likia

Boraman, limale-quia.

Boraman

*Traducción francesa*

L'Oumecou fait des efforts

Et des torts,

Sur la coste, et sur les ports,

Si sa force est amarée,

Nous aurons

Nous aurons vent et marée.

(1) Los Yuracaré, según el testimonio del mismo viajero habitan a las faldas de los últimos contrafuertes de los Andes orientales en los llanos boscosos inmediatos a aquéllos, y ocupan la superficie de terreno comprendido entre Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba.

Su nombre se deriva de la lengua quichua y significa: hombres blancos. Son de comprensión viva y agudos de ingenio; la echan de elocuentes y peroran frecuentemente por horas enteras. Esta nación no llega en el día a 1500 individuos.

estrago causado por el fuego, pudo librar sano y salvo de aquel desastre universal. Para conocer si las llamas disminuían o no de poder, sacaba de cuando en cuando fuera del escondite, una varilla.

En las dos primeras ocasiones que hizo esta experiencia, la varilla se quemó, pero a la tercera vez salió intacta; sin embargo permaneció aún cuatro días bajo de tierra, pasados los cuales salió al campo y se llenó de pena al ver la desolación y la soledad en medio de la cual se consideraba perdido y muerto. Estando en estas aflicciones se le apareció Sarasuma, vestido de rojo y le dijo: Aunque te confieso que he sido yo el causante de esta devastación, te tengo lástima, toma estas simientes, cultívalas. Apenas aquellos granos cayeron a tierra, apareció como por encanto un bosque hermosísimo a cuya sobra se abrigó el favorecido del genio, y sin saberse cómo, un día amaneció a su lado una mujer de la cual tuvo muchos hijos varones y una sola hembra.

Cuando ésta hubo llegado a la edad de las pasiones, se echó sola a vagar y a soñar quimeras por esas selvas sin término; una vez fijó la vista interiormente conmovida, en un árbol hermosísimo cargado de flores purpurinas, llamado *Ulé*, que se miraba en las aguas de un río... Si este árbol fuera un hombre, dijo la doncella, ¡cómo le amaría! y se puso con ardor a embellecer al árbol a su manera, pintándole el tronco con gredas de colores, suspirando, llorando y esperando al mismo tiempo.

Su esperanza no fué vana, pues bien merecía que el amor obrara un milagro para con ella. El árbol se transformó en hombre y la joven fué feliz desde aquel momento. En la siguiente noche no estuvo ya sola, pues Ulé bajo forma humana y varonil la acompañaba; pero habiendo desaparecido con las primeras luces del día, se imaginó la doncella que la felicidad de que acababa de gozar era pasajera. Comunicó estas dudas a su madre y ésta se propuso retener y fijar a Ulé al lado de su hija afligida, aconsejándola que cuando volviera en la noche, le aprisionara con ataduras, como lo practicó realmente, dando el consejo por resultado la permanencia de Ulé entre ellas; pues por obtener su libertad consintió en tomar por esposa a la joven enamorada.

Gozaban ambos esposos de una cumplida felicidad, cuando Ulé, habiendo salido a cazar a los bosques acompañado de sus cuñados fué devorado por un jaguar. La esposa joven ansiosa de juntarse cuanto antes con su marido, iba en busca de él llevándole algunos refrescos; pero habiendo dado con sus hermanos en el tránsito, supo la cruel desgracia, y desesperada y sin temer ni aún a las fieras, se interna en las selvas en donde yacía su Ulé con la esperanza de darle los últimos adioses. Llegó en efecto al donde se encontraban dispersos y ensangrentados los restos de su esposo, y loca, desesperada se puso a recogerlos uno a uno, a juntarlos y unirlos con la mayor proligidad para ver si podía volver a contemplar entero el cuerpo de quien ella amaba tanto.

Su amor es recompensado por segunda vez y Ulé resucita diciendo: "no he dormido mal". Embriagada de gozo, la joven colma de caricias a Ulé y se ponen juntos en camino. Pero habiendo este sentido sed, se detuvo en la orilla de un arroyo en cuyas aguas tranquilas se miró y vió que le faltaba un pedazo de carrillo. Al considerarse desfigurado de aquella manera no quiso acompañar más a su esposa, sin que esta lograra hacerle cambiar de resolución.

Ulé se despidió de su mujer y le recomendó que al volver a su casa caminase siempre sin detenerse siguiendo la senda y sin volver la cabeza aún cuando sintiese que caían a su espalda ramas o cualquiera otra cosa desprendida de las copas de los árboles, contentándose con repetir, sin mirar: "es la caza de mi marido". Estremecida aún de pena con lo que acababa de pasarle, caminaba esta pobre mujer, cumpliendo escrupulosamente las advertencias de su esposo, cuando una vez sorprendida con la caída de una hoja de desmesurado tamaño olvidó las tales advertencias, volvió la cabeza e inmediatamente se extravió en el bosque. Tratando de salir de aquella situación caminó a derecha y a izquierda hasta que dió con un rastro; siguiólo, caminó por él largo tiempo hasta llegar a la guarida de una familia de jaguares.

La madre de aquellos feroces animales, recibió con caricias a la joven y para que no la hiciesen mal sus cachorros cuando volviesen de sus correrías la

escondió entre unas malezas. Cuando aquellos estuvieron de regreso, advirtieron que algo de nuevo había en la guarida; rastrearon por todas partes y dieron con la huésped a quien hubieran devorado si la madre no se pusiera por medio y la defendiera con bravura y autoridad. Sin embargo, obligaron a la pobre mujer a que les sacase un enjambre de hormigas venenosas que se había apoderado de la piel de sus cabezas y las comiera. En efecto, la joven a pesar del pavor que le causaban aquellos inmundos insectos se dispuso a sacarlos uno a uno, pero sin resolverse a comerlos. Notando esta repugnancia irresistible la madre de los jaguares, le dió a hurtadillas un puñado de semillas de calabazas para que las comiese en vez de las hormigas que arrojaba al suelo. Este engaño surtió su efecto con los tres primeros cachorros; pero el último que estaba dotado de cuatro ojos posteriores se apercibió de la superchería y de la desobediencia de la extranjera a las condiciones a que debía la vida. Furioso el animal se arrojó sobre ella, la mató y arrancó de las entrañas un niño que estaba a punto de ver la luz, y se lo dió a la *madre* tigre para que le devorase. Pero ésta experimentando para con el hijo la misma compasión que le había inspirado la madre, colocó al niño en una olla como para cocerla al fuego; pero así que se le presentó oportunidad puso otra cosa en la olla y sacando de ésta al niño lo cuidó lo mejor que pudo.

Este niño criado por la tigre, pronto llegó a te-

ner estatura de hombre hecho y como estaba muy agradecido a su libertadora la traía siempre el mejor producto de la caza que hacía en los bosques. Una vez habiendo dicho su bienhechora que el yxete (1) (el paca de los brasileros) le talaba el sembrado, y que debía matarlo a flechazos, se puso a espiar al paca y habiéndole apuntado mal no acertó a matarlo sino a arrancarle la cola con la flecha, quedando desde entonces rabona esta especie de cuadrúpedos. Sintiéndose herido el paca, se volvió hacia Tiri y le dijo: "Es bueno que vives en paz con los asesinos de tu madre y quieres matarme a mí que no te hago ningún daño". Tiri no comprendió el sentido de estas palabras, pidió al animal que se explicara más claro y siguiéndole hasta su madriguera allí le refirió que los jaguares habían muerto a su padre y a su madre, que habían querido también comérselo a él mismo y que ahora que habían llegado a descubrir que vivía se proponían esclavizarlo. Supo Tiri con mucha sorpresa esta circunstancia que completamente ignoraba y juró enfurecido vengar la muerte de sus padres con la de sus asesinos. Al efecto esperó la ocasión en que fuesen llegando los jaguares uno a uno con los despojos de la caza, y mató a los tres separadamente. Pero el cuarto con sus cuatro ojos vió venir la flecha y la evadió, logrando salvarse, aunque herido, en la cima de un árbol, desde donde comenzó a dar voces

---

(1) *Cælogenis*. Fred. Cuvier.

clamando: "¡Arboles, palmeras, favorecedme! ¡Sol, estrellas, salvadme! ¡Luna, socórreme!" Al decir estas últimas palabras la luna lo abrazó y lo ocultó y desde entonces creen los Yuracarés que lo ven en el astro de la noche y que los jaguares se hicieron nocturnos.

Tirí estaba dotado de un poder sobrenatural, y apercibiéndose de que su bienhechora la madre de los jaguares estaba triste con la muerte de sus hijos, no teniendo quien la ayudase a cultivar las tierras, labróselas en un instante y la colmó de frutos. Pero Tirí, aunque señor de la naturaleza toda, se fastidiaba de verse solo y suspiraba por un amigo. Un día tropezó contra el tronco de un árbol y habiéndose arrancado con el golpe la uña del dedo grande de un pie, la enterró en un agujero, y al punto oyó que hablaban a su espalda y a alguna distancia. Volvió la cabeza para descubrir de dónde salía la voz y vió que la uña se había transformado en un hombre a quien dió el nombre de *Carú* y a quien tomó por compañero y confidente. Vivían ambos amigos en la más perfecta armonía e iban juntos a caza. En una ocasión fueron convidados a comer por un pájaro y echaron sal en el plato, cuyo sabor parecióle tan exquisito al huésped que los convidados le regalaron toda la que llevaban consigo. Pero el pájaro que ignoraba las propiedades de la sal, la dejó al aire y se derritió con las lluvias, quedando desde entonces los Yuracarés privados de este ingrediente tan necesario para el alimento del hombre.

Otra vez, invitados a beber chicha por otra ave, observaron que el vaso se colmaba por sí mismo a medida que lo apuraban, de lo cual sorprendido Tiri le hirió suavemente con una varita para ver hasta dónde podía llegar el milagro, y entonces el licor comenzó a manar en tal abundancia, que se inundó de chicha toda la tierra, ahogándose el compañero. Así que la tierra se puso enjuta buscó Tiri a su amigo por todas partes, hasta que halló sus huesos y logró resucitarlo.

Viéndose tan solos estos amigos, comenzaron a experimentar un deseo vivísimo de tener semejantes suyos que les acompañaran, y con este objeto se asociaron a la hembra de un pájaro llamado *pospó*, y de esta unión nació de cada huevo un hombre y una mujer. Las mujeres nacían con los ojos colocados en la parte inferior del seno; pero Tiri pudo corregir este defecto y volverla a la forma ordinaria. Habiendo fallecido el hijo de Carú, su padre lo enterró. Pasado algún tiempo díjole Tiri que fuese a ver donde estaba su hijo porque debía resucitar; pero que tuviese cuidado de no comérselo. Carú fué en busca de su hijo y no encontró en su sepulcro más que una planta de *maní* que arrancó. Como la planta estaba cargada de granos, vínole a Carú un deseo vivísimo de comerlos. En aquel momento oyóse un gran ruido y dijo Tiri. "Carú ha desobedecido comiéndose a su hijo y en castigo serán desde hoy mortales todos los hombres y sujetos al trabajo y al dolor.

Tiri y Carú fueron juntos a visitar la hembra del jaguar, y viendo Tiri que tenía la boca manchada con sangre supuso que habría devorado algún hombre, por lo que la reprendió y la amenazó de muerte si no confesaba su delito. Había comido una persona es verdad; pero una persona muerta de la mordedura de una serpiente escondida en cierto agujero que le mostrō la tigre. Tiri díjole a la hembra del jaguar: "Ya que habéis comido un hombre muerto por otro animal vos y toda vuestra raza no se alimentarán sino de aquello que otros maten", y la transformó en gallinazo. (1). Tiri llamó a una cigüeña y le ordenó que matase la serpiente, lo que realizó, e inmediatamente comenzaron a salir del agujero los Mansiños, los Solortos, los Quichuas, los Chiriguanos y todas las demás naciones conocidas de los Yuracarés.

Ya estaba poblada la tierra e iba a salir un hombre con el carácter de Rey de todas aquellas naciones, cuando asustado Tiri con esta idea cerró el agujero. El punto donde tuvo origen la especie humana se halla inmediato a una gran piedra llamada *Mamoré*, sobre la cual nadie puede poner el pie, ni acercarse siquiera a ella por temor a una serpiente gigantesca que la custodia. Está situada esta piedra en la confluencia de los ríos *Sacta* y *Soré* en las cabeceras del Río *Mamoré*.

Tiri dijo a aquellas naciones: "Dividíos y po-

---

(1) El cuervo urubú.

blad la tierra, y para que así sea os hago enemigos unos de otros". Al decir estas palabras cayó del cielo una lluvia de flechas que recogieron todos; pero los chiriguanos en mayor número que los demás. Por mucho tiempo batallaron estas naciones unas contra otras hasta que Tiri las puso en paz; pero conservando siempre motivos profundos de odio, se separaron para siempre.

Habiendo Tiri completado su obra, no quiso permanecer en aquellos bosques y trató de alejarse de ellos lo más que le fuera posible y despachó a un pajarito hacia el Oriente para que le dijera hacia qué lado era la tierra más vasta. El pajarito no demoró mucho en volver; pero sin la mitad de su pluma, de donde dedujo que la tierra no se extendía gran cosa en aquel rumbo; despachólo hacia el Norte y acontecióle lo mismo; pero habiéndole dirigido hacia el poniente, el pajarito permaneció ausente mucho tiempo por esta vez y regresó con mejores plumas. Tiri se resolvió a dirigirse hacia aquel punto y desapareció. Los Yuracarés dicen que no ha muerto, que no morirá nunca y que al partir llevó en su compañía varios hombres que son como él inmortales y se rejuvenecen constantemente.

Los Yuracarés sin excepción de uno sólo saben esta historia mitológica y se quejan de todos los que en ella tomaron parte: de Sararume porque todo lo quema; de Ulé, de Tiri y de Carú porque no los hicieron inmortales. Igual queja tienen contra *Mororoma* (dios del trueno) que desde la cumbre

de los montes y desde las nubes espía a los hombres y les lanza rayos cuando no está contento con ellos y por su parte le amenazan con las flechas cuando truena; quéjense de *Peperu*, dios del viento que les arrebatara en sus ráfagas; de *Chuchu*, dios de la guerra que les induce a pelear y hasta de *Telé* que se les aparece vestido de blanco, dándoles consejos.

Los indios Yuracarés se creen descendientes de los Monsiños salidos del agujero abierto por Tiri, armados de pies a cabeza con sus arcos y flechas. (1).

---

(1) Voyages dans l'Amérique méridionale, T. 3º, 1er. partie, Paris 1844 in fol. pags. 209-215.

## LA PRIMERA SOCIEDAD LITERARIA

### Y LA PRIMERA REVISTA EN EL RIO DE LA PLATA (1)

EN la historia del desarrollo de la enseñanza que hemos ensayado trazar en la presente obra, no aparece más que la acción del Estado, la acción oficial, sobre la cultura y dirección de los espíritus por medio de un determinado número de hombres revestidos con el carácter de profesores. Pero aparte de esta influencia limitada y encerrada dentro del círculo selecto, formado por aquellos que se dedican a las carreras literarias, hay otra que estu-

---

(1) Este fragmento hace parte de un trabajo detenido que pensábamos dar como complemento, a nuestra obra sobre la enseñanza superior, que dimos a luz en 1868. Lo suprimimos entonces por no abultar demasiado el volumen y los costos de la obra, y ahora creemos que será de alguna utilidad por incompleto que sea, como ensayo acerca del desarrollo de la prensa periódica y de la actividad literaria entre nosotros.

diar, nacida del seno mismo de la sociedad, promovida por esfuerzos individuales y con tendencia a derramar entre el mayor número los beneficios de la instrucción. Esta influencia social y democrática la ejercieron entre nosotros, constantemente, con más o menos buena fortuna, las asociaciones literarias, promovidas y sostenidas por espíritus generosos e ilustrados. Ellas aparecen al comenzar el presente siglo. Al principio se resienten del estado social propio de la colonia, y toman formas aristocráticas; y tanto por la condición de los asociados como por la especialidad de las materias a que se contraían, debieron influir muy poco en el espíritu público, aunque no pueda negarse que prestaron muy buenos oficios, al crédito del país, a las letras y aún a las ciencias en general.

A medida que nuestra sociedad fué moviéndose en armonía con el espíritu de la independencia, los promovedores de las asociaciones literarias, no perdieron de vista al pueblo; tomaron las letras, más como instrumento que como fin, y tendieron a que la elocuencia, la poesía, el arte dramático, bajasen desde las alturas clásicas a mover con su fuerza a la sociedad hacia las virtudes activas que la lucha requería para salir de ella triunfante. Cuando se alcanzó la victoria y las pasiones vivaces e indisciplinadas se calmaron ante el espectáculo del bien, de la razón, de la libertad y del orden que presentaba un gobierno salido como por encanto del caos del año 1820, entonces, nuestros pensadores

trataron de concentrar las fuerzas intelectuales en el terreno de la ciencia, así como habían concentrado las morales en el de la política. La literatura propiamente dicha fué para ellos accesoria. La lira se inclinó delante del cálculo, la elocuencia se encogió para dar paso a la economía política, a la estadística, a la exposición de los análisis químicos y a las fórmulas algebraicas, porque aquélla era época de reconstrucción, y en el siglo presente no se levantan ciudades a la voz de los poetas, sino al fragor del trabajo guiado por las ciencias positivas que ablandan y docilizan la materia.

Así, pues, las asociaciones de que nos ocupamos, fueron la expresión de las inclinaciones y necesidades de nuestra sociedad en el momento en que cada una de ellas aparece. Eruditas y triviales antes de la revolución; populares y militantes durante la guerra de emancipación; serias, científicas, doctrinarias, en los años en que bajo la seguridad del triunfo contra el poder armado de la Metrópoli, comenzó a tenerse confianza en el triunfo del orden sobre que habían de basarse las instituciones democráticas en demanda de las cuales se habían hecho sacrificios sin número en un período de largos años.

Como el objeto de nuestro trabajo, no es únicamente mostrar de qué manera cumplió la autoridad gubernativa, la obligación de educar que le incumbe, sino también reunir en un solo cuadro los antecedentes necesarios para poder estudiar la

capacidad y fuerza intelectual de nuestro país en su justo valor y en un período dado de tiempo, nos parece que no estará aquí fuera de su lugar un bosquejo histórico, rápidamente trazado, de los esfuerzos hechos por la comunidad para servir por sí misma, fuera de la esfera oficial, al cultivo de la inteligencia, a la difusión de los conocimientos útiles, de la verdad y del buen gusto. Pero como esta tarea sería demasiado vasta si se tomase en toda la extensión que tiene en sí, nos limitaremos a dar cuenta de aquellas manifestaciones muy señaladas, es decir de las "Asociaciones literarias o patrióticas", cuyos fundadores tuvieron el propósito de mejorar bajo planes diversos, la condición moral e intelectual del país.

Al comenzar el presente siglo, en cuyos primeros años fué tan fuertemente sacudida nuestra sociedad, primero con la invasión extranjera y las operaciones militares para repelerla por dos veces, y después con la santa explosión del corazón del pueblo contra un sistema de gobierno que le empobrecía y agobiaba, sentíase en Buenos Aires, cierto movimiento intelectual que era síntoma de la próxima reacción de sus fuerzas morales. Establecieron por entonces, escuelas de bellas letras y academias de ciencias desconocidas hasta de nombres. Hablóse del mejoramiento de las industrias, de la importancia y nobleza de la agricultura, y de la libertad de comercio. Pero lo más notable a este respecto en aquella época, es la aparición de un pe-

riódico, el primero que se haya fundado en Buenos Aires, en esta ciudad en donde había de venir a ser su prole con el tiempo tan numerosa como vasta en dimensiones, y la fundación de la *Sociedad patriótica literaria y económica*. El promotor de ambas empresas fué un español vecindado por algún tiempo en Lima y que se propuso dotar al Río de la Plata con una publicación periódica por la prensa y con una asociación de personas inteligentes y patrióticas que promovieran los intereses materiales e intelectuales del país en que vivían, imitando en una y otra cosa lo que con tan buen éxito había visto practicado en el Perú por los redactores del "Mercurio Peruano". Nuestro periódico tuvo por título el *Telégrafo mercantil, moral, político, económico e historiógrafo del Río de la Plata*, etc., y en cuanto al título de la Sociedad, ya queda expresado más arriba.

La corporación consular que como representante del gremio de comerciantes, era rica e influyente, tomó bajo su patrocinio a la Sociedad Patriótica, la cual, según el programa de su fundador, debía tener por objeto ilustrar al país en todas las ciencias, ramos de literatura y artes útiles, y de proponer al gobierno las ideas y proyectos que pudieran ser de utilidad al rey, a los vasallos y a la patria. Según el plan del mismo fundador, los miembros debían dividirse en tres clases, a saber, *numerosarios* residentes en esta capital, *corresponsales*, y

“caballeritos *alumnos* para que se vayan haciendo y puedan pasar a numerarios por plaza vacante”.

El número de socios de la primera clase, incluso el director, llegaba a veintiuno. No es fácil averiguar hoy quienes fueron las personas que en aquellos días pudieran asociarse a una corporación literaria y científica; pero es de presumir que la mayor parte de ellas se encuentre en la lista de suscritores al “Telégrafo”, publicada en su primer número, y de la cual tomamos las siguiente, como capaces, sin duda, de ilustrar cualquiera de las materias a que la Sociedad había de dedicarse: Doctor don Domingo de Azcuénaga, don José Joaquín de Araujo, don Félix de Casamayor, doctor don Luis Chorroarín, doctor don Juan José Castelli, don Pedro Andrés García, doctor don Julián de Leiva, doctor don Juan M. Labardén, doctor don Carlos José Montero, R. P. F. Julián Perdriel, don Pedro Antonio Cerviño, don Manuel Medrano... Entre los socios corresponsales contaba el “Telégrafo”, con el oidor Cañete en Potosí, con el naturalista don Tadeo Haenke en Cochabamba, con Prego de Oliver en Montevideo y con don Pedro Tuelia en el Rosario de Santa Fe.

Las indagaciones que nos ha sido posible hacer sobre esta asociación, no nos permiten afirmar que tuvieran sus miembros sesiones formales y periódicas, con sus actas y demás formalidades propias de esta clase de cuerpos literarios. Nos inclinamos a creer que la asociación se redujo a cooperar en el

“Telégrafo” y que en las páginas de esta publicación se registran, anónimas o firmadas, las producciones de los socios de número y de los corresponsales ya mencionados. La “Sociedad patriótica y económica” traía desde el nacer un vicio que la condenaba a vida corta y enfermiza. Su fundador, sobre cuya capacidad hemos emitido un juicio poco favorable en la noticia que sobre el “Telégrafo” dejamos consignada en la nota de una página anterior, no era hombre para reunir en torno suyo ni mucho menos para presidir a los miembros presuntos de la Sociedad, todos ellos ilustrados y de posición brillante entre los más distinguidos vecinos de Buenos Aires. El abogado-coronel Mesa, a pesar de sus títulos, no estaba a la altura de Labardén, de Perdriel y de Araujo, ni versificaba como Azcuénaga, ni era capaz de estudiar el suelo, la población y la industria de una localidad cualquiera con la suficiencia y aplicación de que Tuella había dado muestras en su notable descripción del distrito del Rosario.

Cuando se conoce la circular que Mesa dirigió, de su propio puño y letra, invitando a varias personas a asociarse a sus proyectos literarios, no puede menos que admirarse la discreción y el patriotismo de aquéllos que le secundaron, pues el tenor de esa circular, es un testimonio elocuente del ningún fundamento que tenían las pretensiones literarias de quien la firmaba. El ridículo, el pendantis-

mo y la más desgreñada ortografía, hacen de aquella circular un documento curioso. (1).

Sin embargo, la "Sociedad patriótica" llenó en parte las promesas de su título, puesto que dió por fruto el primer ensayo periodístico del Río de la Plata y salvó del olvido o de una pérdida segura, algunos importantes documentos que sólo pueden consultarse en las páginas del "Telégrafo". El título in extenso de este periódico era el siguiente:

"Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiógrafo del Río de la Plata. Por el coronel

---

(1) He aquí esa circular copiada de una autógrafa, con su propia ortografía: "Como ami toca haora, pribatibamente nombrar los individuos y oficiales que han de componer y regir la *Sociedad patriótica literaria* que con sabiduría y permiso de la governación superior de estas provincias, intento establecer; las recomendables prendas que como natibas, brillan y resplandecen en la muy erudita e ilustrada persona de V. me ejecutan a proceder tan sin libertad para elegirlo por uno de los socios que deben contribuir su primera y sublime clase, que entiendo que mi elección, no solo es acatadísima sino que no pudiera yo hacerla sin clara inspiración del mayor númen.

Suplico a V. que la admita, sino como presente honroso de mi voluntad, sea por la obligación que tenemos, todo buen Patriota, a promober las felicidades y ventajas de la nación e inspirar entre las gentes las ideas heroicas de aquel sistema moderno de Política que (como infalible termómetro) observan vigilantes las potencias cultas.

Finalmente omo mi deseo es asertar y pudiera no alcansarlo por ignorar como forastero en esta metropoli cuales son las Personas que deben colocarse entre el catalogo de los miem-

don Francisco Antonio Cabello y Mesa, Abogado de los Reales Consejos, primer escritor periódico de estas Provincias, y Reyno del Perú, etc. Con privilegio exclusivo. En la Real imprenta de Niños Expósitos de Buenos Aires." (1).

Esta publicación periódica tenía por objeto, según la declaración de su editor, adelantar las ciencias y las artes, fundar una escuela filosófica que

---

bros de la *Sociedad*; suplico a V. tambien que reserbadamente me suscriba a continuación de la adjunta Lista los que por su literatura, conocimientos físicos, mineralógicos, náuticos, políticos, economicos, mercantiles, rurales, deben ser admitidos en la clase de *Numerarios*; porque asi como en un mismo grado, el perro halla la liebre, el buey la yerba y el lagarto el espino así también en el sabio e ilustre congreso de la *Sociedad*, es preciso tener Newtones que empeñen las matemáticas, físicos que conozcan las causas por los efectos; astrónomos que escudriñen las estrellas, químicos que registren las profundas grutas de la tierra; naturalistas que observen lo más recóndito de este globo; y en una palabra, que la metafísica, jurisprudencia, medicina y cirugía, la química, botánica, historia eclesiástica, civil y natural, la elocuencia sagrada y profana, y todos los ramos de las ciencias y artes estén sentenciados a sujetarse al estudio e indagación del ente racional que, como amigo del país y amante de la patria, lucha continuamente con los errores y tinieblas, ansioso de esclarecer la esfera de la luz y que ésta se difunda en pro de sus semejantes. Dios guarde muchos años. Buenos Aires, marzo 6 de 1801. — FRANCISCO ANTONIO CABELLO. — Señor Comandante don Miguel de Azcuénaga."

(1) 4 tomos in 4º, de 280, 316, 260 y 316 páginas, respectivamente. De este periódico se publicaron, desde el día 1º de abril de 1801, 4 tomos completos, y terminó con el nú-

desterrase las formas bárbaras del escolasticismo, extender los conocimientos de los agricultores, e informar a los lectores de todos los progresos y descubrimientos nuevos en la historia, las antigüedades, la literatura y los demás conocimientos humanos. A pesar de algunas dificultades que el editor sintió al realizar esta idea, contó al fin con el apoyo de doscientos treinta y seis suscriptores, 159 de Buenos Aires y los 77 restantes de las demás provincias del virreynato. El virrey recomendó la publicación del Telégrafo al Real Tribunal del Consulado, y éste, por la intervención de su secretario, le ofreció la más completa cooperación suscribiéndose por 19 ejemplares y franqueándole los papeles de su archivo particular.

El producto mensual de la suscripción de este periódico puede calcularse en 500 pesos fuertes a fines de 1801. Según los datos comerciales de este mismo periódico, valía la resma de papel de 14 a 16 pesos. Aunque no podemos estimar el monto de los costos de impresión, creemos que éstos eran menos que las entradas, pues desde muy al principio de la vida del periódico, pudo ya su editor ofrecer premios pecuniarios a "toda persona que le

---

mero 3º, del tomo 5º, correspondiente al día 15 de octubre de 1802. Cada número contiene, generalmente, 8 páginas, aunque hay algunos de muchas más, como el 8º del T. 4º, que es de 43 páginas. Aparecía los jueves y sábados; pero desde el 2º tomo sólo salió los domingos, a razón de dos pliegos impresos al mes.

presentase en su despacho y con calidad de reintegro algunos legajos de papeles inéditos que contuviesen antiguas fundaciones de ciudades, pueblos, conventos, seminarios", etc. De valor de cincuenta pesos sería la recompensa obtenida por el pensador que presentase una memoria sobre cualesquiera de los seis puntos siguientes: ¿Cómo progresarán más las provincias argentinas: 1º en comercio, 2º en agricultura, 3º en industria, 4º en población, 5º en navegación, 6º en policía? Estas memorias debían someterse ante todo a la censura previa a que el Telégrafo estaba sujeto por disposición superior, ejercida por una especie de tribunal político-literario, compuesto de los oidores Campuzano y Matalinares; y en segundo lugar a la censura individual del editor. El gobierno, por su parte, contribuía con medidas eficaces para alimentar el caudal de los materiales, recomendando a los jefes de las provincias que comunicasen al editor, descripciones históricas y topográficas de las respectivas jurisdicciones, bajo el plan y el modelo propuestos por la redacción del Telégrafo.

La extensión misma del plan y la variedad y abundancia de materiales, embarazaban a veces al editor, que no podía disponer sino de un reducido número de páginas en 4º para dar a luz las producciones de su pluma y de las ajenas, y los documentos inéditos relativos a la historia de estos países, que se proponía rectificar por este medio. Véase en la imposibilidad de complacer a todos

sus favorecedores, de entre los cuales unos gustaban más de las "noticias particulares" que de los "rasgos eruditos"; otros deseaban no encontrar en el periódico más que opúsculos consagrados a las ciencias. Unos se avenían mal con las materias tratadas por extenso, otros con los escritos reducidos o superficiales. El comerciante exigía que el Telégrafo se consagrara exclusivamente a los precios corrientes y a las noticias del puerto; el chacarero solicitaba lo mismo con respecto a las cosechas; los autores de comunicados ponían el grito en el cielo al ver postergadas, cortadas o cercenadas sus producciones; pero a todas estas voces y quejas, oponía el editor una serenidad estoica, protestando que, a imitación de la luna, reflejada en el agua y cuya imagen piensan morder los perros, ensordecería a sus ladridos y seguiría su carrera, pues contaba con la aprobación de los "patriotas que tienen bien puestas las entendederas".

El editor de este periódico contrajo, sin embargo, un compromiso superior a sus fuerzas. Propúsose realizar en Buenos Aires, el pensamiento concebido por los redactores del Mercurio Peruano, sin poseer las luces, la seriedad de carácter y las calidades literarias que distinguieron a Unanue, a Baquijano y a otros sabios de aquella parte de América, fundadores y sostenedores de tan afamada publicación periódica. Don Francisco Antonio Cabello, natural de España, filósofo indiferente, primer escritor periódico de Buenos Aires y de Li-

ma y abogado de los Reales consejos, como él mismo se titulaba, era un hombre más movedido que activo, fácil en prometer y diestro en sacar partido personal del trabajo y del patriotismo ajenos. En su periódico se nota una completa falta de método. Las materias hacinadas, unas sobre otras reducen al Telégrafo a un verdadero cajón de sastre en que se encuentran con dificultad los retazos de buena tela que, por otra parte, abundan en sus páginas dislocadas. Los peores artículos del Telégrafo, son aquellos que pertenecen al caletre de "Narciso Fellovio Cantón", anagrama perfecto del nombre y apellido del primer escritor periódico. Su cuerda favorita era la *letrilla festiva*, de la cual se valía para censurar con escasa delicadeza y más escasa sal ática, las costumbres de los habitantes de Buenos Aires, como puede juzgarse por la siguiente muestra:

#### SATIRILLA FESTIVA

Que Cloris esté en la iglesia  
 Su marido a trabajar,  
 Los muchachos en la cama,  
 Y la olla sin espumar:  
     ¡Lindo ejemplar!

Que Lucrecia gaste bata,  
 Mucha pompa y vanidad,  
 Y que en cada pelo su hijo,  
 De liendres tenga un millar:  
     ¡Lindo ejemplar!

Que una madre riña a su hija  
Porque se quiere casar,  
Y en casa la deje sola  
A su anchura y libertad:  
¡Lindo ejemplar!

Que su propio dormitorio,  
O en una cama no más,  
Duerman padres e hijos juntos  
Sin escrupulosidad:  
¡Lindo ejemplar!

Que Leonor tenga una hija  
De presencia regular,  
Y con la negra la envíe  
A las tiendas a comprar:  
¡Lindo ejemplar!

Que una niña de diez años,  
Ní el credo sepa rezar,  
Y baile el *afandangado*  
Sin olvidar un compás:  
¡Lindo ejemplar!

Que en esta tierra muy pocos  
Se quieran matrimoniar,  
Y en la *cuna*, diariamente,  
Vengan niños a botar:  
¡Lindo ejemplar!

Que doncellas y casadas,  
Se pongan a desnudar,

A presencia de mil hombres  
 Cuando se van a bañar:  
     ¡Lindo ejemplar!

Que Porcia impida a su hija  
 El que se pueda sentar  
 Junto a Gil, y que en el río  
 Se entre abrazada con Blas:  
     ¡Lindo ejemplar!

Que Isabela y Ludovico,  
 Cual *Eva* ella, él *Adan*,  
 Se presenten con lisura,  
 Y tal deshonestidad:  
     ¡Lindo ejemplar!

Que Fátima chille, y brinque  
 Si algún pescadito va  
 A picarla, y que enmudezca  
 Cuando la pellizca Juan:  
     ¡Lindo ejemplar!

Finalmente, que en el río,  
 (cual si fuese un lupanar)  
 Hombres, mujeres y niños  
 Se echen juntos a nadar:  
     ¡Lindo ejemplar!

Estos desmanes del filósofo indiferente, pasaron sin gran escándalo mientras tuvieron la forma y el metro en que Góngora ha pintado tantas desnudeces. Pero, una vez, el día 7 de octubre de 1802, habiendo llegado el Telégrafo al número segundo

de su tomo V., en prosa no muy elegante y con un raciocinio pobrísimo, acertó a escribir un artículo con el cual sublevó el amor propio de todos los vecinos de Buenos Aires, tanto peninsulares, como nacidos en el país. Según dicho artículo, no existía bajo el sol un lugar más a propósito que este Río de la Plata para fomentar la haraganería de los extranjeros, a causa de la abundancia de los alimentos y de la superabundancia de mujeres solteras, y amigas de la ociosidad y del lujo. Y para remediar este mal, se proponía en el mismo artículo, la erección de pueblos en la costa patagónica a donde se destinasen, después de empadronados y casados, todos los solteros españoles, existentes en el país, bajo la pena de regreso forzado a la península para aquéllos que no aceptasen la mano de una portaña pobre y no tuvieran por conveniente establecerse en las bahías de San Julián o de San Matías. Este artículo mal concebido y cuyo análisis crítico puede leerse en el primer número del "Semanario de agricultura, industria y comercio", causó la muerte del Telégrafo mercantil, pues se suspendió su publicación de orden expresa del virrey en desagravio de los ofendidos.

A pesar de la incompetencia del editor y de los grandes defectos de que se resiente el Telégrafo, es preciso confesar que su aparición señala una época de progreso, y que despertando la curiosidad por la lectura y la ambición natural de producir para la prensa, dió un impulso visible a los espíri-

tus y a las ideas. En sus páginas aparecieron por primera vez, la oda de Labardén al Río Paraná- fábulas de Azcuénaga y composiciones de Prego y Oliver y de Medrano, que no son despreciables y honran por el contrario, los primeros ensayos de la musa patria. Allí se encuentra también la descripción de algunas ciudades argentinas y de varias provincias de su territorio; diversos trabajos del naturalista Haenke; las primeras observaciones meteorológicas que se hayan dado a luz en Buenos Aires, e importantes y curiosos datos aislados acerca de las prácticas comerciales y del precio de los objetos de producción y de consumo en toda la extensión del virreynato. Esta masa de materias, aunque reunidas sin discernimiento, hace que la colección de páginas impresas en que se encuentran, se considere como una preciosidad digna de buscarse y de conservarse por los aficionados a estudios nacionales retrospectivos.

Cierta vislumbre de un orden nuevo se apercibe al través de los números del Telégrafo, y la impresión definitiva de su lectura explica el sentido y la intención del epígrafe con que se encabeza el primer artículo que apareció en él y que copiamos al pie de la letra, dejando al traductor la responsabilidad de la exactitud, pues es tomado de Tíbulo.

Al inocente asido a la cadena,  
La esperanza consuela y acaricia,  
Suenan el hierro en los pies y da pena;  
Mas canta confiado en la Justicia.

## LA LITERATURA DE MAYO

La Patria es una nueva musa que influye divinamente.

(F. CAYETANO RODRÍGUEZ, *en carta confidencial inédita del año 1814.*)

BIEN recompensado será quien se acerque curioso a los orígenes de nuestra literatura nacional y contemple el hilo de agua que surge de la pequeña fuente, convirtiéndose en río caudaloso a medida que la sociedad se organiza bajo formas libres y que la multitud se transforma en pueblo. Esta armonía fraternal entre el sentimiento de la belleza y de la libertad, esta santa conspiración del poeta y del ciudadano para conseguir la integridad de la patria, inteligente y fuerte, es un espectáculo que consuela, que entusiasma y enseña cómo la nación aun en épocas de decadencia, tiene dentro de su propio organismo, principios conservadores de sus virtudes y capacidad para volver a ser grande.

Las nacientes de nuestra poesía patria son, lo repetimos, purísimas como las aguas del manantial que brota de una colina virgen, sombreada de mirtos y de plantas, y rodean este cuadro sencillo todas las inocencias de forma, todas las inexperiencias de estilo que son de esperarse en una situación en que los actores del gran drama de la revolución aprenden su papel al mismo tiempo que le representan. Pero estos artistas inspirados, sienten dentro de sí el entusiasmo y el fervor del patriotismo, el odio por los mandones ineptos y codiciosos, y les hierve en el pecho la venganza de grandes ofensas causadas a la dignidad humana por la fuerza, el fanatismo y la injusticia. Estos sentimientos se convierten en cuerdas de lira, y el eco de la tempestad se deja sentir en los primeros cantos, por débil e inexperimentada que sea la mano que hiere aquellas cuerdas, manos puras de toda mancha, consagradas generalmente a volver páginas de libros en que se encierra la ciencia, que ennoblecen cuanto tocan, y son dignas de alzarse sobre el pueblo para bautizarle en la religión de los nuevos destinos. Así se levanta también como imagen de lo que pasa en esas almas, como signo de la pureza de sus intenciones, la combinación etérea de los colores azul y blanco atraídos a la tierra desde la región del pampero y del rayo para que correspondan a las dulzuras de la paz o a la fatal necesidad de las batallas. Hija de la poesía, la bandera patria será el astro hacia el cual dirigirán fija la mirada, los poe-

tas argentinos, y envueltos en ella caerán como héroes en el campo o se sublimarán en sus pliegues, llevando al cielo la victoria. Nuestros poetas han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo, y los que han mantenido siempre vivo en el altar de la patria el fuego de sus primeras centellas. Unos a otros se han transmitido, de generación en generación, la llama sagrada del entusiasmo por la libertad, cuyo resplandor es tan poderoso, que todavía puede guiarnos en el camino del ideal por en medio de las sombras del positivismo egoísta que arrastra las naciones a la tumba.

Los días primeros de la revolución fueron días de creencia y de fe, y la hubo profunda en la influencia social de las fuerzas morales. El programa con que el nuevo gobierno se anunció al mundo, rebosa en sentimientos generosos y no carece de uno solo de los principios que honran a la humanidad con las más ideales aspiraciones. Todo se ennoblece. La literatura comienza a manifestarse bajo formas vivas y a circular como sangre de todo el cuerpo social, habiendo permanecido estancada hasta entonces en la región estrecha de los placeres intelectuales, íntimos y aislados. La lengua castellana adquiere en la colonia emancipada una valentía desconocida, una elegancia franca y enérgica, inspiradas a la pluma de Moreno por el genio de la libertad. Y mientras en las páginas de la "Gaceta" desenvuelve la elocuencia de este gran patriota las doctrinas políticas de la revolución, hablando a la

inteligencia del pueblo, los hasta entonces cultores humildes y reservados de la literatura poética, sublevan el sentimiento público con el lenguaje de Tirteo.

En la historia de las letras ofrece aquella época un fenómeno curioso. Los poetas de la revolución abandonaban apenas las bancas de las escuelas clásicas, empapados en las cobardes lágrimas de Ovidio, sahumados con los voluptuosos perfumes de las Heroidas, nutridos con la miel de las Geórgicas, admirando al héroe de la Eneida, esclavo resignado a la voluntad del destino. Aristóteles y Horacio eran sus preceptistas y desconocían no sólo la varonil libertad de la literatura inglesa sino hasta los modelos más accesibles que pudiera haberles ofrecido aquel francés del Atica que en los últimos años del siglo XVIII pulsaba su laud profético al pie del cadalso, víctima de la libertad que amaba como nadie.

Fué por tanto, espontáneo el carácter de nuestra poesía; flor brotada al influjo del sol Inca, en el campo de nuestras propias heredades redimidas del poder que las dominaba por el derecho de la fuerza. Aprendió su estética en el fondo del corazón movido por el patriotismo, halló su estro en el anhelo por la perfección y sus armonías en el susurro de las selvas, en el fragor de los huracanes de la llanura ilimitada. Fué sublime como los Andes, majestuosa como el Plata, solemne como la aparición de la aurora en nuestras latitudes templadas.

Nuestra poesía patria, como veremos más adelante, fué perfectible y progresista, se agrandó a par de la sociedad de cuyo desarrollo era instrumento; meditó en los momentos solemnes, derramó lágrimas en presencia del infortunio, levantó himnos en el triunfo y celebró sin modelo que imitar, las conquistas del espíritu nuevo y de la civilización bajo el aspecto grandioso y fecundo que aquéllos revisten en los pueblos que se educan para la democracia.

La causa principal que milita para que la poesía patriótica argentina cobre este carácter en sus orígenes, consiste en el que distingue a sus autores. No eran éstos en el drama revolucionario, meras voces del coro como en la tragedia griega, extraños a la acción y al movimiento de las pasiones de la escena, sino actores en ella: no eran intérpretes sino colaboradores del *destino* que la sociedad misma se preparaba para lo futuro. Educaban la juventud y derramaban la ciencia nueva desde las cátedras; resolvían en las asambleas y en el gabinete los problemas políticos que planteaba la mano atrevida e inexperta de la república naciente; administraban en los consejos del gobierno; manejaban la espada y conducían a los patricios armados a las fronteras lejanas que era necesario ensanchar para la libertad. Sus cantos eran acción; el verso, una forma diversa nada más, del pensamiento de transformación en que se encontraban empeñados, consagrándole todas sus facultades y cantaban inconscientes de su pro-

pia armonía, heridos, como la estatua fabulosa, por el astro que brillaba en nuestras banderas.

Contribuía también a dar dignidad a la voz de los poetas, la atención religiosa con que la escuchaba el pueblo, a cuyos oídos resonaba con todo el prestigio de la novedad. El Río de la Plata carecía de poesía popular y no estaba habituado, como lo estaban Méjico y Perú, a la villana degradación de la musa. Los europeos no encontraron entre nosotros el pábulo que ofrecen a la sensualidad las razas esclavizadas y serviles. Del contacto de éstas con aquéllos, nació el baile acompañado de cantares eróticos, que desde la Nueva España pasó a la antigua con el nombre trivial de *chacón*, mezcla de "india y de mulata", según la pintoresca expresión de Cervantes. No es con nosotros, por cierto, con quienes habla Bartolomé de Argensola en el severo terceto de una de sus sátiras, atribuyendo la afeminación de la corte a la influencia del oro y de las "cláusulas lascivas" de las canciones americanas. Ni el uno ni las otras fueron producto de nuestro suelo. La geografía y la ley de su formación le destinan al comercio y a las industrias que nacen de la agricultura, y la moral y las costumbres se afectan forzosamente de estas condiciones que le impone la naturaleza.

La verdadera poesía popular es hija de la historia transformada en leyenda por la fantasía sin cultura, y no hemos podido poseerla con todos sus caracteres antes que tuviésemos héroes propios y

acontecimientos patrios que lisonjeasen nuestro orgullo. El romance español no penetró jamás en la masa de nuestro pueblo, antes por el contrario, éste repudió instintivamente las aventuras picarescas de los truhanes y las hazañas de violencia y rapiña de que abundan aquéllas relaciones asonantadas en que palpita la vida española.

Sin embargo, el hombre en sociedad baila y canta bajo todas las latitudes, cualquiera que sea el grado de su civilización, y el argentino no es una excepción de esta ley común a toda nuestra especie. La danza, la música y la palabra aunadas, en las reuniones populares, desde tiempos remotos, tienen entre nosotros el nombre simpático de *cielo*, el cual en cuanto a su forma métrica, participa de todas las combinaciones del octosílabo con otras medidas de menor número de sílabas, asemejándose a las seguidillas españolas. Como música o tonada, es sencillo, armonioso, lleno de candor y alegría juvenil. Como danza, reúne a la gracia libre y airosa de los movimientos, el decoro y la urbanidad. El *cielo* no tiene entre nosotros, como la *zamba-clueca* peruana o el *bambuco* neo-granadino, origen africano y no participa, por consiguiente, del delirio sensual ni de ausencia del pudor que son inherentes a los cantares y danzas de las razas ecuatoriales sujetas a la esclavitud que embrutece a la naturaleza humana.

No sabemos si podríamos nosotros aplicar al *cielo*, lo que un escritor distinguido de la Nueva

Granada, atribuye al mencionado canto popular de aquella república: "es, dice, entre todas nuestras cosas, la única que encierra verdaderamente el alma y el aire de la patria." Lo que no podríamos negar, sería la íntima afinidad que guarda con nuestro ser, con nuestra sensibilidad, con nuestra imaginación, la música de esa tonada que es al mismo tiempo el lenguaje del corazón del gaucho, y en nuestras más cultas reuniones, la postrera expansión de las satisfacciones de una noche de baile.

El *cielo* participa de la suerte de los dialectos: goza de todas las predilecciones, a la sombra, en el secreto del hogar; pero se eclipsa delante de la luz llena de la civilización cosmopolita. Su esfera artística se encierra dentro de las roncadas cavidades de la guitarra; pero como a un Dios penate se le improvisan altares en la estrechez del rancho, bajo la copa del ombú, a la luz de las estrellas en una travesía del desierto, mientras pacen la grama los caballos y las brasas del tala o del algarrobo sazonan el asado.

Este género de poesía tan argentino y tan simpático, salió de su oscura esfera desde los primeros días de la revolución. Raro es el acontecimiento político de aquel período que no se halle consignado en un *cielo*, y existen algunas de esas composiciones que son una exposición completa de las razones que tuvo el país para declararse independiente, como se ve, por ejemplo, en el *cielito* de un gaucho de la Guardia del Monte, contestando a un manifiesto se-

ductor de Fernando VII, llamando a los americanos a la antigua obediencia a los reyes de España.

El *cielo* se identificó, especialmente, con la suerte de nuestras armas, y en cada triunfo patrio, se oyeron sus populares armonías al par de los himnos y de las odas de los grandes poetas:

El *cielo de las victorias*  
Vamos al *cielo*, paisanos,  
Porque cantando el *cielito*  
Somos más americanos. (1).

Estas composiciones no siempre tienen el puro e inocente color de su nombre: tiran, con frecuencia, al verde, y en este momento recorre nuestra vista algunas que, a pesar del ingenio y del chiste en que abundan, no nos atreveríamos a transcribir una sola de sus picantes cuartetos. No son por esto licenciosas ni mucho menos cínicas; pero llaman demasiado por su nombre a las cosas triviales, y huyendo del artificio de la metáfora, dan a la expresión un acento harto *gráfico*, especialmente cuando el asunto trae ante el poeta, como víctimas y como reos, a Fernando VII, a don Juan VI, y a los súbditos de uno y otro de estos dos borbones, *no muy amados* en las dos orillas del Plata.

Nuestro *cielo* no huele a tomillo ni a cantueso como las canciones pastoriles de los españoles europeos, sino *a campo*, y aspira a sacudir el yugo de

---

(1) Cielito de Maipo.

las delicadezas cortesanas, aunque nazca frecuentemente en el corazón de las ciudades y proceda de padres intruidos y cultos. Las más veces es una misma mano argentina que escribe la oda o compone el *cielito*; pero al dejar el vate la lira por la vihuela, acomoda y apropia la entonación, las ideas, el lenguaje mismo, al corto alcance de este humilde instrumento. Por este proceder que tiene su excepción en los *payadores* y en algunos bardos del desierto, cuyos nombres no son desconocidos del todo, se dió a la poesía del género que examinamos una aplicación y un destino saludables, en cuanto contribuía a convertir los espíritus de la gran mayoría del país a los dogmas de la revolución, inculcando en el pueblo aquellas generosas pasiones, sin las cuales no hay independencia ni patria.

Es de notarse la fe que existía por aquellos días en la influencia del verso sobre la opinión pública. No hablamos de lo poesía dramática, de la cual se apoderó la "Sociedad del buen gusto" para servirse de ella como de instrumento para efectuar una reforma moral e intelectual en el país. (1). Así como existían logias y clubs en los cuales se ventilaban los intereses de carácter político, había también asociaciones de poetas patriotas, en las cuales se avivaba y mantenía el fuego de la revolución, dando culto exaltado y asiduo a la musa lírica. La más notable de estas tertulias en que se confundían en

---

(1) Véase nuestro estudio sobre don J. C. Varela.

un solo propósito el amor a las letras y el amor a la patria, era la que se reunía en la sala de recibo de la señora doña Joaquina Izquierdo, joven matrona, de cuyo civismo y talentos apenas hemos podido entrever algunos vislumbres pálidos, al través de la oscuridad de la tradición, culpablemente indiferente a estos rasgos inapreciables de la historia de nuestros orígenes revolucionarios. Estaba dotada aquella dama de la rara cualidad de leer el verso de una manera especial, dándole la fuerza, el sentimiento y el realce que sus mismos autores no acertaban a darle. Los más distinguidos entre nuestros poetas de aquella generación, no sólo aspiraban a la amistad de la estimable porteña, sino a escuchar de sus labios sus propias concepciones, especie de crisol en el cual cobraban éstas nuevos y preciosos quilates. "Si mi verso, le decía don Juan Ramón Rojas, no merece levantarse del polvo,

Al salir de tu boca  
Va a tener nueva vida." (1).

"La Lira Argentina", (2) compilada por un hijo distinguido de Buenos Aires, fué inspiración de esa fe, que generalmente se tenía, en la influencia

---

(1) A la señora doña Joaquina Izquierdo, al recitar algunas odas a la Victoria de Maipo, el 29 de junio, en una concurrencia. Oda anacreóntica, inédita.

(2) Lira Argentina, o colección de piezas poéticas, dada a luz en Buenos Aires durante la guerra de la independencia, 1 vol. in 8º de 515 páginas.

saludable de la palabra rimada sobre la sensibilidad y la imaginación de la masa del pueblo, y tuvo por objeto, como lo dice su editor, "redimir del olvido todos los rasgos del arte divino con que nuestros guerreros se animaban en los combates en la gloriosa guerra de la independencia, y con que el entusiasmo y el amor a la patria explicaban sus transportes en la marcha que emprendimos hacia la independencia..."

De aquella misma fe que animaba a los ciudadanos, participaron los gobernantes ilustrados, los cuales propendieron oficialmente a llenar los fines que se propuso el meritorio editor de la "Lira Argentina". Un decreto gubernativo acordó un premio honroso y liberal, como estímulo al cultivo de la poesía patriótica, al inspirado cantor del triunfo definitivo de las armas de la revolución en el Perú y de la toma de Lima, capital de un vasto imperio arrebatado por la república a la dominación monárquica. Otro decreto que se registra en libro segundo del Registro Oficial de la Provincia, dispone que se forme una colección, impresa con esmero, de todas las producciones poéticas dignas de la luz pública compuestas en Buenos Aires desde el año 1810. Los considerandos de aquel decreto que lleva las firmas de Rodríguez y Rivadavia, confirman cuanto acabamos de decir y llaman la atención sobre un hecho que si no ha pasado desapercibido, no se ha apreciado con la exactitud que merece. Todo acontecimiento grande por su influencia en la

emancipación del país ha dado asunto a muchas producciones poéticas de mérito, y el presentarlas todas reunidas, debe no sólo contribuir a "elevar el espíritu público", sino a demostrar el grado de buen gusto a que ha llegado el país en materias literarias. Así se expresaban las personas encargadas del gobierno a mediados del año 1822 (1).

Y en realidad, las crónicas de la lucha de la independencia, las victorias y contrastes al pie del Aconquija, en los ásperos desfiladeros del Alto Perú, en las llanuras de Chile, en las cordilleras peruanas, en las mesetas del Ecuador, al frente de los castillos del Callao, a las puertas de la ciudad de los reyes, están escritas en verso y comunicadas al pueblo argentino por la boca de los versificadores. Y más tarde, cuando seguro el país de su independencia, emprende su regeneración por medio de las instituciones políticas que tienden, con más o menos acierto, al mantenimiento del orden y de la libertad, esos mismos poetas encuentran inspiración y medios para dar colores y sentimientos a la expresión de ideas que a primera vista no parecen del dominio de la poesía. Los favores de la emancipación del pensamiento, la tolerancia de las creencias,

---

(1) Creemos que este decreto se llevó a ejecución, resultando el volumen con el título: *Poesía patrióticas*, que no se dió a la circulación por razones que ignoramos; pero del cual se conservan algunos ejemplares sin carátulas y sin índice — 353 páginas in 4º — y sin indicación de la imprenta. Está dividido en *canciones, odas y cantos*.

la hospitalidad al extranjero, los inventos de la civilización aplicados al bienestar de la sociedad, fueron otros tantos asuntos para elevar la oda patria a alturas filosóficas desconocidas, no sólo dentro de los antiguos dominios de la España y en América, sino en aquella misma nación, en su primera época constitucional, cuando sonaban aún los acentos generosos de Cienfuegos, de Meléndez, de Arriaza y del inmortal Quintana. Bastaría traer a la memoria dos composiciones de aquel último género, para confirmar lo que acabamos de decir; la que con el título "Al Pueblo de Buenos Aires" apareció por primera vez en la "Abeja Argentina" y la publicada en el número 22 del "Centinela" con este encabezamiento: "A Buenos Aires con motivo de los trabajos hidráulicos ordenados por el gobierno", 1822. El autor de esta última no tenía modelos que imitar, cuando celebraba a la ciencia, proveyendo a necesidades propias de nuestra naturaleza; su canto es original y lo sería traducido a cualquier lengua viva de las más civilizadas, como puede verse por los siguientes versos del final de esta composición que hemos de estudiar más por extenso en esta misma revista: (1)

¡Oh poder de los hombres! Tu alcanzaste  
A medir a los astros su carrera,  
A cantar de la luna el presto paso,  
Y del cometa la tardía marcha.

---

(1) Revista del Río de la Plata.

Las aguas fugitivas detuviste  
En su curso veloz y deleznable,  
Y cual si fueran sólidas, tu mano  
Sobre montañas elevarlas supo,  
Precipitarlas al desierto valle...  
Y en nuevo lecho adormecerlas luego.  
La hidráulica a las ciencias, a las artes,  
A la industria social, nuevos tesoros  
Próvida muestra, y a la patria mía  
Larga fortuna para siempre ofrece...

Mayor, si es posible, nos parece el mérito de la primera de estas dos odas, atendiendo a la novedad y al alcance social de las ideas que desenvuelve su autor. Todos los elementos que constituyen las sociedades libres bajo las condiciones en que se hallan los americanos; todo cuanto desde que fué escrita esa composición, no han hecho más que repetir, como si fuese recién pensado, las generaciones que ardiendo en buenos deseos han descendido desde 1829, acá, al campo del labor cívico y hállase en germen en ese monumento olvidado de nuestra literatura. El poeta destella rayos de luz por entre las nieblas condensadas de la colonia, y traza con el verso el camino por donde hemos andando hasta el día, realizando como nos ha sido posible, las promesas confusamente encerradas en los programas de la revolución.

El poeta comienza por exigir como base de las grandezas del porvenir, la práctica de las severas y nobles virtudes, sin las cuales no viven sanas las

naciones, y condena con una lozanía que encanta, los vicios que son fruto del lujo y la molicie, enemigos lisonjeros de la riqueza sólida, de la fuerza social y de la austera libertad republicana:

Cual funesto contagio,  
 Que en la mísera zona en que domina,  
 En veneno convierte  
 El aire puro y agua cristalina,  
 Cebándose la muerte  
 Bajo el influjo de maligna estrella,  
 En el niño, el anciano y la doncella;  
 Tal siempre los placeres,  
 Por el lujo abortado destruyeron  
 A pueblos numerosos  
 En virtud y poder antes famosos.  
 Tal por el lujo corruptor fué presa  
 La antigua Roma del poder del Godo,  
 La cuna de los Fabios y Camilos,  
 La que leyes dictaba al orbe todo.

Las formas antiguas y clásicas, dominan, naturalmente, en la estructura de esta obra poética, y su autor pone en boca del "Sagrado Paraná" consejos llenos de sabiduría, dirigidos a los que beben de sus aguas:

A los campos corred, que hasta hoy desiertos  
 Por la mano del hombre están clamando:  
 Volad desde las playas arenosas,  
 Que bañan mis corrientes,  
 Hasta do marcha a sepultarse Febo;  
 Y ocupad en trabajos inocentes  
 El tiempo fugitivo...

## Una fértil llanura

Allí destina el cielo  
 A vuestro bien y sin igual ventura...  
 Veréis allí cuál crece  
 La raza del caballo generoso,  
 Que libre padece por inmensos prados...  
 Veréis la oveja que en tributo ofrece  
 Al pastor industrioso los vellones,  
 Que defienden al hombre  
 De los rigores del invierno helado...  
 En los remotos climas  
 Del septentrión resonará la fama  
 De todos vuestros bienes no gozados;  
 Y los míseros pueblos que las aguas  
 Beben del Volga y del Danubio helados,  
 Se arrojarán al mar buscando asilo  
 En vuestro patrio suelo,  
 Donde benigno el cielo,  
 La abundancia vertió con larga mano...

Como se ve, en estos versos, se respira el aura de la verdadera civilización, que busca la riqueza por los senderos del trabajo, y prefiere a toda otra ocupación, las faenas agrícolas, que se hermanan, sin esfuerzo, con la libertad. Su autor revela los destinos de la llanura vasta y desierta, en donde pueden multiplicarse, mejorándose, los animales útiles, y en donde hay espacio para que vivan al amparo de leyes generosas los hombres de todos los climas, y contribuyan a fertilizar los campos

..que veis ahora

Del espinoso cardo sólo llenos.

Tanta era la altura a que había llegado la poesía al terminar la guerra de la independencia. De allí para adelante, no entra en nuestro propósito el seguirla en su marcha, debiendo sí, asegurar que hasta los días de Ituzaingó no declinó ni en entusiasmo ni en belleza. Todos los demás ramos de literatura fueron poco cultivados entre nosotros: la elocuencia en sus varias manifestaciones, la historia, la poesía dramática, quedaron muy atrás de la lírica, especialmente cuando la inspiraba el sentimiento patrio. Así es que ha podido decir con propiedad un distinguido escritor argentino: "Entre nosotros casi toda la literatura destinada a vivir más allá del día, está limitada a la poesía; en ella está nuestra historia, en ella nuestras costumbres, en ella nuestras creencias, ideas y esperanzas. Lo demás que ha producido el genio americano, ha pasado como el humo de los combates que han constituido nuestra ocupación y nuestra existencia. De modo que quien posea una colección de poetas americanos, tendrá casi todo lo que en materia de letras puede la América reclamar como propiedad suya." (1).

El desarrollo y la perfección de nuestra lira patriótica tiene, naturalmente, muchas y diversas causas, siendo la primera y por orden de los tiempos, la claridad y robustez que había cobrado la inteligencia argentina con el estudio de los problemas so-

---

(1) Don Florencio Varela, *Comercio del Plata*, artículos sobre la "América Poética".

ciales mal resueltos por la política que gobernaba a la colonia. Otra de las causas fué el movimiento revolucionario, que puede considerarse como la llama de la luz de aquellos estudios, encendida por un corto número de pensadores en las entrañas del pueblo. Pero aún queda otra razón que tomar en cuenta; y es, la grandeza en los conceptos, la perfección en la forma que supo dar el genio al primero de nuestros cantos nacionales. La patria se identificó desde su cuna en la bandera de las fajas azules y en el himno de Mayo, símbolos ambos de la fuerza y de la inteligencia, de cuya alianza depende el poder expansivo de toda evolución histórica en la vida de un pueblo. Las estrofas inmortales de nuestra canción patria sedujeron y dominaron la imaginación, y las concepciones posteriores a ella, reflejaron, naturalmente, la belleza del prototipo. Todos los sentimientos, todos los valientes propósitos que vagaban indeterminados en la atmósfera conmovida de la revolución, se condensaron en una forma poética en la mente de nuestro Tirteo, y ésta fué la semilla de sublimes acciones y el modelo inspirador de los poetas de la independencia.

Efectivamente, antes que apareciese el himno nacional de López, nuestra musa era pobre y tímida, y para confirmar lo que acabamos de decir acerca de la influencia literaria de aquella composición, vamos a trazar, rápidamente, la historia de los ensayos del mismo género hechos desde 1810.

La primera composición poética que se escribió en Buenos Aires para ser cantada por el pueblo con el objeto de exaltar el espíritu revolucionario, apareció en la Gaceta del 15 de noviembre del año 1810, con el título de "Marcha patriótica". (1). El autor ocultó su verdadero nombre bajo la firma de "un ciudadano"; pero todos sabemos que pertenece a don Esteban Luca, ilustre por sus virtudes cívicas y por el claro talento de que dejó brillantes pruebas en la ciencia y en la literatura. Aquella marcha comienza así:

La América toda  
Se conmueve al fin,  
Y a sus caros hijos  
Convoca a la lid;  
A la lid tremenda,  
Que va a destruir,  
A cuantos tiranos  
La osan oprimir. (2).

En el mismo año diez, compuso Luca otra canción con el mismo objeto y en igual metro que la anterior, cuyo coro es este:

---

(1) El título por extenso con que apareció en el número 24 de dicho periódico es el siguiente: "Marcha patriótica compuesta por un ciudadano de Buenos Aires, para cantar con la música que otro ciudadano está arreglando".

(2) El autor pudo tener presente al escribir esta canción la de Arriaza, titulada los "Defensores de la Patria", cuyas dos primeras estrofas son éstas:

¡O pueblo americano!  
¡O nación venturosa!  
¡Viva la unión dichosa!  
¡Viva la libertad!

Pero tanto la una como la otra de estas dos composiciones quedaron, por su entonación y conceptos, muy atrás del vuelo que pronto tomaron los espíritus y el progreso de la revolución.

Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ambas márgenes del Plata y en los extremos de la República, confortarle con la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo, que resistía al torrente de la opinión argentina.

---

*Partamos al campo  
Que es gloria el partir,  
La trompa guerrera  
Nos llama a la lid:  
La Patria oprimida  
Con ayes sin fin,  
Convoca a sus hijos;  
Sus ecos oíd.*

Arriaza escribió estos versos inmediatamente después de la batalla de Medellín, y se encuentran en la página 42 de la tercera edición de sus poesías patrióticas, Imp. Real, 1815, cuyo prólogo está firmado en Londres, a 13 de noviembre de 1810, año en que éstas poesías se imprimían por primera vez en la misma ciudad de Londres. El prólogo de Arriaza toca de pasada a la política americana y alude al autor del "Español".

Para lograr estos fines, la Asamblea, que tanto contribuyó con sus sabias y audaces determinaciones a preparar la independencia, apeló al talento y al patriotismo del P. Rodríguez y del doctor don Vicente López, invitándoles a componer un canto popular que alentase a nuestros soldados en la pelea y mantuviese en el pecho de todos los ciudadanos, el entusiasmo de la libertad.

En la sesión que tuvo aquel cuerpo nacional el día 11 de Mayo de 1813, se leyeron ambas producciones y la de López fué declarada solemnemente como la "única canción de las Provincias Unidas". (1). Por desgracia, no se dió a luz en el Redactor, el acta de la sesión de aquel día, e ignoramos, por consiguiente, las circunstancias y los votos emitidos en aquel acto, en que los representantes del país, comprendiendo la influencia y el poder de la armonía y del estro sobre las multitudes, se constituyen jueces en un certamen poético, con el fin de añadir una fuerza más a los empeños de la revolución.

---

(1) Es sensible que no conozcamos los pormenores de este interesante certamen, pues la sesión del día 11 no fué publicada en el "Redactor de la Asamblea". La fecha en que se dió a luz el himno de López, ha hecho incurrir al señor Núñez en sus interesantes *Efemérides*, en una pequeña y excusable equivocación. En la página 28 de ellas, dice, que el 14 fué sancionada por la Asamblea la marcha patriótica *Oíd mortales el grito sagrado*. El señor Núñez no puso atención en el encabezamiento que tiene la primera edición, en la cual se lee textualmente: "Por decreto soberano de once del co-

La primera edición de la canción nacional se hizo el 14 de mayo de 1813, en el papel y formato de la "Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires" y con tipos de la imprenta de Niños Expósitos, bajo el título de "Marcha Patriótica"; ignoramos si en las fiestas de aquel año se cantó ya con la música que conocemos, en cuyo caso habría que admirar en el maestro Blas Pareda, que la compuso e instrumentó, no sólo el acierto sino la prontitud en su desempeño.

El pueblo fué de la opinión de la Asamblea con respecto al mérito del canto de López, y lo aceptó, como aquélla, por aclamación de todas las clases sociales. La experiencia mostró después, cuánto debió nuestra gloria militar a los acentos del poeta, pues a los diez años de resonar en nuestros ejércitos, pudo decir don Juan C. Varela en hermosos versos:

---

rriente, (mayo 1813) se ha ordenado que la siguiente canción sea en las Provincias Unidas la única".

La composición de F. Cayetano es, probablemente, la que tiene por título: *Himno a la Patria*, cuyo coro es el siguiente:

*Salve patria dichosa,  
O dulce patria, salve,  
Y por siglos eternos,  
Se cuenten tus edades.*

Se publicó en hoja suelta por aquella época, y ha sido reproducida en la *Lira Argentina* y en la *Colección de Poesías Patrias*, citada en este artículo.

Sonó la CANCIÓN PATRIA. Al escucharla  
En la lid el soldado,  
En todo tiempo el pecho denodado,  
Presentó al plomo y a la punta fiera;  
Y aquel canto lo hiciera:  
O vencer en la lucha  
O morir sin dolor, pues que lo escucha.

Los antecesores de López habían incurrido en un error. Creyendo que el pueblo recién salido del estado colonial, no había podido modificarse por el simple hecho de la revolución, apocaron el tono de sus liras para ponerle al alcance de la limitada comprensión que le suponían. Pero el autor de la "Marcha Patriótica" en el momento en que levantó su espíritu para contemplar ese mismo pueblo, lo halló grande y se agrandó tanto como él para hablarle en el lenguaje de los altos sentimientos y de las imágenes bellas, que es el que mejor entienden las masas.

Expansiva como nuestra revolución, la marcha comienza por despertar la atención de la humanidad entera, para que escuche los vítores de los libres y el ruido de las cadenas que quebrantan y contemple a la nación victoriosa, que aparece coronada de laureles sobre el pedestal de un león vencido. Sus hijos animados por el genio de la victoria, caminan con espíritu generoso, conmoviendo con el ruido de sus pasos las cenizas de las generaciones que vivieron esclavas; y la América de tres siglos convocada al juicio final de la venganza, acude a Méjico, a Quito,

a Cochabamba, a los extremos y al corazón del continente, a batallar en la lid a que provoca el estandarte porfiado y sangriento de los tiranos. El pueblo argentino toma la iniciativa y acude al ruido del trueno de las batallas y por todas partes, en los muros orientales, en Suipacha, en Tucumán, escribe el padrón de sus triunfos y la humillación de sus opresores.

Cada estrofa de este canto, es un cuadro, cada imagen es un grupo de granito, animado por el soplo del genio, y que sólo la palabra, no el cincel, es capaz de tallar. Obras de esta naturaleza repelen la crítica y el análisis: son como las cumbres de las grandes montañas, objetos de admiración, pero no pueden medirse ni examinarse por inaccesibles.

Pocos años después de haberse exhalado de las entrañas del pueblo de Mayo este destello sublime, nos visitaba un americano del norte que estudiaba oficialmente la marcha de nuestra revolución y los elementos con que contábamos para llevarla a cabo. Este observador asegura que la creación de López, se cantaba con el mismo entusiasmo y respeto por todos los ángulos del territorio argentino; tanto en el campamento de Artigas como en las calles de Buenos Aires y en las escuelas primarias.

La Patria, de que es expresión ese himno, no reconoce edades, opiniones divergentes, ni pasiones pasajeras, porque perdona y abraza a todos sus hijos en las dulzuras de su generoso regazo. Por eso

es que el pueblo argentino que ha pasado por todos los estados y situaciones de una revolución tempestuosa de cuyo seno, Moreno y Rivadavia fueron expulsados, en donde los colores cándidos y azulados de la bandera nacional fueron enlutecidos con tinta roja como la sangre, sólo dos monumentos de gloria antigua han permanecido al abrigo de todo insulto y son saludados con grado respeto, cada vez que amanece la eterna luz de Mayo: esos dos monumentos, son: la pirámide de la plaza de la Victoria y la canción patriótica.

## LA SOCIEDAD LITERARIA Y SUS OBRAS

### I

A fines del año 1821, el doctor don Julián Segundo de Agüero, tan célebre más tarde como ministro del presidente Rivadavia, no representaba más papel político que el muy honroso, entonces, de miembro de la legislatura de la provincia de Buenos Aires. Pero su talento y su patriotismo habían grabado su nombre en la lista de los ciudadanos más notables y respetados de nuestra sociedad.

Confiado en el valimiento de su persona, y en su reconocido amor al estudio, convocó a su casa particular a varios ciudadanos, "amigos de la Provincia", para convenir en los mejores medios de fomentar la ilustración del país, según las textuales palabras de la invitación, pasada con fecha 28 de diciembre de 1821 a los siguientes individuos: don Esteban Luca, don Vicente López, don Antonio Sáenz, don Felipe Senillosa, don Manuel Moreno,

don José Severo Malavia, don Juan Antonio Fernández, don Cosme Argerich, Fray Juan Antonio Acevedo. Esta circular llevaba al pie la firma de don Ignacio Núñez...

Todos menos dos de estos señores, asistieron a casa del doctor Agüero, quien expuso, que aquella reunión tenía por objeto proponer a los presentes el establecimiento de una sociedad de amigos de la provincia de Buenos Aires, que volviese por el crédito de ella, harto comprometido, a causa de no existir publicación alguna periódica que diese a conocer a las naciones extranjeras, el estado del país y sus adelantos, y que promoviera al mismo tiempo la ilustración pública: que ésta era ya una necesidad sentida por todos los ciudadanos.

La idea emitida y desenvuelta convenientemente por el dueño de casa y por el señor Núñez, fué aceptada con entusiasmo, y explayada a su vez por varios de los concurrentes, conviniendo todos en el establecimiento de la Sociedad, y prometiendo "bajo la palabra de hombres de bien y caballeros, sacrificar a este importante objeto, las horas destinadas al descanso, después de llenar las obligaciones públicas a que se hallaban ligados o a que se ligasen en adelante." (1).

En seguida se observó, que siendo la intención de los promotores reducir a doce el número de los socios, y dando por tales a los dos individuos

---

(1) Palabras del *acta* de la primera sesión.

ausentes, que fueron el P. Acevedo y el doctor Malavia, era preciso nombrar un individuo para completar aquel número. El señor don Santiago Wilde fué electo por mayoría con este fin. Se indicó, también, la conveniencia de que la Sociedad "tan felizmente instalada", tuviese un reglamento a que ajustar sus procedimientos, que regularizara sus trabajos, y en consecuencia se nombró a los señores Moreno y Núñez, para que presentaran un proyecto de reglamento que se sujetaría a la aprobación de la Sociedad.

Pero antes de dar idea de la organización que tomó este cuerpo, haremos una exposición de los objetos que se propuso y de las ideas que predominaban en él, sirviéndonos al efecto de la introducción a las actas, en donde extensamente se manifiestan:

"Entre las muchas causas que han retardado durante el curso de la revolución, el adelantamiento de la instrucción pública, ha sido una de las más principales el aislamiento en que han vivido los hombres instruidos, en fuerza de las divisiones y choques de las ideas políticas. Este aislamiento, y no la falta de interés en los "genios superiores por la propagación de las luces", ha sido hasta aquí el verdadero impedimento para establecer una "Sociedad literaria", tal cual la requiere la posición y el rango de la provincia de Buenos Aires.

"Ha concurrido, es verdad, a hacer que se alejase la esperanza de conseguirlo, el mal éxito de los

tres ensayos que desde 1810, se han hecho para plantear asociaciones de igual naturaleza. La una en 1811, conocida con el nombre del "Club"; la otra en 1812 que tomó el título de "Sociedad patriótica" y la tercera en 1818 denominada "Sociedad del buen gusto". Si estas asociaciones fueron efímeras y de poco fruto, no puede desconocerse que la idea de congregar un número de hombres ilustrados, ha tenido siempre gran influencia en los progresos sociales del país en donde las fuerzas intelectuales se han vigorizado por medio de la asociación.

"Aquellos resultados negativos de propósitos nobles, no debe desalentarnos actualmente, sino al contrario, estimularnos a dar a las asociaciones actuales bases más sólidas y permanentes que las que tuvieron las antiguas. Uno de nuestros cuidados debe ser, colocarlas fuera del alcance de los "movimientos vertiginosos de la política ministerial, a cualquier lado que ella se incline"; con el fin de extinguir ese fuego devorador que ha abrasado a los hombres entre sí por espacio inmenso." Hoy, todo conspira a sacarnos de ese estado de aislamiento semi-salvaje a que nos hemos condenado unos a los otros. Este es el interés común.

"Para servir este interés, nada hay tan a propósito y eficaz como las sociedades particulares, como es fácil demostrarlo.

"La amistad, la confianza, la benevolencia mutua, nacen entre los hombres en virtud de una co-

municación frecuente, cualquiera que sea el grado de su civilización. Los salvajes se asocian para cazar, para satisfacer sus instintos groseros. El hombre culto logra con la asociación de sus iguales el goce del ejercicio de los sentimientos benévolos, del amor, del respeto recíproco; que agregados al vínculo de la familia, constituyen el patriotismo o la unión nacional, a que llaman egoísmo, los que miran este sentimiento como un "egoísmo", siendo así que debe reputarse como una de las virtudes sociales.

"No falta quienes pretendan que el afecto que se profesan entre sí los ciudadanos de la nación inglesa, proviene de una necesidad política, de la necesidad de mantenerse unidos para sostener la autoridad, cuyo desprestigio arrastraría la nación a su pérdida. Pero este motivo sólo vincularía a los individuos con el gobierno, mientras que otras son las causas del amor y del respeto que se profesan recíprocamente. Lo que ha contribuido esencialmente a inspirar en el pueblo inglés el amor de unos ciudadanos para con otros, es lo mismo que recomendaba el general Wáshington a los americanos al despedirse de ellos; esto es, el establecimiento de sociedades particulares, cuyas fértiles ramificaciones se extiendan por todas partes, como en la tierra de Albión.

"Raro es el inglés que no esté incorporado a una o más sociedades particulares, y muchos hay de ellos que son a la vez miembros de una o más compa-



nías de comercio, de una sociedad literaria, de un instituto agrícola, o de un club de mero entretenimiento.

“No es, pues, de extrañar que en los Estados Unidos de Norte América, se hayan generalizado las sociedades particulares, a punto que se cuentan hasta cincuenta y ocho establecidas en uno solo de sus estados.

“La mayor parte de esos mismos Estados, deben su existencia primitiva a esa clase de congregaciones, que tanta influencia han ejercido en el mantenimiento del orden general, y en las paternales relaciones de los estados entre sí. Es raro encontrar en la historia de aquella nación americana, páginas manchadas con la relación de guerras intestinas: mal de que han podido librarse (siendo hombres como nosotros y como todos los de nuestra especie) asociándose para fines útiles, sin hallar tropiezo para tan loable fin, en la desunión y desavenencia de los individuos.

“La España misma, no ha conocido épocas más adecuada para hacerse próspera e ilustrada, que aquella en que su rey Carlos III, promovió por toda la monarquía la creación de sociedades patrióticas y económicas, que fomentaban la agricultura, las artes, el comercio y difundían la educación.

“En Francia no tiene raíces tan profundas como en Inglaterra el espíritu de asociación. Sin embargo, tuvo durante el Imperio gran número de sociedades, a las que se debe tal vez, el que sea con-

siderado un francés tan diferente de los demás hombres como lo es "un indígena de la Patagonia, comparado con un pigmeo."

Esta exposición de principios, termina afirmando con un autor anónimo, cuyos principios resume, que: "la no existencia de sociedades particulares, es un obstáculo a los progresos de la civilización y un motivo de destrucción directa de los fundamentos de la sociabilidad." Y agrega:

"Otro punto debía comprender esta exposición: tal es el de la ilustración pública, primer objeto que debe proponerse una sociedad en Buenos Aires. Pero, la eficacia de las sociedades para conseguir este fin, está tan al alcance de los hombres reflexivos, que se cree demás su explanación. Protestamos si, que los móviles de esta convocatoria de algunos ciudadanos, no son otros que constituirlos en sociedad particular, para que promuevan los intereses intelectuales del país y sirvan de plantel para establecer los muchos centros de asociación reclamados por los diversos ramos de utilidad pública que se hallan actualmente descuidados en la provincia."

Tales fueron los sanos propósitos que se tuvieron en vista al iniciar la Sociedad literaria.

El reglamento encomendado a los señores Moreno y Núñez, estuvo redactado en veinticuatro horas; fué discutido y aprobado con algunas adiciones y enmiendas. Este reglamento comenzaba con un considerando o proemio que es útil conocer al pie de la letra para comprender mejor el espíritu de esta aso-

ciación, bosquejado en parte por el documento que dejamos extractado:

“Nada es tan natural como unirse los hombres para objetos que son del interés de todos. Los límites de las fuerzas individuales, las varias ocupaciones de la vida, y la diversidad de los talentos, se oponen a la ejecución de trabajos que demandan una atención extensa y continua. Desmaya el espíritu más celoso cuando se encuentra aislado. Los deberes que el hombre se impone a sí mismo, sin otra seguridad que su curiosidad y constancia, están sujetos a muchas variaciones, y a fuerza de aspirar a un objeto, se viene a sentir muchas veces la necesidad de no pensar más en él para ser independiente y libre.

“Podría decirse que el estudio combate a los particulares con aquella táctica sagaz que usaban los araucanos, obligando al enemigo a estar siempre despierto, y postrándolo al fin con el cansancio.

“Pero una asociación de individuos nunca duerme: sigue sin interrupción la marcha metódica y serena que se propone para realizar sus trabajos. Por eso vemos establecidas Sociedades en todas partes donde se desea conseguir algún objeto permanente, aunque no sea dificultoso; y por esta razón se han unido las personas que se expresarán abajo, para formar una sociedad de esta especie.

“Se proponen que presida en ella el celo por los adelantos del país, la buena fe y la amistad; y que

se busquen todos los medios, así en su seno como en los hombres ilustrados de afuera, de esparcir los conocimientos, consultando, tanto como sea dable los progresos de la ciencia, la literatura y las artes."

El reglamento, como consta de la parte suprimida en el anterior proemio, tenía el carácter de provisorio. Y, efectivamente, la reglamentación de la sociedad literaria, sufrió diferentes alteraciones, en consonancia con las necesidades que surgían del movimiento orgánico del cuerpo, el cual vivió perfeccionándose desde que nació hasta su temprana extinción. He aquí la base inalterable de esa organización:

Art. 1º — Queda establecida una sociedad con el título de "Sociedad Literaria de Buenos Aires".

Art. 2º — Los objetos de la Sociedad, en general, serán propagar los conocimientos y las luces en todos los ramos científicos y en los de industria y comercio.

Art. 3º — La Sociedad se compondrá de doce individuos y serán los únicos que revistan la calidad de socios de número.

Art. 4º — Los socios serán numerados, desde uno hasta doce, siguiendo el orden alfabético de sus propios nombres.

Art. 5º — La Sociedad tendrá un presidente elegido a pluralidad, por el término de un año.

Art. 8º — Para los casos en que el presidente es-

té justamente imposibilitado de ejercer sus funciones, se nombrará un decano que lo supla.

Art. 9º — Habrá un secretario que se nombrará del mismo modo que el presidente, por el término de un año.

Arts. 15 y 21. — Ningún socio dejará de asistir a las sesiones sin exponer por escrito los motivos al presidente.

Art. 20. — La Sociedad publicará un papel ordinario, de un pliego, dos veces en la semana, con el título: "El Argos de Buenos Aires", el cual deberá contener todo cuanto conduzca a formar un canal verdadero de comunicación y noticias.

Art. 22. — Para la redacción de este papel, la Sociedad nombrará de entre sus miembros, tres, de los cuales uno se ocupará de la parte interior, otro de la exterior, y el tercero de la coordinación de las materias y corrección de las pruebas.

Art. 27. — Se establecerá un periódico mensual en forma de folleto, de cuatro pliegos, bajo el título de "La Abeja Argentina".

Art. 28. — Este periódico será dedicado a objetos políticos, científicos y de industria, y contendrá, además, traducciones selectas; los descubrimientos recientes de los pueblos civilizados; las observaciones meteorológicas del país; las médicas sobre la constitución de los años, la de las estaciones; un resumen de las enfermedades de cada mes, y un sumario de los adelantamientos de la provincia.

Art. 36. — El miembro que diese a luz algún

escrito y quisiera usar en él el título de "miembro de la Sociedad literaria", deberá haber sujetado su obra al exámen del instituto y obtenido su aprobación.

Art. 36. — La Sociedad admitirá por miembros supernumerarios a las personas que se distingan por sus luces o beneficencia pública.

Art. 40. — La Sociedad elegirá también socios honorarios y corresponsales en los países extranjeros y en las provincias continentales.

Art. 41. — Los productos de los periódicos se repartirán por trimestres, en la forma siguiente: la utilidad se dividirá en dos partes, una para el fondo común de la sociedad, y la otra se distribuirá en cuatro porciones iguales, una para los redactores del periódico semanal por vía de premio; otra para los redactores del periódico mensual por igual motivo; otra para los socios obligados a presentar trabajos. La cuarta de estas porciones se destinará a premiar los escritos que se envíen a la Sociedad en forma de comunicados, según tarifa que se formará al efecto.

Art. 42. — Se abrirá un fondo de setecientos pesos como primer capital de la Sociedad.

Art. 43. — Este fondo será formado por los miembros de la Sociedad, entregando la mitad de la cuota al contado y la otra mitad a los dos meses.

Arts. 47 y 48. — Cuando la Sociedad haya adquirido fondos suficientes, los girará sobre Londres, para proveerse de una imprenta; y si el estado

de los fondos lo permitiese, girará 500 pesos para instrumentos...

Aprobado este reglamento provisorio, procedió la Sociedad a nombrar su presidente y secretario, empleos que recayeron en el doctor don Julián Segundo de Agüero, y en don Ignacio Núñez. El doctor Sáenz fué nombrado *decano* o segundo presidente, según el tenor del reglamento.

## II

EN la quinta reunión de la Sociedad literaria, cumpliendo con el artículo 4º de su reglamento, se procedió a señalar el número de orden con que en adelante debía designarse cada socio, siguiendo el orden alfabético de los nombres, y resultó la siguiente "planilla":

Núm.	1	Dr.	D. Antonio Sáenz
"	2	"	" Cosme Argerich
"	3	"	" Esteban Luca
"	4	"	" Felipe Senillosa
"	5	"	" Ignacio Núñez
"	6	"	" Julián Segundo de Agüero
"	7	"	" Juan Antonio Fernández
"	8	"	" José Severo Malavia
"	9	"	" Juan de Bernabé y Madero
"	10	"	" Manuel Moreno
"	11	"	" Santiago Wilde
"	12	"	" Vicente López

Este personal sufrió algunas modificaciones durante la existencia de la Sociedad. El socio 8º fué expulsado por razón de su inasistencia sin dar explicaciones de las causas que la motivaban y fué elegido en su lugar el señor doctor don Valentín Gómez. El socio Nº 5, propuso en la sesión de 21 de enero de 1822 se diese cumplimiento al artículo 40 del reglamento y se nombrasen los "socios en comunicación" de que habla dicho artículo. La Sociedad convino desde luego (dice el acta de la sesión del 23 del mismo enero) en entrar a proponer y examinar las personas que en las diferentes provincias del país pudiesen merecer la confianza de la Sociedad. Se designaron las provincias de Montevideo, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, Córdoba, Mendoza, Santiago, Tucumán y Salta; pero tocándose dificultades de consideración respecto al nombramiento de individuos que la Sociedad no conocía, y al mismo tiempo, considerando lo conveniente que era manejarse con todo el tino posible, tanto para no exponer a los individuos en las circunstancias en que se hallaban los pueblos, como para no exponer la misma Sociedad a un desaire, se convino nuevamente en demorar el nombramiento hasta tomar conocimientos exactos de las personas que estuviesen mejor indicadas.

Con respecto a los socios "correspondientes" en las repúblicas hermanas, o al menos con respecto a Chile, no hubo las mismas dificultades y reservas, y en la sesión 11ª del 30 de enero, a indicación del

doctor don Vicente López, se dió este encargo, a don Camilo Henríquez, próximo a salir de Buenos Aires para Santiago, llamado especialmente por el Directorio de aquel país. "El socio preindicado, dice el acta, representó las excelentes calidades que reunía este individuo, sus talentos conocidos en este territorio, y la circunstancia aún más recomendable, de ser llamado a tener una grande intervención en los negocios del Estado de Chile, lo cual le colocaría en la posición más útil para suministrar a la Sociedad, multitud de conocimientos que le serían sumamente provechosos para sus tareas literarias". En esta virtud, fué invitado el señor Henríquez a concurrir a la Sociedad en una sesión próxima, para incorporarse a ella y extendersele el diploma e instrucciones de su cargo y comisión. Efectivamente, el 6 de febrero, se apersonó ante ella el nuevo miembro honorario de la Sociedad literaria, quien tomando la palabra manifestó el reconocimiento de que estaba poseído por la distinción que merecía de aquel cuerpo. Se extendió largamente sobre la idea favorable que concebía de esta institución, tanto por la clase de individuos de que se componía, como porque habiéndose impuesto de su constitución, advertía las grandes ventajas que la América entera iba a reportar de este establecimiento tan bien combinado. Se contrajo después a recomendar la constancia, que era lo único con que podían vencerse las grandes dificultades que en el país se habían ofrecido siempre a los pro-

gresos de semejantes congregaciones; protestando que él, por su parte, se haría un honor desde el lugar de su residencia, en contribuir con sus luces y con los conocimientos y noticias que le fuese posible adquirir en aquel país, útiles al lustre y estabilidad de la Sociedad literaria de Buenos Aires". El socio presidente (agrega el acta) agradeció en seguida esta manifestación de parte del socio honorario, y sin más formalidad quedó incorporado.

Con motivo de este acto que debió hacer una excelente impresión en la Sociedad, alentándola a extender sus miras fuera de los límites de la provincia de Buenos Aires, se manifestó por algunos de los socios presentes la necesidad de volver a ensayar el nombramiento de "socios en correspondencia", porque cada día, urgía más la necesidad de adquirir oportunamente y por buenos conductos, noticias de las demás provincias, para enriquecer con ellas la redacción de los periódicos que la Sociedad se había comprometido dar al público. La Sociedad atendió estas indicaciones y fueron nombrados corresponsales para las provincias de Mendoza, Tucumán y Salta. Para la primera a los señores don Tomás Godoy Cruz, y don Remigio Castellanos; para la segunda al doctor don José Agustín Molina, y a don José Redear para la última.

La redacción de los periódicos "Argos" y "Abeja", recargaban los quehaceres de la Sociedad, y muchos de sus miembros solicitaban que se refor-

mase el artículo del reglamento que los limitaba al número de doce. El presidente fué intérprete de esta opinión en la sesión 29 del 19 de abril de 1822, diciendo, poco más o menos lo que se expresa en el acta de aquella reunión, a saber: Hoy ya han desaparecido (opinaba el doctor Agüero) las dos principales razones que se tuvieron en mira al sancionar el artículo de nuestro reglamento. La primera fué el estado divergente de las opiniones de los hombres en el tiempo en que la Sociedad fué erigida; divergencia que daba motivo a temer que se apoderasen de su seno las mismas agitaciones y contrariedades que se descubrían aún en las reuniones privadas o sociales. Fué la segunda, el que la Sociedad necesitó para vencer en su principio las dificultades que siempre ofrecen estos establecimientos, y particularmente en nuestro país, en donde eran desconocidos, una acción rápida y desembarazada, cosa que no era conciliable con un número extraordinario de voluntades resentidas también del mal indicado en el fundamento primero. A estas razones, agregó la suya el señor Núñez, afirmando que los peligros que acababan de recordarse no eran de temerse, habían pasado ya, porque la opinión pública se había regularizado y disminuídose mucho el hábito de extraviarla; que la Sociedad había echado de una manera tan sólida los fundamentos de su vida regular, que no era necesario en lo sucesivo sino constancia para que se conservasen permanentemente. El señor Agüero,

insistiendo sobre la materia hizo presente a la Sociedad los compromisos que ésta había contraído para con el público; las grandes tareas que tenía que desempeñar y las atenciones multiplicadas de toda especie que rodeaban a los señores asociados, de donde concluía que no había otro medio para que éstos no se desalentasen en la ardua empresa que habían acometido, que el aumento del número de socios, haciéndolos subir de doce que eran hasta *veinticinco*. La Sociedad discutió el punto y aceptó la idea propuesta por el presidente.

A pesar de esta determinación sancionada por la mayoría de la Sociedad, se advierte en este cuerpo un espíritu resistente a la idea de dilatarse y de abrir su seno a personas nuevas y menos íntimas, especialmente a las de poca edad y notoriedad. No sólo se rodearon de precauciones en este sentido, dictando un reglamento especial y riguroso para la elección de nuevos compañeros, sino que al darle cumplimiento, excluyeron a los señores Díaz (don Ramón y don Avelino) y a don Juan Francisco Gil y don Manuel Insiarte, propuestos en la sesión del 11 de junio, mientras que poco más tarde se aprobó la elección de los doctores don Gregorio Funes y don Valentín Gómez; señores don José María Rojas; Fr. Valentín San Martín; doctor don Juan Manuel Agüero, para socios de número; y para corresponsales, al doctor Carlos Pie de Monte, en el Perú; don José Lanz, en París; al coronel Duaene y al ministro de Colombia don

Manuel Torres, en Estados Unidos. Don Juan Cruz Varela, propuesto para socio de número por el señor don Vicente López, siguió probablemente la misma suerte que los señores Díaz y Gil, pues no vuelve a aparecer su nombre en las actas de la Sociedad.

El corto número de obreros en proporción a los trabajos que había echado sobre sus hombros la Sociedad fué, en nuestro concepto, la principal causa de la disolución de un cuerpo tan importante, que en poco más de un año de existencia pudo dejar huellas imborrables en el camino de los progresos intelectuales de Buenos Aires, como vamos a manifestarlo.

### III

LA Sociedad literaria hizo mucho más de lo que se había prometido a sí misma. A medida que adelantaba en sus trabajos, descubría nuevos campos a que llevar su actividad y se ponía a la labor con un empeño y una abnegación ejemplares. No se contentaba con dar a luz dos periódicos, uno puramente científico y literario, "La Abeja"; el otro noticioso, el "Argos". Con la intención de ser útil al comercio y a la industria emprendió la publicación de un apéndice al "Argos" con el título de "Avisador", destinado a consignar el valor en plaza de los objetos en demanda, y los demás hechos

del comercio marítimo y terrestre que antes pasaban inapercibidos de la generalidad del público a quien importaban directamente. La sociedad literaria, ensanchó así la esfera de acción de la prensa periódica, luchando con dificultades que apenas se comprenden hoy. Por lo tanto, pareciéndonos curiosa la historia de esas dificultades, y formando por sí sola una de las páginas de la crónica porteña con respecto a los intereses de la inteligencia, que tanto han llamado nuestra atención personal, vamos a mostrar cómo y por qué medios el "Argos" del año 1821, llegó a tener la importancia que merece por mayor en edad y mérito, entre los infinitos periódicos de Buenos Aires, posteriores al año 1820.

El primer número de este periódico semanal apareció el sábado 12 de Mayo de 1821, con un prospecto que no pasa de 13 renglones, en el cual aseguran los redactores, que si la publicación de un periódico ha sido fácil en Buenos Aires, no lo ha sido el sostenerlo ni aún en las épocas más felices, y ofrecen a la provincia de su nacimiento, mantener el "Argos" de modo que guarde consonancia con su mismo título. En cuanto al plan y fines de la publicación, se refieren los mismos redactores al orden que guardan las materias en este primer número. Empieza éste por un cuadro abreviado del estado político en que se encontraban las provincias argentinas. "Es muy notable, (se dice allí) que los pueblos primeros en desatarse de la liga general para establecer cada uno su gobierno y sus leyes par-

ticulares, se hallen en el día amagados de los horrores de la guerra civil, más temibles que los que su separación causó a Buenos Aires y a otros pueblos". Se refiere en esto a Tucumán. Córdoba, agrega, aunque había logrado por medio de un regular ejército sofocar las conspiraciones,... en el día se halla dividida en dos partidos armados, y es más que probable que sus diferencias no terminen sin sangre, sin luto y sin iguales o mayores ruinas. La provincia de Salta es un campo de Marte perpetuo... El Entre Ríos, habiéndose deshecho de su antiguo protector, el de los pueblos libres, don José Artigas, ha adquirido protectores por docenas y goza en recompensa de su sangre derramada, etc... *Santiago del Estero* sigue en guerra... *Catamarca* unida a Tucumán, está en guerra declarada con la provincia de Salta. *La Rioja* parece reconcentrada bajo la tierra, por el silencio en que está después de haber sido el teatro de las escenas más trágicas. *Jujuy* debe seguir a su gobierno capital, y participar de los bienes o males que le resulten de su actual guerra civil. *San Luis* y *San Juan* también se han bañado en sangre y han visto su territorio sembrado de cadáveres. *Corrientes* se ha declarado pueblo adyacente a la república entrerriana. *Santa Fe*, después de la celebración de la paz con Buenos Aires, ha mejorado notablemente en situación; pero se halla amenazada por las fuerzas de Entre Ríos.

"Buenos Aires, nuestra patria, a medida que de-

clínaba el aciago y ominoso año veinte, empezó a ver despejado su horizonte político, a mejorar notablemente su situación espantosa. Constituida solidamente una autoridad sobre las ruinas de doce revoluciones en poco menos de un año; de veinte gobiernos durante el mismo período; de seis invasiones sangrientas y desoladoras, ha logrado subsistir sin alteración alguna el largo período de siete meses, volver a dar aliento al agonizante espíritu público y avivar también el interés de la provincia por un nuevo orden de cosas."

Después de hacer esta pintura del estado de los pueblos de la unión, dicen los redactores del "Argos" del año 1821: "Nuestros trabajos se dedicarán, pues, en mucha parte, a estos interesantes objetos, teniendo siempre a la vista el aspecto de las provincias y pueblos interiores, tal como se presenta en el día o como puede ofrecerse en adelante."

Las cuatro páginas en 4º mayor a dos columnas del primer número de este periódico, están ocupadas con este artículo, con otros, contraídos al Congreso convocado en Córdoba; a examinar la conducta del gabinete del Brasil con respecto a la Banda Oriental del Río de la Plata; al crédito público y a noticias de América y Europa. Este periódico fué ganando en extensión e interés hasta completar 33 números; en el último los redactores se despiden del público, abandonando una empresa realmente benéfica a país, por razones puramente personales.

Al comenzar el año 1822, no había en Buenos

Aires más publicaciones periódicas que el Registro Oficial y el Estadístico, y fué entonces que el "Argos" comenzó a redactarse por la "Sociedad literaria", en virtud del artículo 20 de su reglamento, que ya conocemos. Para esto había nombrado una comisión para entenderse con el administrador de la imprenta de la Independencia, y obtener consentimiento de quien correspondiese, para usar del título a que indisputablemente les había dado derecho a sus redactores fundadores, el modo cómo se había desempeñado, el crédito de que gozaba la publicación y la declaración que habían hecho de que, sólo suspendían sus tareas hasta otra época. Obtenido el consentimiento indicado, se nombró por la Sociedad, a los señores don Manuel Moreno, don Ignacio Núñez y don Esteban Luca para la redacción del "Argos". Estando prescripto por los artículos 23 y 24 que hubiese una "Comisión de revista" sin cuyo beneplácito nada podía publicarse en el periódico semanal, se nombró a los señores don Julián S. de Agüero, don Antonio Sáenz y don Vicente López, para componer esa comisión.

El "Argos" reapareció, en consecuencia, el sábado 10 de enero de 1822 con un "artículo de introducción", en el cual explicaba su origen, su objeto y su marcha, artículo que previamente había sido aprobado por la Sociedad... "Clama el interés público y el honor de Buenos Aires, decía el artículo, por un periódico general; pero el mantenimiento de un periódico de esta clase exige una de-

dicación constante y poderosa, una acumulación de ideas y relaciones que es muy difícil adquirir por unos o pocos individuos. Es en fuerza de estos principios que la Sociedad literaria de Buenos Aires se ha instaurado el primer día de este año, y se ha hecho cargo de publicar un papel dos veces en cada semana, que contenga, con arreglo al artículo 21 de su constitución, todo cuanto conduzca a *formar un canal verdadero de comunicación y noticias*. La Sociedad se lisonjea de comenzar acreditando que tributa la consideración debida al mérito en el uso de un *título* que le ha adquirido por los más justos motivos; pero cree, sin embargo, necesario prevenir que lo hace con el consentimiento de las personas que estaban en posesión de él. Este papel saldrá a las doce de los días miércoles y sábado con un pliego cada número... El "Argos" en su segunda carrera se separará, en parte, del plan que había adoptado en la primera; pero puede asegurarse que en el que al presente se ha prescripto, se conciliará el interés que antes inspiraba, con los fines que ahora se ha propuesto el instituto.

"La Sociedad se prepara a anunciar al público los términos en que ha de dar a luz los trabajos en grande, para que ha sido organizada. Cuando esto suceda, se publicarán las bases de su constitución, se dará un resumen de sus reuniones ordinarias, y las tarifas que ha resuelto establecer, en que se designan los *premios* pecuniarios que han de asignarse a las memorias o comunicados que se le remitan,

y los precios de los avisos de toda especie, y de cualesquiera otros escritos de un interés privado que quieran insertarse en los periódicos y demás obras de la Sociedad."

Este sencillo programa contribuye a ilustrarnos acerca de los objetos que se proponía llevar a cabo la Sociedad literaria por medio de la prensa periódica. Desde luego salta a la vista el pulso con que creían que debía manejarse ese poderoso resorte de la felicidad pública que se llama el periodismo, los hombres más sensatos e instruidos con que entonces contaba Buenos Aires, aleccionados con la triste experiencia de diez años de anarquía, que dieron por resultado el caos social del año 1820. La prensa periódica renacía bajo los auspicios de la ciencia y del patriotismo; una fuerza colectiva la dirigía y la impulsaba; y el espíritu de asociación y de confraternidad de que estaban inspirados los miembros de la Sociedad literaria debía reflejarse en las páginas del "Argos".

Este periódico fué bien recibido del público. En la sesión del 21 de enero, el vocal tercero, don Ignacio Núñez, puso en conocimiento de la Sociedad que, según había sido informado por el encargado de la venta del "Argos", el número de quinientos ejemplares que se había dado tirar no alcanzaba al servicio público, porque, separándose 100 para la Sociedad, sólo quedaban 400, que se distribuían: 50 en cada uno de los tres lugares de venta en la ciudad; 50 al gobierno, y por consiguiente sólo

200 en la plaza, dificultando el formar las colecciones que se buscarán con empeño pasado algún tiempo. (1). Se determinó, en consecuencia, que se tirasen cien ejemplares más.

El papel de imprimir era en aquella época caro y de calidad ordinaria, y la Sociedad que aspiraba a dar un aspecto decente a sus producciones por la prensa, acordó celebrar una contrata con algún fabricante europeo que remitiese anualmente las resmas de buen papel de imprenta.

En la reunión décima sexta de la Sociedad, los redactores del periódico de que vamos hablando, hicieron presente que se hallaban disconformes acerca de la manera cómo deberían expresarse en los artículos que contraían a los negocios del hoy Estado Oriental, entonces provincia del territorio argentino. La prensa portuguesa de Montevideo, había comenzado a provocar al "Argos", contestando a sus artículos. El socio número 3, don Esteban Luca, opinaba que no se diera el desenvolvimiento que allí se había dado a esta materia y que la redacción del "Argos" mirase con el desprecio que se merecían, las contestaciones del "Pacífico Oriental", título del periódico de los usurpadores. El socio número 5, don Ignacio Núñez, opinaba de un modo diametralmente opuesto al señor Luca, y creía que

---

(1) Entonces no había subscriptores a los periódicos; quien se interesaba en leerlos, los compraba en los lugares de venta que eran, generalmente, las librerías de más fama.

al tratar el "Argos" los asuntos que tuvieran relación con los portugueses, mientras mantuvieran indebidamente en su poder el territorio de la Banda Oriental, debía hacerlo detenidamente y con toda la energía de que fueran capaces los redactores, contestando victoriosamente, como podía hacerse, los artículos del "Pacífico Oriental", cuando a ello dieran lugar sus provocaciones a Buenos Aires. Don Manuel Moreno (socio número 10) se colocó entre estas dos opiniones extremas, y aconsejó que continuase la redacción del "Argos" la marcha seguida hasta antes de entrar en polémica con el periódico montevideano, es decir que continuara relatando los acontecimientos de aquel país, aprovechando toda coyuntura para reprobar indirectamente la conducta insidiosa de los opresores; pero de manera que no se creyese jamás que el "Argos" pudiera tener por objeto principal el atacar a la nación vecina.

La Sociedad convertida en juez de esta divergencia de opiniones, se halló perpleja para dictar una regla terminante de conducta a los redactores del "Argos", y halló prudente dejar al juicio de éstos, el "medir la extensión y los puntos que hubieran de publicarse bajo el título "Montevideo".

La redacción del "Argos", encomendada a tres miembros, sin corresponsales noticiosos ni del interior ni fuera del país, se hizo sumamente pesada. "Sin despedazarnos, decían éstos ante la Sociedad, no podremos continuar en los términos que hasta

aquí". Pidieron, en consecuencia, que se aumentase el número de redactores, o se les auxiliara en sus tareas, proporcionándoles materiales para llenar las columnas del periódico. La Sociedad, no se inclinó al primer expediente, y determinó, que los redactores de los periódicos de la Sociedad literaria ("El Argos" y "La Abeja") estuvieran facultados para nombrar "agentes de comunicación" recompensados, tanto en las provincias interiores como en los países extranjeros. Acordó, también, subscribirse a las principales publicaciones periódicas y científicas de Europa.

Mientras tanto, la opinión pública y la honra del país, se interesaban cada día más en la cuestión Oriental, y exigían de la prensa una contracción mayor; éste era también el deseo del gobierno, manifestado por una comunicación expresa del ministerio pasada a la Sociedad, indicando al mismo la conveniencia de aumentar con un pliego más las columnas del "Argos", dedicándolas con preferencia a la mencionada materia. La Sociedad, tomó otro camino para llegar al mismo fin, y fué disponer que se aumentase un número más del "Argos", apareciendo tres veces por semana. Sin embargo, este periódico no cambió ni de formato, ni de número de páginas durante todo el año 1822.

El personal de su redacción tuvo una modificación desde mediados de Agosto de aquel mismo año. El señor Moreno hizo presente a la Sociedad que habiendo terminado los dos meses porque acep-

tó el cargo de miembro de la comisión redactora del "Argos", era justo se le removiese, nombrándose la persona que había de substituirle en tan laborioso cargo. El socio número 11, don Santiago Wilde, fué designado para llenar las veces del señor Moreno.

Otro cambio más substancial todavía experimentó la redacción del "Argos" en el último mes del año 1822. El señor doctor López (socio número 12) pidió, por medio del presidente, que se le exonerara del cargo de redactor del "Argos" que por sí solo había desempeñado desde que se le encomendó esta comisión. Con este motivo se promovió la idea de hacer cesar el periódico, en razón de existir ya varios en el país, que se publicaban con propósitos idénticos a los tenidos en vista por la Sociedad al fundar el suyo. El señor Núñez, que tal vez fué el creador del "Argos" en 1821, y asiduo colaborador de él como miembro de la Sociedad literaria, no podía conformarse con la desaparición, e ideó un medio para prolongar la existencia de aquella creación de la actividad de su patriotismo. En la sesión del 22 de diciembre presentó ante la Sociedad un proyecto para la redacción del "Argos", durante el año próximo 1823. Según este proyecto, tendría el periódico un "redactor permanente", que debía ser elegido del seno mismo de la Sociedad y por ésta; a éste se le agregaría otro miembro en clase de censor de los artículos escritos por el redactor permanente, quien se mudaría

cada mes, según el orden de la numeración de los miembros de la Sociedad, quienes quedaban en la obligación de concurrir con noticias y trabajos para componer el periódico, quedando libre el redactor para insertarlos o no, según su juicio. Este proyecto contenía, a más de los indicados, dos artículos referentes a la imposición de la marcha que debiera seguir el redactor permanente con respecto a los asuntos interiores del país, mostrándose siempre imparcial y moderado. Para que esto tuviera cumplimiento, proponía el señor Núñez se nombrase una comisión que redactase unas instrucciones especiales sobre este punto, en las cuales a juicio suyo, debería declararse "terminantemente", que el "Argos" en la parte interior, se ocuparía sólo en censurar los actos de la Administración, que dieran lugar a ello, sin emplear "jamás su pluma en elogiar dichos actos". No me mueve, dijo el secretario, al pensar de este modo, la sospecha o el convencimiento de que las autoridades públicas actualmente no hayan de dar en adelante motivos a la censura fundada de sus procederes; muéveme meramente, el interés de que se instruya al público de la forma circunspecta y racional con que debe ejercerse este derecho en un país libre; "censurando los actos del poder, sin tocar a las personas y sin necesidad tampoco de hacerlo en una forma anárquica o tumultuosa". El secretario, agregó, que la esperanza de buen éxito en esta tentativa no debía considerarse ilusoria, pues los bue-

nos ejemplos no eran desatendidos por el público; en prueba de ello, véase cuánto se ha conseguido ya en la reforma del estilo y lenguaje de los escritores; el gusto del público mejora visiblemente en fuerza del modelo de decencia y seriedad ofrecidos por los periódicos redactados por la Sociedad.

En la misma sesión, después de una larga discusión sobre las opiniones emitidas por el señor Núñez, se procedió a nombrar al redactor permanente, y resultó electo para dicho cargo el socio número 13, doctor don Gregorio Funes.

Nos hemos detenido en estos pormenores relativos a la organización interna del "Argos", porque él fué el verdadero restaurador del periodismo serio y culto después del año 20, uno de los de mayor duración y en donde se halla un material inmenso de hechos y de noticias, no sólo relativas al país, sino a toda la América y a las naciones europeas. El "Argos" durante toda su duración mantuvo la fisonomía que supieron darle sus ilustrados fundadores, y es como un espejo que refleja hacia Buenos Aires, el movimiento del mundo político y social, no dejándole ignorar nada de cuanto puede alimentar la curiosidad de un pueblo culto, dispuesto a imitar lo mejor. Este periódico no sólo fué útil entre nosotros, sino muy lejos de Buenos Aires, y mereció ser consultado por el ilustre Humboldt. En el tomo 4º pág 189 de la traducción española de los "viajes a las regiones equinociales", cita su ilustre autor el número 89

del "Argos", correspondiente al mes de noviembre de 1822, de donde tomó noticias sobre la estadística de la población de Colombia. Esta calidad expansiva de la órbita de las ideas, es uno de los caracteres del genio argentino, manifestado en los momentos críticos de su historia; las ideas tienden en nuestra atmósfera social a difundirse no a concentrarse, siguiendo la ley física de los cuerpos aromáticos que se esparcen generosos por el ambiente que les rodea. Esta virtud, que tiene su raíz en el carácter universal de nuestra resolución, se conservaba puro en la generación que la había presenciado y militado en ella.

El hermano del primer secretario de la Junta de Mayo, era miembro de la "Sociedad literaria", activo obrero en la redacción de sus periódicos, y autor de las "Memorias del doctor don Mariano Moreno", libro escrito en 1812, que se señala por la tendencia a ligar nuestra revolución a todos los movimientos de libertad en ambos hemisferios.

En el año 1820, la prensa reflejó el estado social del país; durante él el periodismo fué una chacota, una orgía anárquica del talento, un terreno en que sólo brotaban los hongos malsanos del Teofilantrópico y del Gauchi-político. En el año 1822, en sólo los títulos de los periódicos se observa ya un profundo cambio, y se ve aparecer la "Abeja Argentina", el "Amante del bien público", "El Centinela", "El Registro Estadístico", serios todos, todos amigos del orden y de la paz, y al-

gunos destinados a fundar el progreso sobre las bases sólidas de la observación científica.

En estos renglones nos proponemos ocuparnos exclusivamente de la prensa periódica dentro de la "Sociedad literaria". Después del "Argos", viene "La Abeja Argentina", cuya fisonomía es digna de conocerse, por haber sido la fundadora de la "Revista", aspecto casi desconocido entonces entre nosotros, del pensamiento aplicado al desarrollo de las cuestiones que requieren extensión y más reposo para tratarse de aquél que es posible acordarles en las páginas improvisadas y pasajeras del diarismo.

#### IV

"LA Abeja Argentina" forma un volumen de más de 600 páginas en 4º, correctas y elegantemente impresas en la "Imprenta de la Independencia". Comenzó a aparecer el 15 de abril de 1822 y terminó en el número 15 (tomo 2º) el 15 de julio de 1823. "El interés de este periódico, se decía a mediados de 1823, cualquiera que sea su circulación, no es sólo del momento. El compone los anales de nuestros conocimientos e industria, y su vuelo irá junto con los progresos de nuestra civilización". Efectivamente; hoy mismo, esta preciosa Revista no ha envejecido; todas sus materias nos interesan y están aun pendientes y sin solución de-

finitiva la mayor parte de los problemas sociales y científicos que plantearon sus ilustres redactores.

Los artículos 27 y 28, de su reglamento imponían a la sociedad la obligación de establecer un periódico mensual, en forma de un "folleto" de cuatro pliegos, bajo el título de "Abeja Argentina", dedicado a objetos políticos, científicos y de industria, conteniendo a más, traducciones selectas; descubrimientos recientes hechos en los pueblos civilizados; observaciones meteorológicas del país; sobre su constitución física, en relación con la salud pública; y un sumario de los adelantos de la provincia. Este era como ya vimos, el programa de la "Abeja". Veamos ahora cómo se distribuyeron los miembros de la Sociedad, la tarea de su redacción y cómo la desempeñaron. Todos los miembros de la Sociedad, tenían obligación de escribir "memorias" o artículos, sobre las materias del programa de la Revista, los cuales, después de leídos y aprobados por la mayoría del cuerpo, pasaban por conducto del Presidente a los redactores especiales, que eran tres, para que los utilizaran como materiales. Según las actas que tenemos a la vista, fueron presentados y leídos ante la Sociedad muchos trabajos interesantes; pero juzgando por el título y la materia de ellos, no todos fueron publicados en la "Abeja" o aparecieron con modificaciones en el título y en el cuerpo de la redacción. Estas mismas actas nos han dado a conocer

el nombre de algunos de los autores de los artículos anónimos de la "Abeja".

"El Prospecto" con que se abre su primer número, fué escrito por el doctor don Julián S. Agüero, presidente de la Sociedad. En las cuatro páginas que abraza el prospecto, se especializan los objetos de la publicación y los fines generales a que ella se encamina. "La Abeja argentina", se ocupará con preferencia, dice el señor Agüero, de cuanto tenga relación con la independencia de América. No se trata ahora de esforzar los fundamentos que nos decidieron a sustraernos de un pupilaje ignominioso y degradante. El mundo imparcial nos ha hecho ya justicia, y los sucesos han decidido la cuestión irrevocablemente. Sí; podemos lisonjearnos que es ya concluida la guerra de la independencia; este es el fruto de nuestros heroicos esfuerzos; con nadie hemos partido las glorias de este triunfo. Entretanto, es importante que la América se convenza, que aun le resta que andar lo más escabroso de la carrera que tan gloriosamente ha emprendido. *Nada habremos hecho con conquistar a tanto costo nuestra existencia, sino sabemos establecerla con solidez.* Este es el principal objeto a que se contraerán nuestros trabajos. Convencidos que los gobiernos mejor intencionados caminan muy lentamente en este punto, cuando no están los pueblos suficientemente ilustrados, nos proponemos generalizar por medio de este periódico aque-

llos conocimientos que han acelerado en otros pueblos su organización social...

"El Prospecto" sigue desarrollando el programa de este periódico conforme a los artículos del reglamento concernientes a él: la industria, la agricultura, el comercio, "manantiales de la riqueza y prosperidad pública";... la medicina misma, no será extraña a los trabajos de la sociedad... La higiene pública merecía también la atención de la Sociedad, pues el programa dice textualmente: "Como la salubridad de nuestro clima ha hecho que se descuiden aquellas precauciones que la necesidad ha obligado a adoptar a otros pueblos, y cuyas ventajas tiene bastantemente acreditada la experiencia, no omitiremos recordar a nuestros magistrados cuán arriesgada es esta confianza, que más de una vez ha causado males irreparables, y desolado reinos enteros".

La ciencia de aquellos días remotos era ya previsor y casi profética, y causa verdadero dolor el ver malogrados por las perturbaciones políticas primero, y el despotismo ignorante más tarde, aquellas indicaciones sensatas que nos hubieran ahorrado los males irreparables de epidemias recientes.

Los redactores de la Abeja, eran los señores don Vicente López, don Valentín Gómez y don Manuel Moreno. De la pluma de este último, es el artículo con que después del "Prospecto", comienza el número 1º de la "Abeja" y termina en

el 3º, bajo el título de "Vista político-económica de la provincia de Buenos Aires". Toca en él el ilustrado autor, la historia, la posición geográfica, el clima; la industria, el comercio de la misma, sembrando la variedad de estos tópicos con observaciones y doctrinas suyas cuya importancia palpita todavía en nuestra sociedad. Después de describir nuestro territorio que por el sur; dice, llega hasta el paralelo 52 de latitud, con rasgos rápidos pero acertados, entra en las siguientes consideraciones económicas que no podemos menos que transcribir:

*"Creced y multiplicad* dice al hombre, muy particularmente en estos campos, el brazo bondadoso que lo ha criado. Allí le ha destinado su morada, y le ha puesto a la mano y bajo sus pies, inmensos manantiales de independencia y de riqueza, de que puede hacerse amo absoluto, sin más que determinarse a gozarlos. En otras partes apenas puede soportar el suelo al que incesantemente lo cultiva; y cuando crece una familia, tiene que abandonar aquel terreno que ha regado con sus sudores desde niño, para ir a tierras extranjeras, y muchas veces al otro lado de la mar, buscando subsistencia para sus años avanzados. Aun en casi toda la América del Norte, los del campo sólo pueden trabajar una tercera parte del año, para vivir en los ocho meses restantes de los frutos que han recogido en aquel tiempo...

*"Conseguida la independencia... resta aun asen-*

tar la cuestión más interesante que puede presentarse a un pueblo: ¿cuál será el curso que dará a sus capitales y a su industria? Esto es, si la atención de los habitantes y la política del gobierno debe dirigirse al comercio o a la agricultura. Tomamos la voz agricultura en un sentido extenso, significando todo género de ocupación de campo.

“Muy pocas veces se ha presentado a los políticos del mundo la oportunidad de discutir esta gran materia, porque pocos son los ejemplos de una nación, que se junta tranquilamente a examinar sus destinos y que goza de toda libertad para fijarlos. Acaso no ha ocurrido en los siglos recientes, o desde que tenemos historia, más que un caso de esa naturaleza, y este es el de los Estados Unidos. Ellos están sufriendo de haberse dejado deslumbrar del brillo seductor y falso del comercio, dándole una preferencia indebida; y ojalá este ejemplo no se aparte jamás de nuestra vista.

“Es verdad que los americanos del Norte no han descuidado la agricultura; pero si han sido omisos en las demás ocupaciones de la industria, se han presentado y se presentan al mundo más con el carácter de negociantes que otra cosa. Muchos de sus mejores hombres se engañaron, y confiesan ya que engañaron con esas máximas falaces que esparce por miles de bocas el comercio. Con dolor vemos que han penetrado hasta nosotros; y que el tal cual impulso que se ha dado en época anterior a la industria pública, se ha inclinado

fatalmente a crear ese espíritu de tráfico y de especulación, que no produce sino un aparato de riqueza, una verdadera inmoralidad, el fraude y la ociosidad encubierta..."

El autor de este notable escrito se ocupa en él de examinar todas las fuentes de prosperidad que encierra el país y de los medios de acercar al mercado de Buenos Aires los productos del Pacífico. Siguiendo una indicación de Humboldt, discute la posibilidad de unir los dos océanos por la latitud de la bahía de San Julián en la costa patagónica; y con este motivo, hace la historia de las exploraciones y ocupación de aquellas regiones, cuyo interés han despertado actualmente las diferencias sobre límites entre las dos repúblicas separadas por los Andes.

El mismo Dr. Moreno, fué constante en comunicar mensualmente observaciones meteorológicas con un resumen de términos medios al terminar el año 1822. Este resumen aparece acompañado de consideraciones sobre el clima del Río de la Plata, comenzando por la determinación geográfica de Buenos Aires, según las mejores observaciones. Una memoria, reimpressa varias veces y citada frecuentemente por escritores nacionales y extranjeros, sobre el fierro meteórico del Chaco, también es el fruto de la laboriosidad del doctor Moreno.

Don Cosme Argerich y don Juan Antonio Fernández, médicos ambos, se mancomunaron para contribuir a la redacción de la "Abeja", y publi-

caron en ella importantes artículos sobre el origen y estado actual de la ciencia que profesaban, en Buenos Aires, sobre cementerios, sobre enfermedades reinantes, etc.

El señor López, cuyos conocimientos eran tan generales, comenzó a colaborar en la "Abeja" desde el número segundo de él, con el artículo que lleva por título: "Historia de nuestra frontera interior". Según su autor "este es uno de los asuntos más importantes que pueden ofrecerse en el día a la consideración de Buenos Aires".

Con el título de "Bancos", publicó don Ignacio Núñez, algunas consideraciones sobre el estatuto del de la provincia, sancionado por la junta de sus accionistas en 2 de febrero de 1822.

El señor don Esteban Luca, fué uno de los miembros más activos de la Sociedad literaria, y de la redacción de la "Abeja", muestra en ella aptitudes bien diversas de las que se le conocen como poeta, autor de bellas y patrióticas composiciones. De él es el artículo "Economía rural" que se registra en el número 8 del tomo 1º, así como del canto a Buenos Aires del número 1º, tan notable por el giro original de las ideas y por la novedad de los asuntos en que el poeta se inspira.

El doctor Sáenz, primer Rector de nuestra universidad y profesor en ella de derecho natural y de gentes, publicó en la "Abeja", algunas de sus lecciones sobre esta materia, y uno que otro artícu-

lo de poca extensión sobre materias de filosofía moral.

Del señor don Santiago Wilde, es el artículo sobre telégrafos, acompañado de una lámina grabada en cobre, etc., etc.

Al doctor don Valentín Gómez deben atribuirse muchos de los artículos que llevan por título "Política", y particularmente aquellos que se refieren a la seguida por los portugueses y brasileños en el Río de la Plata. El señor Gómez estaba en vísperas de partir para Río Janeiro en misión diplomática para negociar la devolución pacífica de la provincia Oriental, cuando enviando a la redacción de la "Abeja", uno de los artículos aludidos, decía confidencialmente: "Ustedes, han dado en que yo sea escritor, y yo estaba contento hasta aquí con expedirme con alguna facilidad hablando... Van esos borrones. Si consideran que pueden servir para la "Abeja", dénles lugar en el art. de "Política" y sino echarlos a un lado"...

Las ciencias propiamente dichas, particularmente las física-matemáticas, tuvieron en la "Abeja" una parte muy principal. La Sociedad literaria dió origen a otras especiales, y entre ellas a la de las ciencias mencionadas, Sociedad de que fueron miembros los señores López y Senillosa que lo eran también de la literaria. Por conducto de ambos señores, se incorporaban naturalmente los trabajos de la Sociedad físico-matemática, a los que expresamente se hacían para la "Abeja", con mucha ven-

taja de este periódico. El examen de un texto de matemáticas hecho especialmente por don Avelino Díaz, rico en doctrina crítica: los discursos sobre las "Ciencias", de López y Senillosa, mostrando las relaciones que existen entre las física-matemáticas y los "trabajos públicos y las artes bellas y mecánicas", son producciones que se leen hoy mismo con el mayor agrado, y despiertan la simpatía hacia aquellos desinteresados obreros del porvenir, que es en la actualidad de nuestro presente. Quien esté al cabo de cómo se han operado nuestro lento progreso, y cómo las ideas sobre instrucción pública y sobre cultura intelectual, han ido fecundándose y tomando cuerpo, ese no podrá negar que los miembros de la sociedad literaria, sembraron la simiente que hoy cosechamos, y son los verdaderos impulsores de nuestros adelantos. Entre ellos estaba el creador de la Estadística; estaba el fundador de la Universidad; estaba el fundador de la Cátedra de química experimental; estaba el que redujo la enseñanza de las matemáticas elementales a un sistema racional y lógico... En una palabra, estaban asociados allí, si no todos los hombres de luces con que contaba Buenos Aires, al menos los más notables, los que hasta allí habían dado pruebas de la generalidad de sus aptitudes, de amor al estudio, y de facilidad para expresarse por escrito. Y no sólo se señalaban por este lado, sino por el buen concepto de que gozaban como ciudadanos, de vida honesta, de hábitos sencillos, de

patriotismo probado. Todos habían militado en la revolución, arrostrando en ella serios compromisos; y aunque mezclados en la lucha ardiente de la política intestina, habían sabido sofocar sus resentimientos y afectos individuales para entregarse unidos por los vínculos del amor a la patria y a la ciencia, al bien del país que acababa de ser sacudido hasta en sus cimientos por las tormentas del año XX, cuyos males parecían irreparables.

Para honra nuestra, y particularmente de la provincia de Buenos Aires, los medios de reparación fueron eficaces, porque fueron morales, dirigidos a las fuentes del mal social, que no suelen ser otras que la ignorancia y la dirección extraviada que toma la actividad de los individuos en determinados momentos de la vida de un pueblo. Uno de esos medios, fué el empleado por la "Sociedad literaria", levantando de la postración estéril en que se encontraba, la prensa periódica; llama de anarquía, que se convirtió en luz vivificante de gérmenes sanos en las columnas ilustradas y bien inspiradas del "Argos" y de la "Abeja".

Llamaron estos periódicos la atención pública hacia los verdaderos intereses del país; recordaron y pusieron de manifiesto los preciosos mineros de riqueza que la naturaleza había derramado sobre la superficie y en las entrañas del suelo argentino y los medios de explotarlos. Alentaron al trabajo con la perspectiva de la riqueza que las industrias, más que el tráfico mercantil, proporcionan al ciu-

dadano de un país bien dotado en su constitución física. Y por último, acreditaron las ciencias que conducen al mejor empleo de las fuerzas, y al mejor conocimiento de las materias que las industrias aprovechan.

Pero la Sociedad literaria no se redujo a esto sólo; quiso ser más práctica aún, e interesó en el sentido de sus intenciones, a todos los pensadores anónimos que pudieran esconderse hasta el fondo mismo de nuestra campaña. A este fin llamó a todos los hombres de reflexión y de buena voluntad, para que respondiesen a las siguientes preguntas de un vasto y meditado programa:

1º ¿Cuáles son los medios prácticos de promover la población de nuestro país?

2º ¿Cuáles son las causas que detienen los progresos de la agricultura en la provincia de Buenos Aires y cuáles los medios de removerlas?

La Sociedad redactó un reglamento sobre el modo cómo debían ser juzgadas las memorias que contuvieren la solución de estas cuestiones. Aquellas memorias, que a juicio de la mayoría de la Sociedad, resolvieran más acertadamente los problemas propuestos, serían premiadas con magníficas medallas de oro, y para dar mayor solemnidad al acto de la adjudicación del premio, se señalaron los días 9 de Julio y 25 de Mayo, haciendo así que las fiestas patrias no se redujesen únicamente a regocijos materiales, sino que concurriesen a par de

éstos, los placeres del espíritu aplicado a fines benéficos.

Para fijar el programa de las memorias, la Sociedad tuvo varias sesiones, en que se discutió, cuáles serían los tópicos más convenientes para anunciarlos como tesis. En estas sesiones, se derramó mucha luz sobre las necesidades sociales que se sentían por entonces; pero al través del laconismo de las actas y de su precipitada redacción, no nos es dado traslucir sino apenas, las intenciones y miras generales de algunos de los miembros de la Sociedad, y nos sería imposible ser exactos si quisiéramos entrar en pormenores sobre esta laboriosa faz de los trabajos de la Sociedad literaria.

## V

GRACIAS a estos esfuerzos por la mejora de la Provincia, y a la habilidad y honradez de los miembros de la Legislatura y del Ejecutivo, la sociabilidad bonaerense adquiriría vida y movimiento, y las exigencias de una administración reparadora, reclamaba los talentos probados para ponerlos al frente de las nuevas instituciones que se creaban diariamente.

Gómez y Luca se alejaron para desempeñar una misión diplomática. López y Senillosa eran llamados para fundar la oficina que garantizase por medio de los procedimientos científicos, las propiedades

rurales tan descuidadas hasta entonces. A Moreno se le confiaba la custodia y enriquecimiento de la biblioteca pública, salida como pensamiento luminoso de la mente progresista de su ilustre hermano, al mismo tiempo que regentaba la cátedra de química en la universidad naciente. Wilde regularizaba la contabilidad pública. Núñez aceptaba el encargo oficial de traducir del inglés el primer texto seguido en nuestras aulas para la enseñanza de la economía política. El señor Madero desempeñaba un puesto importante en el Banco de Buenos Aires; al doctor Sáenz le reclamaban las tareas de Rector, y don Julián Segundo de Agüero, comenzaba a absorberse en la política.

Estas tareas obligatorias y recompensadas, eran completamente incompatibles con toda otra ocupación para las personas que componían la "Sociedad literaria", cuyas atenciones se habían dilatado en extremo. Por esta razón comenzó la Asociación a resentirse de poca asiduidad en sus trabajos, y a decaer, a pesar de los esfuerzos que aun hacía ella misma por mantenerse en pie con la vitalidad de antes.

En la sesión del 24 de Abril de 1823, expuso el Vicepresidente que el objeto principal de aquella reunión, era tratar sobre los medios de hacer que la Sociedad continuase en sus trabajos, de un modo más efectivo que el que se notaba ese año. "A la fecha, dijo, no se ha publicado el número de la "Abeja", perteneciente al mes corriente, y no

hay esperanza de que aparezca a tiempo". El socio 5º, señor Núñez, propuso entonces, que "pegiando el crédito de la Sociedad, por la poca actividad que en ella se notaba", creía conveniente provocar una reunión de todos los asociados, para deliberar sobre la materia, y disolver la sociedad o modificar su reglamento de modo que fuesen menos pesadas las tareas extraordinarias y gratuitas de los señores socios. La reunión tuvo lugar efectivamente, en 29 de abril; pero a pesar de haber convenido los asistentes en que se variasen las bases orgánicas del cuerpo, en los términos indicados por el señor Núñez, sin embargo, la Sociedad decayó desde entonces, y no dió síntoma de vida hasta el 26 de junio de 1824, día en que se reunen los socios fundadores, y extienden una acta declarando, que habían determinado separarse de la Sociedad a que pertenecían, por no poder continuar los trabajos interrumpidos en razón de sus ocupaciones obligatorias.

El acta de esta sesión, redactada por el señor Núñez como secretario, es una verdadera disposición testamentaria, pues en ella se provee al modo como han de distribuir y conservarse los objetos y archivos de la Sociedad. Este precioso depósito fué confiado a la biblioteca pública, de donde ha desaparecido en la época en que ese establecimiento estuvo confiado a personas ignorantes e indolentes.

## EL HOMBRE HORMIGA

(ARTICULO SOBRE COSTUMBRES DE  
BUENOS AIRES EN 1838).

...Chez lui tout se résumait en calcul; ses actions n'étaient que des chiffres, et sa conduite un total.

*Jules A. David.*

NO es fábula lo que vamos a escribir, aunque lo parezca a primera vista por el título: el hombre hormiga, no quiere decir tanto como el hombre y la hormiga, sino un viviente que tiene los hábitos y el instinto de aquel pequeñísimo insecto. La parábola y el apólogo están desacreditados; los poetas suelen todavía hacer sonetos, pero no fábulas. La verdad envuelta en alegorías ha cedido el paso a la verdad engastada a fuego y martillo en punzantes ironías: las telas que envuelven el corazón se han encallecido, y el escritor de hoy al tomar la pluma debe exclamar como ciertos guerreros: ¡hierro, despiértate! ¿Y nada menos que hierro será preciso pa-

ra matar al hombre hormiga? ¿No bastará un borrón de tinta? Lo veremos.

Colóquese un curioso en alguna altura de las calles más concurridas: en donde haya almacenes, tiendas de ropa hecha, alguna iglesia inmediata, el despacho de algún cambista, y vinos y comestibles en cada puerta: desde allí sentirá el *hervir vividor* de las gentes que van y vienen: niños, mujeres, hombres, viejos y mozos; unos corren, otros vuelan, pocos andan despacio; se miran, se saludan, conversan entre sí, todo es movimiento y bulla: cuidado con la rueda, apártate del caballo, mira esa reja, dicen las madres a sus chicos distraídos con las confiterías. Dispense usted que le he pisado, dice un corredor que va como D. Cleofas en alas del cojuelo. ¡Zapallos!... ¡pepinos!... ¡para las benditas ánimas!... ¿A cómo la docena? B. a V. la mano, etc., etc. ¡Tal es la vocinglería que se escucha! voces escapadas de las mil bocas de aquel monstruo que se agita y revuelve en las veredas. Tenga paciencia el curioso: colocado en dicha altura ¿no le parecen los ciudadanos yentes y vinientes, hormigas que van y vienen al granero? Ni más ni menos: unos y otras negros a la distancia: unos y otros cargados en la cabeza, con comestibles o con buenos o malos pensamientos; unos y otras devastan, unos y otras no se contentan con lo necesario: ellas guardan para el invierno, ellos amontonan para la vejez, que es el invierno de la vida.

Hormiga de este hormiguero es el hombre hor-

miga, personaje de dimensiones mezquinas, cuyas facciones son rasguños que con dificultad acierta a copiar el pincel. ¡Quién tuviera el don de observar y la elocuencia de Buffon para describir a nuestro héroe!

El hombre hormiga, muestra desde pequeñito lo que ha de ser cuando maduro: bien puede acariciarle la madre, ponerle miedo la nodriza, no ha de callar si no le dan dinero: tiene una *alcancía*, y en ella guarda los reales que le da su padrino los domingos, o recoge en el atrio de los templos en algún bautismo rumboso: en este punto está medio en quiebra el hombre hormiga desde que la autoridad ha puesto orden en este abuso que amagaba la tranquilidad del Estado. Entra a la escuela, y allí se distingue por su espíritu mercantil: nadie le engaña en los cambalaches: sus vales, que son muchos porque es sosegado y humildito, los convierte en papel moneda, vendiéndoselos a los hijos de rico a quienes siempre sigue y acompaña; porque el hombre hormiga es hombre azogue en el perseguir la plata. En fin el maestro no saca de él ni un buen gramático ni un mediano pendolista; pero en esto de la Aritmética, se pierde en las nubes, es un portento.

Desde muy tierno, el hombre hormiga es dado a los oficios menudos y hace con rara habilidad pandorgas y muñecos de naipes usados: en el vidrio de su ventana instala el tendejón, y es gusto verlo cómo juega los hilos de sus títeres para tentar a los

muchachos transeuntes. Estos se juntan y amontonan como nosotros a leer un aviso en una esquina: los muchachos calaveras, aquellos de que algo bueno puede esperarse, compran los muñecos y pandorgas del hombre hormiga, porque pagarán un ojo de la cara por tener algo más que romper. El hombre hormiga entierra el producto en la alcancía, y hace su agosto como médicos y abogados con los caprichos del prójimo. Por supuesto, que nuestro hombre no aprende un oficio, porque es mengua ser menestral. ¿Cómo ha de manejar el torno o la lima, él, que es tan delicadito, tan endeble? Tampoco estudia, porque no tiene vocación, ni le gustan los libros, los cuales por otra parte no se dan de bálde. El padrino y la madre le repiten a menudo: *fortuna te dé Dios hijo, que el saber de poco vale*; que como la fortuna es ciega tropieza más veces con los cuitados que con los hombres de pro. El hombre hormiga (en su infancia se entiende), es aficionado a ayudar a misa, y es íntimo de todo sacristán porque estos dan gratis recortes de hostias, madruga para tomar velas en las procesiones por la cerita que gotea. Y en día de función, ustedes le verán pedir limosna para algún santo. ¡Qué placer para el hombre hormiga cuando saltan los 5 décimos de algún devoto sobre la metálica superficie del platillo! Le bailan los ojitos. ¡Ah si él pudiera poner allí su alcancía!

Este es poco más o menos el niño hormiga: des-  
embaracémosle de la mantilla, para verlo de frac

ejerciendo su noble oficio en más extenso campo.

Para el hombre hormiga no hay invierno; se levanta con el sol, y a la changa. Recorre los almacenes y las tiendas y mercerías: pide muestras, los últimos precios, y empieza su peregrinación. ¿Necesita usted guantes? El se los proporcionará baratos y buenos de los que vende su conocido; en esta venta ganará medio peso. ¿Se le han concluido a Vd. los habanos? El sabe donde los hay superiores: con esta especulación fuma gratis una semana. ¿Se le murió a usted un pariente? El se encargará de hacer imprimir las esquelas; de pagar las misas; de comprar mortaja; si usted es generoso le pagará la comisión, sino ya él ha ganado en las compras un real por peso. A las 3 de la tarde se retira nuestro hormiga, cargado de algunas provisiones de boca, en poca cantidad pero buenas; él es parco y medido en todo; pero su paladar es excelente. El hombre hormiga no tiene opinión política, ni sigue más bandera que la del remate. Donde quiera que Gowland levanta su pendón; donde quiera que Arriola alza el martillo, allí está nuestro hombre; porque el remate es su morada favorita; es tanto, que sueña con las pujas; obsérvele usted distraído por la calle y le verá alzar un dedo, mover la cabeza, como diciendo, un real más, dos, dos y medio. Si hubiera nobles entre nosotros, un noble hormiga debiera tener este lema en el escudo de sus armas: *comprar a real, vender a peso*. Pero si este mote no está en su escudo, está como clavado en

su memoria. Volvamos al remate. ¡Qué paciencia la del pobrecito! Ni la de un abogado consultado por mujer pleitista! Las horas pasa arrimado a algún mueble de los que se rematan hasta que llegue su vez; su vez es cuando sale la menudencia. Dice el rematador: esta mesa mal ajustada que le falta un pie... este espejillo sin azogue este paño apollado, ¿¿qué valen? ¿No hay quien de algo? Entonces la hormiguita abre el ojo, se empina, levanta el pulgar como si fuera a persignarse, y entabla su diálogo con el rematador; diálogo mudo, cabalístico y que sólo por su resultado se conoce, como en las conferencias diplomáticas. Los chismes que remató hoy, mañana están ya en otro remate, a donde (por supuesto), va el hombre hormiga a pujarlos personalmente para venderlos en mejor precio.

El Hombre hormiga no tiene amigos; su amigo es el peso; sus enemigos son sus semejantes, los otros hombres hormigas. El hombre hormiga no tiene conciencia, ni moral, ni patriotismo; hipocresía, sí. Apenas habrá otro ser más inútil y perjudicial a la sociedad, si se exceptúa al pulpero genovés.

## EL CAPITAN DE PATRICIOS

Ven, que quiero llevarte  
A las llanas y fértiles orillas  
Del Paraná famoso;  
Allí, donde se explaya voluptuoso  
En la alfombra sutil de las gramillas;  
Donde yo fui feliz, donde he dejado,  
En mil cortezas vírgenes grabado  
El dulce nombre de mi amor primero,  
Y la pisada leve  
De mi tostado potro parejero,  
Sobre la arena que el pampero mueve.

G.

Mientras vivió, desconocióla el mundo;  
Yo que la conocí, quedé a llorarla.

PETRARCA.

A la primera luz de un día de verano de 1811, atravesaba, saludado por el centinela del *piquete*, el abierto espacio de terreno que hoy se llama *Plaza de 25 de Mayo*, un jinete joven condecorado con las insignias de capitán de *Patricios*. Montaba

un caballo oscuro *criollo* de los *Montes Grandes*, circunstancia que nos ahorra el pintarle tal cual era, grande, descarnado, largo de cuello, delgado de manos, generoso y ligerísimo en la carrera.

Era el jinete un gallardo porteño, algo moreno de rostro, y de tan expresiva fisonomía, que aun cuando cerraba los labios, hablaba con elocuencia irresistible a los corazones por medio de dos ojos renegridos como la noche. Caminaba al tranco de su montura; y en el instante en que bajaba la barranca por las inmediaciones de dos colosales ombúes, más hacia el Norte del antiguo muelle de piedra, por su actitud melancólica y por el descuido con que dejaba descansar las bridas sobre las crines de su *Oscuro*, con nadie habría podido comparársele con mayor exactitud que con el *Hipólito* de Racine, cuando condenado a la muerte por el Destino salía gobernando sus corceles por las puertas de la ciudad de Tresaena.

Levantábase el sol sobre las aguas del Plata cortejado por densas nubes azules, cargadas de la humedad de la noche, como tributo a la ardiente voracidad del soberano del espacio. Algunas cabellebras, a manera de incrustaciones de ébano sobre la superficie de nácar, sobrenadaban voluptuosas al capricho de las olas y descubrían la afición al baño matutino y al aire libre, de las hermosas jóvenes, cuyos leves vestidos blanqueaban sobre el verde del *bajo*.

Pues bien, ni el espectáculo siempre nuevo del

nacimiento del sol, ni el hallazgo de aquellas Ninfas que eran de realidad y de sonrosadas carnes, no fantásticas como las de los antiguos poetas, fueron bastantes poderosos para hacer que el capitán volviese la vista a su derecha para mirar, arriba, el astro de nuestro escudo de armas, abajo, una porción casi desnuda del mejor tesoro que entre sus opulencias naturales cuenta Buenos Aires. ¡Tan grande era la preocupación de su ánimo!

Veamos, consultando los antecedentes, cuál pudiera ser la causa de aquella absorción mental dentro de sí mismo, de aquella indiferencia por los objetos exteriores más atractivos, que padecía en aquel momento el simpático jinete del caballo oscuro.

A la edad de veinticinco años largos, que era lo que contaba aquel joven, había experimentado ya, dos de las más nobles emociones que pueden avasallar el alma humana. Discípulo de Fernández en el Colegio de San Carlos y asiduo concurrente a la Celda del Platón del claustro porteño, Fray Cayetano Rodríguez, había tenido la fortuna de saborear en los idiomas más hermosos las creaciones de Virgilio y las de los líricos y dramáticos castellanos de los buenos tiempos del reinado de los Felipes. Habíanle entrado en el corazón entre torrentes de armonía, los conceptos más elevados, la pintura de los afectos más puros, las aspiraciones más generosas, los sueños más poéticos, los más hermosos consejos de abnegación y de desdén por las ruidosas pequeñeces del mundo, en fin, el mar

entero de grandes e ideales cosas que abrazan y divinizan las musas: había contemplado lo bello.

Por otra parte, sorprendido por las invasiones inglesas en edad ya de manejar las armas, había sido de los primeros en alistarse bajo la bandera de Saavedra en el Regimiento de *Patricios*, al lado de muchos de sus condiscípulos y amigos. De los primeros en las fatigas, de los primeros en el peligro, se señaló en toda ocasión por su disciplina y bravura; pero especialmente en las calles de Buenos Aires, saliendo a recibir, y arrojado y destemido la marcha de frente que trajeron hasta Santo Domingo las tropas aguerridas de Whiteloke.

Su corazón había latido a los nombres de patria y de honor; el silbido de las balas había acrisolado su carácter varonil, y con estas cualidades se presentaba entre los campeones de los nuevos tiempos abiertos por la revolución de Mayo.

Aquella mente y aquel corazón tan colmados, se ahogaban sin embargo, en un inmenso vacío. La gloria, los libros, la perspectiva de los grandes sucesos que se acercaban para ennoblecer nuestra historia, las emociones de los peligros en la lucha que comenzaba, nada de esto era bastante para dar firmeza a la vaga inquietud que atormentaba el alma del capitán, devorada por una melancolía profunda. Un ambicioso deseo le llevaba hacia horizontes sin término, a que nunca tocaba y que le huían como esos lagos fantásticos que las combinaciones de la luz fingen en nuestras llanuras, allí donde la ari-

dez del terreno es grande. Suspiraba por abrazar una impalpable nube que se deshacía en sus ojos como una neblina, tan pronto como su imaginación la dotaba de una forma y de un nombre propio.

Andaba su alma constantemente en busca de un pedazo de ella misma, desprendido sin duda, contra su voluntad, en algún ensueño de una noche luminosa de Estío; y su existencia aparentemente embellecida con todos los halagos de la juventud, del talento y de la buena fama, no era en la realidad sino un martirio causado por invisibles verdugos.

Sonaba la campana de la torre de la Recoleta, llamando a coro a los moradores de sus silenciosos claustros, cuando, inclinando hacia adelante su airoso cuerpo el capitán, hizo crujir los *bastos* de su apero y tomar el gran galope a su caballo por cima la verdura silvestre y húmeda de la margen del río. El brioso animal devolvía ardiente por sus anchas narices las auras perfumadas, y moviendo las coscojas del freno, entonaba, a su modo, el himno de orgullo que el caballo de todo valiente dedica a su señor en agradecimiento a la parte que le concede en la victoria. Antes era llevado por su instinto que por la dirección de la rienda; pero como en aquella misma hora había recorrido repetidas veces el mismo camino, conocía los senderos más llanos y salvaba con hábiles rodeos los pantanos y arroyos formados por la marea. Sin embargo en esta ocasión faltóle a pocas leguas el instinto y tu-

vo que detenerse de pronto ante un cercado tupido, formando de ramosos árboles de membrillo y espinosos rosales cargados de las flores que no tienen igual en fragancia.

El distraído jinete volvió en sí delante de aquel obstáculo repentino a su desesperada carrera, y examinando con una mirada el sitio y sus alrededores, descubrió la puerta de una habitación desde la cual le saludaba un anciano de rostro apacible y de cuerpo vigoroso, haciéndole señas que le invitaban a aceptar la hospitalidad de aquel vasto techo sombreado por un ombú secular y por un bosque en que se mezclaban los naranjos, los sauces llorones, las palmeras y las variadas especies de los afamados duraznos de las islas.

El capitán contestó cortesmente a las demostraciones del anciano, y bajando del caballo que condujo de la rienda hasta el umbral, estrechó la mano del dueño de casa, y ambos se sentaron en seguida en el extenso tronco del ombú, capaz y agradable canapé para un coro entero de bien nutridos canónigos.

Un negrillo muchacho se presentó casi al mismo tiempo trayendo la dulce y fragante preparación de yerba paraguaya, contenida en un poro renegrido, rodeado de una ancha salvilla de plata, como era de usanza entre la gente rica de aquellos tiempos. La comunidad del uso de la bombilla estableció su acostumbrada familiaridad entre aquellas dos personas que se veían por primera vez; y anudaron una

sabrosa y cordial conversación sobre la fertilidad de aquellos terrenos, y sobre las noticias más recientes que corrían en la ciudad.

—Feliz usted, decíale el anciano, que ha de llegar a ver el desenlace de la lucha en que nos hemos comprometido con la España; y más feliz todavía si participa de los peligros que ya desafían nuestros valientes paisanos en el interior. ¡El cielo los proteja! En este mismo lugar en que estamos, he dado mi último adiós a Chiclana cuando pasaba al frente de algunas compañías de Patricios ahora pocos meses. ¡Qué hombre tan ardiente y tan lleno de fe! “El pueblo argentino, me dijo al levantarse y tomando ya su caballo de la brida, mostrará que todo es grande y nunca visto en el nuevo mundo, que sus hijos más que hombres son héroes, y que saben apreciar la libertad en su justo valor, pues han de conquistarla a costa de torrentes de sangre: la mía hierve por derramarse en aras de la patria”. Mi contestación fué darle un abrazo contra el corazón; y al sentir latir el suyo, comprendí que aquel patriota tiene un alma tan grande como prócer es su estatura.

—Le conozco, señor, dijo a su vez el capitán: he militado a sus órdenes; es un valiente lleno de serenidad y austero como un espartano. Le he oído arengar a sus soldados, y pocos como él poseen el don de comunicar el entusiasmo. Ama a su país más que a sí mismo, y deseo vivamente que me destinen mis superiores al ejército para acercarme de

nuevo e imitar a ese hombre recto y rígido como su espada y su pluma.

—Por fortuna, continuó el anciano, él no es el único entre los patriotas que posea esas virtudes. La revolución ha estallado en su madurez, digan lo que quieran los timoratos y nuestros eternos tutores. Tendrá a su servicio tribunos elocuentes, publicistas acertados, y tantos hombres de guerra como varones cuenta la población del Virreinato..

Estas últimas palabras salieron de la boca del anciano al mismo tiempo que por la décima vez entraba en ella la bombilla de un nuevo mate servido por el negrillo, quien dijo a su amo, enseñando su dentadura blanca por entre una sonrisa llena de satisfacción: "ahí viene la niña".

El capitán distraído como de siempre, tenía fijos los ojos en el agua de un estanque en el cual nadaban algunas aves caseras, entre cuyas plumas vió reflejarse de pronto la imagen vaga de una mujer; especie de aparición en sus sueños mentales, que le forzó a ponerse súbitamente en pie como movido por un resorte. Con el sombrero en la mano e inclinado respetuosamente quedó cual estatua delante de la recién llegada, mientras que ésta, contestando ligeramente con la cabeza al saludo del capitán, acariciaba al dueño de casa dándole con tiernas y sencillas fórmulas los buenos días.

El joven distraído, pudo decir que en poco espacio de tiempo había visto nacer dos veces la aurora en aquel día; la del cielo con indiferencia, y és-

ta de la tierra, con toda la atención que una alma impresionada comunica a los sentidos que la sirven. María, a quien el anciano presentó a su huésped como a su hija única y como el ángel de su consuelo, era, sin exageración, una de esas criaturas en quienes la naturaleza se complace en derramar todas las perfecciones, así como ha querido dotar al colibrí con todos los colores del Iris.

Aquel hemistiquio de Virgilio que pudiera traducirse así:

*con sólo caminar muestra que es Diosa,*

cuadrábale a las mil maravillas, y Dios sabe, sí el aventajado discípulo de D. Pedro Fernández, no lo repitió entre dientes tan luego como se levantó del asiento del ombú, fascinado por el reflejo del estanque.

Alta de estatura, armoniosa y digna en los movimientos, sobre un busto superior en bellas proporciones a cuanto idearon los escultores griegos, admirábase una fisonomía compuesta de facciones perfectas, revestidas con un cutis no igualado por la firme suavidad de las frutas ni por el rosa anacorado de las flores. Si el alma se manifiesta en los ojos, la discreción en la boca, y los rasgos principales del carácter de una persona en la forma de su nariz, puede decirse de María que sus afectos debían ser puros y blandos como el pedazo de cielo azul, que dividido en dos, formaba sus pupilas sombreadas por largas hebras de seda negra; que sus labios

no eran capaces de pronunciar sino palabras veraces, sentidas y consoladoras, así como el fruto de la granada no puede destilar sino el zumo grato al paladar que mitiga el ardor de la sangre y nos recuerda la Arabia de los aromas, de la imaginación y del ingenio; que su nariz fina, transparente, bien proporcionada y flexible, al dilatarse y al contraerse, según los movimientos del pecho, era la expresión de una voluntad generosa, y de una constancia digna de la criatura destinada a hacer feliz al esposo y buenos ciudadanos a los hijos.

Como marco de este retrato, hecho con cariño por la naturaleza, que es la maestra de los grandes pintores, circulaban en torno del óvalo geométrico del rostro de María, los caudalosos rizos de su cabello negro y ondeado.

El mejor adorno de una mujer hermosa, es su propia hermosura, desnuda de todo afeite y atavío. María seguía esta máxima de buena toilette; pero por amor a las flores y por refinado aseo, llevaba sobre el ébano de su cabellera varios jazmines recién abiertos, y un vestido blanco, ceñido con una cinta de igual color al de los vivos del uniforme del Capitán.

Esta coincidencia habría hecho de María la *Señora de sus pensamientos*, en un torneo de caballeros antiguos; pero el candor y los hechizos de esta criatura habían avasallado de veras y para siempre el pecho del valiente patricio, abriéndoselo repen-

tinamente a esperanzas y alegrías íntimas que jamás había experimentado.

Por lo común, las primeras impresiones de la pasión amorosa son amargas, y proyectan, como el sol al comenzar su carrera, largas y densas sombras. Pero en el caso presente falló la regla general, y la fisonomía melancólica del capitán se volvió alegre, agolpáronse las palabras a la lengua, y con esa espontaneidad que tanto realza al talento natural y a la elegancia no aprendida, trabó conversación con la maga que había tenido el poder de transformarlo con sólo el abrir y cerrar de sus ojos azules.

—Señorita, la dijo, aquí no puedo considerarme como un extraño, ni lejos de mi puesto. Los colores del vestido de usted son los de mi bandera, y por consiguiente mi honor y mi deber están en este momento bajo su sombra. Me pongo a los pies de usted como el más rendido de sus subalternos.

—Mil gracias, señor capitán, le contestó sonriendo con agrado la castellana de aquel castillo sin almenas: han hecho bien los patriotas en tomar esos colores por símbolo de sus aspiraciones. Comienzan la redención de un sepulcro, y en defecto del signo de los antiguos cruzados, nada es más santo que la imagen del cielo.

—Ahí tiene usted capitán a María, tal cual es, brachillera y patriota bajo la dirección de hermano el clérigo, que se ha propuesto convertirla en el *Eusebio* de Montengon, con faldas, dijo el anciano.

no con un tono equívoco, entre severo y benévolo. Yo soy un estanciero lego, continuó, y también me estoy ilustrando a la vejez, por la fuerza, como aceptaría las viruelas. ¿Creerá usted capitán que en esta casa no se puede dormir la siesta? Media hora después de comer ya tiene usted al tío y a la sobrina, revolviendo libros y leyendo en alta voz los Mártires de Chateaubriand y las poesías de un tal Meléndez, que según ellos son más dulces que los caramelos del Café de Marcos. Mi hija no toma la aguja para nada; si usted le examinara los dedos, hallaría en ellos señales de pluma pero no del hilo de la costura. Amigo, no hay duda que los tiempos han cambiado, y que los tales ingleses, no han dejado no sé qué, que anda en el aire y penetra con él por doquiera.

Al escuchar estas palabras tan características en su padre, soltó María una risa armoniosa como la flauta de un órgano, y sacando de entre los pliegues de su delantal su mano derecha que parecía un ramito de flores del aire, acarició las mejillas del anciano, dándole al mismo tiempo un beso sonoro en la frente. Movi6 en seguida los dedos en el aire, y dirigiéndose al capitán, le dijo: Señor, mi padre es hijo de andaluz y todo lo exajera con su extremada viveza. Aquí está el cuerpo del delito, y me parece que no hay en él nada que se parezca a tinta.

El capitán enajenado y absorto con tanta discreción y gracia, se adelantó, tomó la mano de Ma-

ría, sin darla lugar a que impidiese esta acción, y estampó en ella sus labios con una veneración suprema. El seno de María se levantó visiblemente, como una onda del mar, sonrojósele el rostro hasta la raíz del cabello y miró al joven diciéndole con los ojos: es usted un atrevido... a quien es menester perdonar porque no está en su juicio.

El capitán era demasiado discreto y cortés para no poner término a aquella visita al aire libre, cuyo recuerdo sería en él indeleble y ocupación de todos los momentos de su existencia en adelante. Tomó su sombrero, y alargando la diestra al noble anciano, a quien amaba ya como a un padre, le pidió permiso para retirarse y para tener otra vez la ocasión de visitarle a horas más oportunas.

—Capitán, le contestó el padre de María, el lunes próximo estará aquí mi hermano a quien ha de tener usted gusto en tratar, hágame usted el obsequio de venir ese día a tomar la sopa con nosotros, y celebraremos con una copa de vino añejo mendocino, la amistad que desde luego le ofrezco a usted con llaneza. Hasta el lunes, pues.

El joven patricio recibió las riendas de su caballo, de manos del negrillo cebador de mates, y montando con gracia y soltura sobre su *Oscuro*, hizo un profundo saludo a María, derramando sobre ella tal corriente del imán de sus ojos negros, que quedó como magnetizada sobre el tronco del ombú, en cuyas ramas se posaron al punto dos tórtolas silvestres que comenzaron a arrullar sus amo-

res. María prestó a aquel canto lúgubre y apasionado mayor atención que la que hasta entonces le había concedido, aun cuando las mismas palomas se acariciaban en el umbral de su ventana; y permaneció pensativa por muchos minutos.

El padre al volver, después de asegurada la tranquera por sus propias manos, la dijo: hija mía, ¿qué te ha parecido nuestro huésped?

—Tiene todo el porte de un valiente y de un caballero; pero es preciso dar tiempo al tiempo, antes de decidir sobre si merece o no nuestra amistad. Mi tío dice que a los hombres y a los libros no hay que juzgarlos por el forro; hojaremos el lunes las páginas del capitán, a quien sin duda, la naturaleza ha encuadrado con esmero.

María trataba de disimular a su padre, con estas formas ligeras de lenguaje, la profunda impresión y los sentimientos nuevos producidos en ella por la persona y la conversación del gallardo mancebo.

El *Oscuro* no regresó al pueblo tan dueño de su voluntad como había ido hasta San Isidro. Las impacientes espuelas del capitán se dejaron sentir más abajo de la carona, y el largo cuello del criollo de los Montes-grandes fué más de una vez herido con la lonja de un rebenque manejado por mano poderosa. El jinete quería marchar tan veloz como rápidos eran en su cabeza los pensamientos que la asaltaban. Había clavado con la imaginación la imagen de María en el azul radioso de la parte sur

del horizonte hacia donde marchaba, y nombrándola un millón de veces en alta voz, la alababa, la adoraba con las expresiones más ardientes y los conceptos más poéticos. Todo su ser era como un mar de alegría sobre el cual sobrenadaba su corazón aligerado de su pasada pesadumbre. El porvenir se le presentaba hermo­seado con esos divinos colores que no deshace ningún prisma, que ninguna sombra empaña, y tiñen plácida­mente el alma de los que aman a un mismo tiempo a la patria y a una mujer.

¡María! ¡María! Ángel, lucero de mi nueva alba, ¿quién eres? Dime, ¿quién te guardaba escondida entre susurro de árboles y canto de aves para sanar mis penas? ¿Quién te hizo tan hermosa, pedazo de cielo, garza de lago tranquilo sombreado por sauces que lloran de placer? Sí, tú, eres mía. ¡Ay! de quien se atreviera a disputarme tu dominio. Cruz de mi espada, ¡protégela!... Y tú, mi fiel amigo, mi pobre *Oscuro* bañado de espuma por el cansancio, ¿así te pago mi dicha? Tú conoces el nido de mis amores, el lunes me llevarás de nuevo a él.

Tales eran las letanías de amor que decía el devoto de la virgen de San Isidro, mientras galopaba por la verde alfombra que media entre el agua y las barrancas del magnífico río.

Apenas el capitán sacudió el polvo de sus botas y de su vestido, y evacuó los quehaceres del cuartel, dirigióse al convento de San Francisco, y llamando

a su portería se hizo conducir por un hermano lego, a la celda del padre Rodríguez. El enamorado novel ansiaba por derramar su corazón y consultar su estado. Necesitaba que le escuchara un amigo, y ninguno mejor al efecto que aquél, que nacido con el alma de poeta, prestaba diariamente oído a los secretos de la conciencia en las rejas del confesionario. La celda del santo varón despidió al abrirse un perfume suave, emanado de las frutas maduras colocadas sobre la cornisa de un ancho estante de libros. Todos los muebles de sólida madera sin pulir, brillaban de limpieza, y en las desnudas paredes veíase por único adorno, un cuadro del Salvador, no en la cruz salpicado de sangre, sino envuelto en la túnica de Nazareno con la mano diestra levantada, bendiciendo y aleccionando a las turbas.

El dueño de aquella mansión de paz, levantó su hermosa cabeza, no encanecida aún, de sobre el libro que leía y reconociendo al que llegaba a su puerta, se adelantó hacia él, le abrazó con ternura diciéndole: hijo mío, ¿qué te trae por aquí a estas horas?

—Aquí llego, mi maestro querido, para referir a usted un milagro que se ha obrado en mí.

—¡Un milagro! La providencia puede hacerlos cuando le place; pero la física experimental, mi Capitancito, va disminuyéndolos en número, con lo cual cobra mayor dignidad la creencia cristiana: *Nil admirari...* Te escucho.

El capitán, colocado en un ancho sillón de baqueta ennegrecida por los años y el uso, después de besar la mano del sacerdote, contóle detenidamente, el estado de vaga tristeza en que se hallaba desde muchos meses atrás y la causa del inesperado consuelo que experimentaba desde pocas horas antes.

Hijo mío, dijo el franciscano, después de haber escuchado con atención la relación del joven, te encuentras en una edad peligrosa, y los extravíos de la sensibilidad pueden ser en ti tanto más funestos cuanto que estás dotado de un corazón blando y de una mente feliz y cultivada. Estás en la edad de las violentas pasiones, y estas son flores con espinas que no crecen en los terrenos cansados; buscan, al contrario, los vírgenes y fecundos para ahondar en ellos sus raíces empapadas en jugos venenosos y saludables a la vez. Ellas entran en el alma de rondón y la conmueven y enturbian y la llevan, como una arista el pampero, por todos los campos de la ambición, por todas las sombras bajo las cuales se sueña lo imposible, por entre las nubes de falsos cielos, hasta que, si no las sujeta la razón con la ayuda de la doctrina de Jesús, nos hundan en el abismo del remordimiento, que es la imagen terrestre del infierno de la otra vida. La sabiduría única que no infunde risa, es la que consiste en dar dirección a esas fuerzas que solicitan con tanta violencia nuestra alma, así que se siente señora de sí misma. Sofocarlas del todo es un error y una

contravención de las leyes morales a que estamos sujetos los hombres. Por eso no te diré que las apagues como luces, sino que las temples como a llamas que pueden devorarte. Toma la rienda de tu ambición, por ejemplo, y encamínala a descollar por tus virtudes entre tus compatriotas, por tu amor al deber, por tu abnegación al frente de los enemigos que nos disputan nuestra independencia legítima. Guarda el odio para ejercitarlo contra los perversos sin arrepentimiento, contra los hipócritas, y los avaros estériles de corazón que sólo viven para su egoísmo.

Pero tú, por fortuna, te encuentras ya libre de las garras de esas enemigas de tu felicidad y de tu honra, puesto que han cedido todas a la más poderosa y noble de entre ellas, a la pasión del amor, despertado en tu alma por una mujer que crees digna de ti y capaz de velar por tu nombre. El amor es el sol de los seres creados: para todos es igual y a todos vivifica. *Amoro omnibus idem.*

El corazón sin amor es el corazón de un cadáver. El sacerdote lo transforma en caridad y lo derrama entre los pecadores como el vino y el óleo de la Samaritana. El hombre del mundo, como tú, destina de él la parte más activa para conquistar el afecto de una mujer y para abrigar a su calor los hijuelos frutos de un santo y legítimo matrimonio.

Si María fuese como me la has pintado, digna es sin duda de tu amor. Amala, ámala mucho, a ella

sola, "entre todas las mujeres", en todas las circunstancias, especialmente cuando padezca, y aun cuando (*quod Deus avertat*) una enfermedad inesperada viniese a desmejorar sus hechizos.

Tus facultades sensibles vagaban antes inciertas y como a obscuras en vista de un objeto en que fijarse, y por esa razón traías inquieto y desabrido el espíritu. Ahora ya has encontrado el blanco de tu cariño, y desde que diste con él has recobrado la calma de que por fortuna vuelve de nuevo a disfrutar. He aquí, hijo mío, con cuánta facilidad se explican los misterios y "milagros" de nuestra pobre naturaleza. Estás enamorado, esto es todo. Sé virtuoso, para que el amor no te enseñe nunca el lado negro de sus alas. Haz de María una esposa tan pronto como te sea posible; yo les echaré la bendición y seré de los primeros en acariciar a tus hijos que serán mis nietecitos en espíritu. Que tus amores sean tan puros como la aurora en que han nacido.

Después de escuchar este razonamiento tan lleno de caridad y de filosofía, el capitán estrechó al excelente fraile contra su corazón, bañándole el venerable rostro con dulces lágrimas, y salió de aquel lugar de consuelo más ennoblecido, más valiente y más enamorado.

A pesar del insomnio de aquella noche, cuando a la mañana siguiente se presentó el cautivo de la chacarera al frente de sus soldados, comenzaron unos a otros a preguntarse: ¿qué tendrá nuestro ca-

pitán que parece mejor mozo, más arrogante y cariñoso que otras veces? ¡Brava pregunta! — observó un sargento que pasaba por oráculo en la compañía, — le habrán prometido el grado de mayor, y está dentro de sí celebrando sus pascuas y vislumbrando sus charreteras.

Lo cierto es que el capitán se apartó de sus subordinados dejándoles, más afectos a su persona y más dispuestos a obedecerle. Es que los destellos de la satisfacción interior, son los hilos con que se teje la red de las simpatías, y el capitán estaba satisfecho y se consideraba afortunado. Felicidad es consonante de bondad, y sólo los buenos por excelencia, han merecido en las leyendas de los santos, el título de *cazadores de almas*.

Pero, sin embargo de la expansión que había tomado el ánimo del enamorado de María, era éste de carácter tan selecto, que sentía como rubor en hacer a los extraños testigos de una felicidad que no podía disimular, y parecía sacrilegio y una acción de mal caballero, malgastar su alma en la atmósfera de la sociedad, teniéndola llena de los perfumes de su idolatrada. Encerrado en su casa durante el día, sólo salía a respirar el aire más libre, en las noches, dirigiéndose de preferencia a los pozos de la alameda en donde pasaban para él las horas sin sentir las, contemplando el cielo retratado en el cristal del río, y recorriendo con el pensamiento el camino que conducía a San Isidro. Entregado a sus dulces imaginaciones no se encontraba capaz de

abandonar aquellos lugares, hasta que el reloj del Cabildo sonaba la última campanada de las doce, y las velas de los faroles comenzaban a bostezar en sus mecheros de lata. El resto de las horas hasta la madrugada, también le pertenecían a María. Cuando la luz natural amortiguaba la de la lámpara del enamorado, sus rayos alcanzaban a enjugar la tinta fresca de los precipitados renglones en verso de toda medida, con que el capitán había exhalado su amor, su felicidad y sus esperanzas.

Así se pasaron las noches y los días que mediaron entre la primera y la segunda visita del capitán a la chacra encantada de *la Costa*.

Apenas amaneció el día lunes, cuando ya estuvo en pie el asistente, ocupado en acepillar el uniforme, en bruñir los estribos, y aperar con esmero el caballo oscuro del joven patricio, mientras que éste, apoyado en la reja de un balcón, dirigía, con una que otra palabra, aquellas operaciones que se hacían bajo los corredores del segundo patio de un solar heredado de padres en hijos desde el repartimiento de Garay.

En fin, en hora conveniente abrióse de par en par el portón travieso de la casa, y nuestro gallardo capitán, vestido con mayor esmero que de costumbre, tomó la dirección que ya conocemos. Pasó bajo el arco de la recoba, el centinela del baluarte de la Fortaleza le saludó echando el arma al hombro, y siguió por la margen del río, tratando, en cuanto le era posible, mantener su caballo sobre *el*

verde para evitar el polvo y para no caldear los vasos del oscuro favorito.

El cielo estaba nublado y la mañana fresca y húmeda. Varias mujeres de color, agobiadas bajo el peso de sus bateas de ceibo, rebosando de ropa usada, descendían por las abras de las barrancas, y los patos de laguna se levantaban en bandadas para dejar libre a la espuma del jabón, el lugar que en la noche habían usurpado a los "pozos de las lavanderas". El paisaje, velado por una neblina tenue, daba cierta gracia misteriosa a la forma de los árboles, a las alturas, a los animales, y las aguas se negaban a reflejar, por feas, a las nubes parduzcas que ensuciaban envidiosas la faz del cielo. Pero, ¿qué le importaban al capitán estos pormenores de la naturaleza dignos de la atención de un artista? El paisaje, según lo ha dicho alguien que lo entendía, no está fuera sino dentro de nosotros, y en el interior del jinete del *Oscuro* no había ni cabía otra cosa que la imagen de la hermosa costera.

Pensando constantemenete en ella, llegó aquél a la chacra como a las once de la mañana, anunciándose, antes que con su propia voz, con el relincho sonoro de su caballo, a cuyas narices había llegado el olor de la flor de alfalfa de los potreros vecinos.

Aquella habitación de recreo, estaba situada sobre la barranca, dominando los *bañados* y en el centro de un terreno plantado de árboles y de bosquecillos de flores hasta la misma orilla del ancho corredor, sostenido por maderas labradas del

Paraguay. Este corredor, excelente reparo contra la intemperie, rodeado de bancos de material, circundaba todas las habitaciones techadas con tejas rojizas. Las puertas daban a él y también las ventanas, en cuyas rejas se enmarañaban los mimbres de variadas y floridas enredaderas. Las flores del aire blancas, en cantidad infinita, formando figuras regulares y festones, ocupaban los espacios dejados en las paredes por las puertas y las ventanas y perfumaban el aire con esa fragancia tan exquisita como pasajera que todavía no sabe imitar el arte del destilador ni del perfumista.

A la puerta de la sala que correspondía al mojinete, recibieron al capitán, el padre y la hija que ya le conocían, y un venerable y urbano sacerdote como de 50 años de edad, a quien fué inmediatamente presentado.

Esta vez no se habría atrevido el apasionado de María, como en la primera visita a tomarle la mano y besársela: una reserva sigilosa se había apoderado de él en presencia de aquella criatura a quien tanto amaba y se sentía torpe en la lengua y como abandonado de su ingenio, fértil de costumbre en asuntos de conversación y en rasgos de buena sociedad. Sin embargo, las pocas palabras y saludos que se dirigieron recíprocamente ambos jóvenes, mostraban a las claras cual era el estado de aquellos corazones, y a pesar del embarazo que sentían, para comunicarse ante testigos, se advertía bien que si el *patricio* había pasado sus días pensando en

su amada, la *patriota* no lo había echado en olvido ni por un segundo de tiempo. Aquellas dos almas se entendían, como que ya habían dialogado largamente, por medio de ciertas conocidas corrientes eléctricas, que son desde la era de los Patriarcas, el telégrafo de los que se quieren bien.

—Capitán, usted está en su casa, y en su casa de campo; por consiguiente excuse usted los cumplimientos, — dijo el padre de María tomando el sombrero y el rebenque del recién llegado y colgándolos a una percha destinada para ese objeto. — Aquí ciframos la etiqueta en proporcionar libertad por entero a las personas que nos honran con su visita. Cuando usted se canse de nuestra charla, ahí está una vihuela sobre ese clave, y si no es usted aficionado a la música, como no lo soy yo, tendré mucho gusto en mostrar a usted mis injertos de frutales de Europa, y los árboles exóticos que he hecho venir de Jujuy y de Tucumán: son admirables. Tampoco le interrumpiremos a usted si quiere entregarse a la lectura; a bien que no faltan libros; — y señaló con la mano la puerta abierta de una habitación en cuyo centro se veía una gran mesa de escribir cargada de volúmenes de todo tamaño.

—Mil gracias, señor. Estoy seguro de que ha de parecerme corto el día para gozar de la conversación de ustedes: el aburrimiento no puede presentarse aquí, donde hay tanta luz, tanta verdura y tan exquisita hospitalidad. Creo que el ideal de la vi-

da consiste en cultivar un campo propio, sin abandonar el cultivo de la inteligencia. La nobleza del porvenir ha de tomar por escudo de armas un arado y un libro entrelazados con un gajo de palmas.

—Amigo mío, está usted traduciendo mis sentimientos, — exclamó con viveza el clérigo de la casa — y haciendo al mismo tiempo el más cabal elogio de los buenos resultados de nuestra educación clásica. ¿No es verdad que nada predispone tanto a amar los campos y sus faenas, y la “medianía dorada” del filósofo, como las obras de Virgilio y de Horacio? Y mire usted, María piensa como nosotros dos: su lectura favorita es en fray Luis de León, que como usted sabe, ha imitado con tanto acierto las bucólicas del primero de aquellos poetas.

—Señor capitán, señor Doctor en Cánones, — dijo, tomando su ancho sombrero de paja el dueño principal de la chacra, — ya se han entrado ustedes en un campo que yo no labro; con permiso de ustedes, me ausento por corto tiempo, porque el capataz espera mis órdenes para despachar al pueblo unas carretas con leña: hasta de aquí a un rato.

Entre tanto, María, tenía pendientes los oídos de las palabras del capitán, mientras examinaba con aparente distracción, unos cuadernos de música que acababa de recibir de España. Por su parte, el huésped feliz, no apartaba un momento la vista del cuadro encantador que le presentaba aquella joven, vestida como la primera vez que la vió, de blanco y celeste, reclinada sobre el clave, tarareando en

voz baja la música que recorría y dejando que sus rizos negros jugasen resaltando sobre las blancas páginas de los cuadernos.

Así que ella advirtió una interrupción en el diálogo que sostenían los dos aficionados a las letras latinas, volvióse hacia ellos, y enseñando las perlas de su boca, tímida, pero con despejo, les preguntó con afable sonrisa, si desearían matar el tiempo escuchándola un romance moderno que había estudiado la noche antes. El tío le manifestó su aprobación, con la complacencia de su semblante, y el joven enamorado, con un ademán de rendimiento, en el cual vió claramente María que el capitán no tenía otra voluntad que la de ella.

La cantora no quiso aceptar la silla que éste le ofreció y se mantuvo de pie en el ángulo de la mesa del clave, sobre la cual colocó verticalmente la guitarra, adornada con embutidos de nácar y de ébano, de cuya materia eran también las clavijas en que se apoyaban los dedos más blancos y mejor torneados de este mundo. A los primeros arpegios de la vihuela, un pintado jilguero que trinaba en una jaula de alambres, calló repentinamente, y el capitán sintió húmedos los ojos de entusiasmo y conmovido el corazón hasta en las fibras más ocultas.

María levantó sin afectación sus ojos azules, y en actitud como de escuchar una lección del cielo, cantó el prometido romance, con voz deliciosa, con sentimiento e inteligencia. A pesar de sus esfuer-

zos para no dejar traslucir sus emociones, dió las últimas notas no con la garganta, sino con el corazón, haciéndolas temblar a par de las cuerdas, como trinos de ruiseñor en la media noche. Sus ojos vagos y recogidos entre sus largas pestañas, trataban en vano de disimular las chispas de diamante con que las sensaciones del alma los humedecían, y el color de sus mejillas se había ido poco a poco apagando como el de una rosa que se marchita al calor.

Temblaba el capitán en su asiento, y aparentando enjugar con su pañuelo de cambray la transpiración del rostro, lo empleaba en realidad en recoger las lágrimas que sin poder remediar derramaba copiosamente.

El discreto sacerdote, hombre bondadoso y sensible, estaba también conmovido ante aquel espectáculo interesante, porque sin duda, ninguno lo es tanto como el que presentan dos almas generosas y puras que se encuentran por la primera vez, después de haberse buscado largo tiempo con ansia en sus aspiraciones a la felicidad. Conociendo el embarazo y la turbación de los dos jóvenes, tomó un tono ligero y jovial y exclamó: —¡Bravo! ¡Bravo! Has estado inspirada, María. Pero ¿no es verdad capitán, que nada tiene de propio el argumento de la letra de ese romance, cuya música no deja qué desear? Ese caballero cruzado que va a la guerra de Palestina, llora demasiado la separación de la mujer que ama, siendo así que la gloria y la re-

ligión, que son dos hermosuras eternas, le piden el auxilio de su espada. Podía usted encargarse de corregir esos versos, apropiándolos a las circunstancias; usted es militar y poeta y se desempeñará a nuestra satisfacción. Vamos a dar una vuelta por el jardín, para que nos sentemos a la mesa con el ánimo alegre y con buen apetito.

María, que también deseaba mirar el cielo y las flores, saltó como una mariposa desde el umbral de la sala hasta la arena lisa de una calle formada de rosas de todo el año y de mosquetas blancas, crecidas a la sombra de un parral que techaba aquella calle en toda su extensión de cien varas. La madreSelva, de fuerte y voluptuosa fragancia, enredaba vigorosa sus ramos sensuales a los pilares que sostenían el emparrado, convirtiéndolos en árboles vivaces. Varias de estas calles, como diagonales de un vasto cuadrado lleno de arboleda frutal, iban a juntarse en la circunferencia de un círculo, formado alternativamente de palmas de las islas, y de naranjos y limos poblados de hojas en todas las estaciones. Los penachos de los palmeros, a manera de brazos de gigante, se extendían hasta unirse por encima de las copas redondas de los naranjos, mezclando con agrado de la vista los variados matices que resultan de la combinación del verde subido y del amarillo pálido. Del suelo de este círculo, levantaban sus vástagos y sus cálidos perfumes, las plantas de resedá, de heliotropo, de toronjil y de tomillo, formando una atmósfera cargada de las esen-

cias del Paraíso. Varios bancos de madera apoyados contra los troncos ofrecían descanso a los que paseaban por el jardín.

Cuando el capitán tomó asiento en uno de ellos, estaba materialmente embriagado con las exhalaciones fragantes, y loco de amor. María durante la caminata, había desplegado delante de él todas las actitudes de una gacela suelta en los prados, y al tomar las flores en sus dedos agudos como el marfil de los picos de las aves, habría merecido que se la comparase con el colibrí libando el almíbar de los azahares. La agitación al aire libre y la satisfacción interior daban realce a su hermosura, y ella lo conocía. La luz del campo comunicaba reflejos de ópalo al azul de sus ojos y tornasoles de oro a sus cabellos lustrosos. Había echado de sí completamente la anterior turbación y la timidez, y conversaba alegre y cantaba y reía, mientras sentada entre su tío y el capitán que le sostenían el buen humor, tejía una corona de flores (alrededor de una ramita de laurel), con las cortadas por ella en el paseo, de las cuales trajo colmada la falda y recogida de manera que formaban sus brazos como las dos asas de un canastillo.

—Observe usted, capitán, el gusto artístico con que María casa los colores, — dijo el sacerdote, con cierta complacencia de maestro.

—Rato ha que admiro ese talento; pero esta señorita hace algo más que matizar con gracia los colores; veo que no descuida ni las formas ni el olor,

de manera que sus ramos han de ser tan armoniosos para la vista como simpáticos para el olfato.

—Capitán, — contestó la tejedora de flores, — pensaba no hacer partícipe a nadie de mi cosecha, pues destino esta corona para rodear con ella la jaula de mi jilguero; pero voy a hacerle a usted un ramito en agradecimiento por la lección que acabo de recibir de usted.

—Las flores saben hablar, señorita, y las que usted me ofrece, me recordarán que he pasado hoy el día más feliz de mi vida, — replicó el favorecido, tomando con profundo agradecimiento el ramillete que le presentaba María.

—Será un recuerdo tan efímero como el regalo.

—Será tan duradero como mi existencia, — replicó el capitán, bajando la voz para que sólo llegara a los oídos de María. Esta se sonrojó un tanto, no contestó una palabra, y se dió prisa a cubrir con unos grandes pimpollos de rosa criolla la parte todavía desnuda del gajito circular de laurel. — He concluido la tarea, — dijo algunos minutos después. En seguida, pasando la guirnalda por la cabeza y el brazo izquierdo, y cruzándola sobre el pecho, añadió — señores, en marcha de frente, que debe esperarnos mi padre para que nos sentemos a la mesa.

—Marchemos, mi señora sobrina la Amazona, — le contestó el doctor, colocándose al lado del huésped y marchando jovial a la manera de los sol-

dados. — Capitán, vamos a una batalla sin peligros.

—Yo, señor, — contestó el enamorado, que como tal lo tomaba todo por lo serio, — yo arros-traría los más grandes a las órdenes de nuestra heroína. Comprendo en este momento cómo fué que una gran parte de mis jóvenes compañeros de armas de 1807, pudieron ver entre el humo de la pólvora a la virgen del cielo que les protegía: divinizaron a la mortal que cada uno llevaba en el alma apasionada como un talismán y un consuelo.

—Señor capitán, observó el tío de María; — como poeta le perdono a usted la interpretación del milagro; pero como católico que soy no puedo consentir en él. Me inclino más al "romance de Rivarola", que a la prosa de usted sobre el particular.

María había prestado una gran atención a las palabras llenas de novedad del capitán, y había sentido latir su corazón y moversele con violencia como en dirección hacia aquel joven de quien por momentos se iba apasionando más y más. El tío, advertido de estas impresiones, había tratado de desvanecer aquélla que pudiera hacer trepidar a la sobrina en sus creencias, sin dejar por eso de convenir en el fondo con la sagaz y poética conjetura expresada por el inteligente huésped.

En estas pláticas, y siempre María al frente, con su gracia y su guirnalda convertida en estandarte de amor, llegaron a las habitaciones en el momento en que el dueño de casa, después de despachar las

carretas cuyo chirrido se oía ya distante por el camino de arriba, andaba buscándolos para introducirlos al comedor.

—Mis amigos, les preguntó, — señalándoles la puerta de éste, — ¿qué tal ha estado el paseo? Pero vamos a la mesa y en ella me dirá el capitán con franqueza, qué le parecen mis jardines granadinos.

Tomando el huésped el asiento que le estaba destinado y desdoblando la servilleta, paseó sin curiosidad la vista por el centro de la mesa, y contestó a la pregunta del padre de María colocado frente a él:

—El elogio de los jardines de usted, lo están haciendo ahí, con toda la elocuencia de sus matices y perfumes, las flores que llenan esos grandes vasos. Y tan hermosas son, que no temen la rivalidad de esos frutos agrupados al pie de ellas como proyectiles de guerra. En cuanto a la distribución del terreno, me parece sencilla, así como único en su especie, aquel magnífico cenador central formado con las dos especies de árboles que más se diferencian por la forma. Con razón llama usted “granadinos” a sus huertos, porque esta idea de entrelazar el árbol del desierto al de los azahares, ha debido venir hasta usted entre la sangre andaluza de su familia paterna. Puede ser también sugerida por el más milagroso de los instintos. Usted tenía la conciencia de que merecía ser feliz, que debía ser padre y que había de darle el cielo una hija digna de vivir en el Edén, y usted, adelantándose a los tiempos, tuvo la feliz inspiración de construir esta ha-

bitación y de plantar esos jardines como para la señorita María.

—Eso es, señor capitán, una jaula de mimbres pintados bien sahumada, como para una cotorrita, — dijo ésta interrumpiendo con presteza al agudo discípulo de D. Pedro Fernández, — pues sepa usted — añadió, — que más de una vez me encamino al bajo y me acerco bien a los juncos, hasta humedecer los pies en el agua, para tomar a mis anchas el olor silvestre de los camalotes, hastiada de aspirar el de los claveles y madre selvas. Y con mayor frecuencia, asida de la mano de mi tío, me ando por ahí, de rancho en rancho, con mi pan en el bolsillo, comiendo churrascos revueltos en la ceniza del fogón de los segadores de las Lomas. ¡Si viera usted qué buenas son esas gentes y cuánto me aman! Por supuesto que siempre es para mí el mejor asiento, es decir, la cabeza de vaca más entera... y la bombilla de lata menos abollada. Así, usted ve, capitán, que esta avecilla se contentaría con cualquier jaula, con tal de gozar en ella aire bien libre, y que la dieran el alpiste con gracia y cariño.

El tío, mientras duraba este rasgo espontáneo del carácter encantador de la sobrina, se sacudía de risa y derramaba en los manteles, sin poderlo evitar, el vino que servía en las copas para asentar el primer plato. Al pasar la botella por sobre el cubierto de María, dijo, haciendo el ademán fingido de llenarle el vaso: —*Vino puella fuget.*

—Eso es, tío amado, écheme usted latines y eco-

nomice su néctar de Mendoza, que no ha de ser tan puro ni sabroso como este de color de crisólitos que nos regala el Paraná con el viento Norte. —Y diciendo esto, levantaba María a la altura de sus pupilas celestes, el cristal lleno de agua.

Los postres, que consistían en compotas de membrillo y ciruelas, hechas bajo la dirección de María, fueron muy elogiados por el huésped, cuyo paladar era voto, como persona bien criada.

—No se imagine usted, capitán, — dijo el padre de aquélla, — que mi hija cuide sólo de nosotros. Tiene también una familia particular para la cual destina un plato que no ofrece a nadie.

—No creo que ustedes tengan envidia del manjar de mis protegidos, que consiste en miel silvestre de las islas. — Y diciendo así alzó de sobre un extremo de la mesa, una ancha copa de cristal pintado, con asas y pie de plata, y salió al corredor seguida de los ancianos y del capitán, curioso por saber para quién destinaba aquella Hebe costera, la ambrosía que llevaba en la mano derecha, mientras con los dedos de la otra hacía un ligero castañeteo como llamando a los espíritus del aire. Adelantó algunos pasos bajo el emparrado, e imitando suavemente los píos del reclamo de las aves pequeñas, movió la copa sobre su cabeza en todas direcciones, como trazando un círculo mágico acompañado de signos de conjuro.

El capitán, fuera de sí, y sin poder contener los pies sobre las baldosas del corredor, como si fue-

sen las del suelo de un horno encendido, dirigíase hacia la hechicera, cuando ésta le detuvo, observándole que en aquella operación no podía intervenir ningún profano.

Al mismo tiempo comenzó a poblarse el aire que circundaba la cabeza de María, con una nube de picaflores de todo tamaño, zumbando, temblando y luciendo los tornasoles metálicos de sus inquietas alitas. Ni las mariposas del trópico en torno de una rosa musgosa, ni la lluvia de fragmentos de flores sobre una paloma blanca recién bajada del nido a beber el agua de la aurora, tienen punto de comparación con aquella maravilla real, superior a las invenciones de los artistas. Las avecitas rumorosas revoloteaban entre los rizos de su protectora y le acariciaban la frente con el vientecillo que levantaban al volar, y bajaban después a posarse en el borde de la copa, en cuyo líquido sumergían la lengua aguda y prolongada como el pistilo de las flores de que se alimentan.

Esta escena duró como un cuarto de hora, durante cuyo espacio de tiempo, el semblante de María, serio, reflexivo y aun nublado con un ligero velo de tristeza, contrastó con la brillante alegría de los seres que la rodeaban. Un no sé qué de santa presintiendo el martirio, se esparcía sobre su fisonomía, y la rueda de los colibrí remedaba sobre su cabeza la aureola de beatitud que conquistan las mujeres célebres por la constancia en su fe.

Por último, la cazadora de aves con liga de miel,

arrojó al aire la que quedaba en la copa; y como si hubieran saltado las gotas del líquido transformadas en rubís, en esmeraldas, en topacios, en granates, en conchillas de nácar, y en pepitas de oro, se dispersaron bulliciosos y deslumbrantes aquellos preciosos pajarillos, creados en el mismo instante en que la naturaleza sembró en los bosques argentinos la semilla misteriosa de la flor-del-aire.

Cuando María regresó hacia el corredor, traía el sol de la tarde a su espalda y proyectaba una sombra fuerte y prolongada sobre la arena en que caminaba con paso lento y solemne, como si se sintiera fatigada de cuerpo y de alma. Aquella sombra tocó primero los pies del capitán, colocado en el centro del corredor, y poco a poco fué cubriéndolo hasta la cabeza. El joven enamorado, exquisitamente impresionable, se conmovió como una sensitiva y todos sus poros se abrieron como para recibir de nuevo la vida; pero experimentó al mismo tiempo, una sensación ingrata, cuya causa se explicó más tarde a solas, con profundo dolor.

Todos sus sueños, desde el primer momento en que conoció a María, consistían en contemplarse feliz en lo futuro, unido para siempre a ella, con vínculos sagrados. En sus desvelos escogía el título de "esposa", para juntarlo con el nombre de su preferida en las infinitas veces que la invocaba. Aquel contacto casual de la sombra de ella, con el cuerpo de él, habíale parecido inopinadamente, un presentimiento de desgracia, representándole como

una ilusión, como el abrazo de una sombra, la posesión de su idolatrada María.

Si estas ideas, vagas y sin sentido todavía para quien las formaba, causaban la melancolía del joven en aquel sitio verdaderamente encantado, ¿por qué razón la gentil y espiritual niña, rodeada del amor de los hombres y hasta del de las aves, y de todos los bienes del mundo, estaba también mustia y entristecida?

—Vaya, María, — díjola el tío, advirtiendo esta situación de ánimo en su sobrina —, pensativa has quedado; ¿qué te han dicho tus pajaritos?

—Muchas cosas, tío.

—¡Muchas cosas! Pero, veamos cuáles son, que no todos, como tú, entendemos el idioma de los moradores del aire.

—¡Qué curioso es usted! Si me pusiera a traducir mi conversación con los colibrí, disgustaría a mi señor padre, y le confirmaría en la idea de que soy una visionaria.

—No, hija mía, habla, habla. Quisiera que el capitán pasase un buen rato oyéndote soñar despierta, como acostumbras. Yo también tengo curiosidad de saber lo que te han dicho esta tarde esos bribonzuelos que se embriagan con miel; — le replicó su padre con el tono más afectuoso.

—No, no, mi padre; otra vez, otra vez será. El señor capitán tiene que retirarse porque ya es tarde y el caballo le espera en el palenque.

—Señorita, usted me despide con mucho inge-

nio, — le contestó el huésped; — pero tiene usted razón de estar cansada de mi silencio contemplativo. La felicidad y la admiración, cuando son verdaderas, son mudas.

—Es verdad; tampoco hacen ruido los vasos llenos, y los corazones colmados de sensaciones, no hablan. Yo me retiro; adiós, señor capitán, sea usted feliz.

—Ve usted, capitán, así es mi María, incomprendible; — le dijo el padre, luego que la hija llegó a la puerta del fondo de la sala, a cuyo umbral se encontraban; — yo la comparo a su clave cuyas teclas dan sonidos alegres como castañuelas y tristes como dobles de honras. Pero, eso sí, contenta o entristecida siempre es buena y amorosa conmigo, con su tío, con todo el mundo. No tome usted a desaire su ausencia anticipada: antes de llegar usted me decía: es preciso que tratemos bien al capitán para que nos visite con frecuencia. Y como sus deseos son leyes para mí, capitán, espero que no dejará usted crecer los *yuyos* en el camino que nos separa, al menos mientras dure la buena estación.

El capitán lo prometió así y se despidió de sus nuevos amigos con las demostraciones más sinceras de estimación.

Encerróse María en su aposento, abriendo de par en par las ventanas para que el aire libre y el ruido de los árboles se asociaran a las sensaciones que la embargaban. El peso del alma abatía sus miembros,

y apenas tuvo aliento para desceñirse el cinturón, soltar sus trenzas y reclinarsse en los almohadones de un sofá. Allí permaneció más de una hora, inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el confín del horizonte en donde se juntaban las nubes del cielo y las olas un tanto inquietas del río. La firme concentración de su mirada y los movimientos frecuentes del leve cambray que la cubría el seno, decían claramente que meditaba y sentía, y que en su cabeza y en su corazón se daban cita para resolver el problema de su felicidad, todas las fuerzas morales de aquella criatura inteligente y afectuosa. En semejante situación, juntábase en María cuanto la mujer puede presentar de encantador y cuantos atractivos dieron en el mármol los antiguos artistas a las diosas en quienes creían; el divino Rafael se habría echado a sus pies suplicándole que se prestase a ser modelo de una Venus cristiana. Pero el arte humano condenado a vivir de la rastrera imitación, estará eternamente privado de contemplar y de copiar cuadros que sólo se presentan entre misterios a los ojos de Dios, como se presentaba el de María a la media luz de la tarde.

María se sentía transformada, y a veces se palpaba a sí misma creyéndose otra, sorprendida de sentir y de imaginar cosas que jamás, ni en sueños, había concebido. Por el instinto y la lectura adivinaba la existencia de lo que se llama "amor"; pero los libros que le permitían frecuentar, hablaban de este sentimiento en lenguaje trivial, risueño, aná-

logo a aquella gastada imagen del niño ceguezuelo que hiere los corazones con flechas doradas y aprisiona con grillos de rosas.

Mientras tanto, ella se sentía iniciada repentinamente en un gran misterio. Las ideas risueñas e infantiles huíanle como sus colibrí dispersos, para dar entrada en el alma que antes ocupaban sin rivales, a los pensamientos graves, a la contemplación del porvenir, a la idea de otro mundo doméstico en que no figuraban solos su padre y su tío. Parecíale que éstos no eran ya suficiente para llenar todas sus aspiraciones, para sostenerla en el camino de la vida, para hacerla dichosa, en fin, porque la noción de la felicidad se le presentaba bajo diferentes condiciones que antes. Hasta allí había sido dueña de su imaginación, la que, sana y sin nublados, paseaba a su arbitrio y sin rémora por los objetos de su elección; y su inteligencia, como una cera, se amoldaba y contraía sin obstáculo a las materias más variadas. Ahora, una sombra con forma determinada y con nombre propio, venía sin ser llamada a colocarse, no sólo delante de sus ojos, sino delante de todas sus ideas, distrayéndolas y dándoles siempre una misma dirección. El susurro de las hojas y el canto de las aves, eran para ella la voz de aquella sombra; las nubes del poniente tomaban para ella la forma de la misma sombra, y hasta la de su cuerpo la sorprendía, creyéndola la imagen real de aquella visión de todos sus instantes. ¡Cuántas veces no se ruborizaba al notar que

tendía los brazos maquinalmente para estrechar su ilusión, y cuando sintiéndose desfallecida de ánimo buscaba en esa misma ilusión un apoyo, y pretendía reclinarse en ella!

El más poderoso de los sentimientos, enseñoreado de María, desarrollaba en ella las facultades poéticas que constituían casi exclusivamente su naturaleza. Dentro de ella resonaban las estrofas armoniosas de un poeta que ninguna pluma ha acertado a escribir; y para que nada faltase a su perfección, la melancolía guiaba el ritmo y daba sus penumbras a ese poema concebido en aquellas entrañas de Musa. La producción de su alma se fué de este mundo con ella, porque hay concepciones que por demasiado bellas, no pueden representarse con palabras. Pero algo podrá traslucirse de la obra por las acciones de la poetisa.

Cuando interrumpió su meditación, encendió dos bujías de cera perfumada, y las dos llamas rosadas iluminaron un cuadro al óleo que representaba la Asunción de la Virgen, llevada entre nubes en alas de una multitud de ángeles. María oró delante de aquella imagen, heredada de su madre, y en seguida, acercándose a una cómoda de jacarandá tallada a cincel e incrustada en nácar, sacó de una de sus numerosas gavetas, varios útiles de costura y se puso con precipitación a plegar en forma de círculo la franja de seda celeste que había llevado de cinturón durante las dos visitas del capitán. Aquella prenda de su vestido se transformó entre sus dedos,

en una elegante *cucarda*, que era por aquellos tiempos el distintivo de los amigos de la revolución. Cada pliegue, cada puntada de aquel talismán patrio, representaba un pensamiento, una aspiración, un suspiro de María, cuyo corazón había tomado tanta parte en la labor de su aguja que quedó como si hubiera subido la falda de una montaña, y se arrojó sobre el sofá en donde de nuevo, se sumergió en sus reflexiones. Estando así, acertó a entrar por una de las ventanas una de esas ráfagas locas que soplan en la alta noche, y se produjo en el silencioso aposento un sonido vago y armonioso. María tembló como una sensitiva. Parecióle oír una voz que la saludaba, suplicándola hiciese sonar la suya; porque el viento había producido aquel ruido, sacudiendo la caja de una guitarra que pendía de la pared a la cabecera del sofá. Púsose en pie y echando ansiosa la vista por la oscuridad de los jardines, descolgó el instrumento, apagó las luces que aun ardían frente a la imagen de su devoción, y exhaló su duda, su amor y su melancolía, cantando una canción cuyos versos y música nadie le había enseñado. He aquí esa especie de globulillo de aire, que se escapó de entre sus dedos, teñido con los tenues e indeterminados colores de la melancolía:

Sombra de mi vida,  
Nube de mi sol;  
Era una esperanza,  
Corrí de ella en pos.

Y al ir a gozarla  
Nada se volvió;  
Cual sombra en el día,  
Cual nube en el sol.

Sombra de mi vida,  
Nube de mi sol,  
Figura velada  
De triste crespón;  
Malhechora maga,  
¿Por qué oscureció,  
Tu sombra mi día,  
Tu nube mi sol?

Sombra de mi día,  
Nube de mi sol;  
Imagen que pasas  
Diciéndome adiós;  
¿Por qué despiadada  
Tu aliento sembró,  
De sombras mi día,  
De nubes mi sol?

Sombra de mi día,  
Nube de mi sol;  
Tormento de una alma  
Nacida al dolor;  
Eres mi esperanza  
Que se deshojó;  
La sombra en mi día  
La nube en mi sol.

Sombra de mi vida,  
Nube de mi sol;  
Funesta te agrandas

A esta hora en Dios  
Envuelve en la nada  
La luz que pasó,  
En sombras el día  
Y en nubes el sol.

La voz de María, suave y querellosa como la de las auras en el ramaje, incitó la de las avecillas cercanas, que confundiendo la luz ya pálida de los luceros con la del alba, adelantáronse a saludarla con todo el entusiasmo de sus gargantas. Para ellas era como siempre aquella aurora, la mensajera del día que con dedos de rosas hace brotar el contento de en medio de las tinieblas; mientras que para la torcaz herida que acababa de arrullar en su guitarra, era un espíritu siniestro que huía envuelto en la mortaja de la noche, dejando tras sí las tristezas de la mañana. ¡Qué contraste entre estas dos armonías; entre los gorjeos en la arboleda y el canto del aposento; entre la constante alegría de la naturaleza y el frecuente desabrimiento del alma humana! ¡Dura compensación del don de la inteligencia! El ave, es verdad, experimenta también sus dolores, puesto que los juegos de un niño o los placeres de un cazador pueden dejarla sin hijos y sin compañero. Pero en la primavera inmediata volverán a bullir en el nido los polluelos, y la dicha presente borrará completamente de la memoria del instinto el dolor de aquellas pérdidas. ¡Mas quién podrá borrar de los recuerdos de una mujer el naufragio que sufrió en su corazón, una de sus espe-

ranzas, uno de sus sueños? La oración lavaré sus remordimientos; pero las estigmas que le abrió el amor no se cicatrizarán en ella con los bálsamos del cielo.

No se mostraba aún el sol, cuando salió María de su aposento y comenzó a pasearse por los jardines, cuyas flores recién engalanadas con el rocío, se mecían sobre las ramas al soplo de los aires frescos. Pero la víctima del insomnio de una noche entera, no tenía sentidos para gozar de los colores ni de la fragancia de las plantas, por en medio de las cuales pasaba distraída, indiferente, desfallecida, suspirando, casi llorosa, con el cabello suelto y con los ojos rodeados de un tinte azul como si las lágrimas hubiesen desteñido sus pupilas. A veces caminaba de prisa; a veces, deteniéndose, levantaba la cabeza hacia arriba, y movía los labios como si orase o pronunciase algún nombre que la infundiera amor y veneración a la vez. Iba a sentarse en uno de aquellos bancos sombreados por palmas en donde en presencia del capitán había tejido la guirnalda para su jilguero, cuando sintió el galope de un caballo que se acercaba. María, sin poderse contener corrió hacia la tranquera, y apenas había andado la mitad de una de las calles del jardín, cuando enfrentó con el capitán que caminaba con paso acelerado, visiblemente inquieto, y como quien duda de si comete o no una acción reprehensible.

Según las reglas de la táctica hipócrita de los salones, María debió volver la espalda a aquel atre-

vido que en horas desusadas violentaba las puertas que la hospitalidad más generosa le había dado a conocer. Pero ella, virtuosa y candorosa de veras, se dejó llevar de sus impulsos primos, y se dirigió hacia el hombre a quien ella había depurado de toda flaqueza en el crisol ardiente de su corazón, en donde constantemente mantenía su imagen. A fuerza de elevarse, abrazada con esa imagen, a las regiones donde su alma vivía, el capitán habíase convertido, en la mente de María, en un ser perfecto, en un caballero "destemido y sin tacha", en una idealización del talento, del valor y de la virtud, en un hermano que la sociedad le traía ya que la naturaleza se lo había negado, en una porción de ella misma. Tan hondos fueron los pensamientos que le consagró desde que lo vió por primera vez, que confundiendo la intensidad con la duración, se imaginó que eran años, años de intimidad, las pocas horas transcurridas desde la entrevista al borde del estanque bajo la sombra del ombú.

—¡María!!

—¡Capitán!!

Casi a un mismo tiempo, y como dos notas unísonas, se oyeron estas dos exclamaciones que exhalaron aquellas dos almas, como para confundirse en una sola. Las manos también se confundieron, y las del capitán fueron inundadas en las lágrimas y en los sollozos de María, que no podía contener su apasionada emoción.

—Perdón, mi antiguo amigo de ayer, — díjole

María. — Piense usted de mí lo que quiera; la naturaleza me ha hecho mujer, pero no me ha enseñado a disimular. ¡Yo le amo a usted!

Y como si cometiera una debilidad, y al advertirlo se sublevase en ella el noble orgullo de su pura inocencia, clavando severos los ojos en el patricio, añadió:

—Y tanto peor para usted, capitán, si no me comprende, si juzgándome por las reglas vulgares del mundo, me toma usted por una conquista fácil, por una inexperta niña, fascinada por el garbo de su persona y el lustre de sus galones de oro. Peor para usted, lo repito;... pero mil veces peor para mí, porque morirían todas mis ilusiones, se enlutaría mi alma y me vería obligada a despreciar a quien tanto estimo. Si fuesen burladas estas lágrimas que caen de mis ojos, no las volvería a enjugar ningún hombre sobre la tierra: correrían, sí, de arrepentimiento o de desesperación sobre las manos martirizadas de mi Cristo de marfil, que colocaría para siempre y sin rival, sobre mi escapulario de monja Clara. O usted o Dios.

—¡María, ángel mío! — exclamó el capitán fuera de sí y estampando respetuosos y ardientes besos en la delicada diestra de aquella criatura verdaderamente angelical. — Si usted me ama yo la adoro a usted, pero no como usted lo merece. Yo no soy digno de ser dueño de tanta belleza y de tanta generosidad. Yo venía a pedir temblando, una mirada de compasión, una leve muestra de in-

terés, una palabra de consuelo y de esperanza, y usted, María, pone en mis manos su corazón deshecho en llanto. Comprenda usted mi felicidad; ni un instante se ha apartado de mí la imagen deliciosa de usted desde que la conocí. He vivido sólo para usted fuera de mí, como un autómatas cuyos resortes dependían de la voluntad de María: sin ella yo no quiero ni la felicidad ni la existencia. Pero usted ha hecho de mí una criatura perfecta, lo advino, un ser con una alma semejante a la suya. A ese ser es al que usted ama, al que no ha temido confesar su amor y consagrárselo sin miramientos. Pobre de mí, que no puedo ofrecer a usted sino las dotes de un estudiante y de un soldado, las virtudes del colegio y del cuartel; el agradecimiento de un hombre común, la lealtad jurada sobre un acero sin brillo aún, y una pasión sin más mérito que ser la primera que una mujer me inspira! Pero María, al lado de usted ¿quién no llega a ser bueno, acercándose a se ideal ante cuya idea me anonado? Sí, yo seré digno de usted y seremos felices.

—¿Felices?... — repitió María, interrogando, en un tono desgarrador de duda y de deseo. — ¿Será posible, capitán, — añadió con solemnidad, — que se realice en este mundo y dure en él, la felicidad tal cual yo la comprendo? ¿Será verdad que con las manos asidas, como ahora las tenemos, podríamos pasar la vida amándonos?... ¡Imposible!

A estas palabras, trocáronse enteramente los papeles de este drama, María, gravemente serena, con

el rostro inspirado de una Sibila leyendo en el porvenir, profundamente triste, como presintiendo próximas desventuras para su corazón, dominada y avasallada el alma del capitán que se sentía niño y débil ante aquella joven sublimada por la pureza del amor recién nacido en sus entrañas. El valiente patricio, apoyado al tronco de un árbol, escondía el rostro entre ambas manos y sollozaba y derramaba lágrimas hasta el suelo, sin atreverse a mirar a aquella criatura fascinadora a quien tanto amaba y cuya paz él había turbado para siempre. El corazón se le desgarraba, porque se veía forzado a poner a prueba el de María, comunicándole una noticia que antes de llegar a la chacra se imaginaba que fuese recibida con indiferencia. Dando al fin con gran esfuerzo, una tregua a su llanto, pudo hablar y decir a María.

—Usted es la señora de mi destino, y desde ahora comienza usted a ejercitar su imperio. Decida usted. Anoche he recibido orden de partir dentro de cuarenta y ocho horas para el ejército al frente de mi compañía. Compadézcame usted y resuelva: mi contestación la darán los labios de usted.

Aunque semejante nueva hizo en María el efecto de un golpe eléctrico, estando, como estaba, preparada para recibir cualquier desgracia, no alteró visiblemente la serenidad que su ánimo fuerte había adquirido; y comprendiendo las tentaciones que debían agitarse en la conciencia del capitán, trató

de fortalecerlo en sus deberes en obsequio al amor mismo que le profesaba.

—Capitán, — le dijo, — esa orden despedaza en dos nuestros corazones convertidos en uno solo, es tal vez mi muerte; pero es preciso obedecerla. Si tuviera usted la cobardía de desoír la voz de la Patria y de las obligaciones, no sería usted para mi objeto de cariño sino de aversión. Nuestro amor debe tener por fundamento la estima y ésta se alimenta con actos virtuosos. Parta usted capitán: deme usted frecuentes noticias de sus triunfos y ascensos, mientras yo pido al cielo que le guarde a usted de todo peligro.

—María, usted me arroja de sus brazos...

—No, capitán, mis brazos estarán fieles esperando a usted, un siglo si fuese necesario...

—¿Y a quién recibiría usted en ellos? ¿Al viejo aguerrido mutilado, al rudo militar ennegrecido por la intemperie y la pólvora?...

—Recibiría en ellos, más apasionada que nunca, al valiente, al patriota, digno entonces de ser... mi esposo.

—María, esposa mía, adiós...

—El cielo y mi amor le protejan a usted.

Lloraron amargamente después de este diálogo, hasta que María apartando de sí al capitán, le dijo:

—Los valientes de su compañía esperan a su jefe; — y desapareció a pasos rápidos entre las flores, puestas ambas manos en los oídos para no escuchar el galope en retirada del caballo oscuro.

Caminaba así María hacia sus aposentos, cuando saliéndole al encuentro su buen tío, con el breviario bajo del brazo, le manifestó extrañeza por hallarla tan de mañana en los jardines y con un aire visiblemente inquieto. Desde su ventana, que daba al camino, había notado la retirada a galope de un jinete que no podía ser otro que el capitán, y deseaba aclarar un misterio que se complicaba para él desde el momento en que tropezaba con su sobrina en horas en que por lo común estaba aun recogida. Por supuesto que por la cabeza del sacerdote no pasó la más remota idea desfavorable a María, cuyos sentimientos delicados le eran conocidos más que a nadie. Pero desde luego sospechó que aquellos jóvenes, a pesar de lo reciente de sus relaciones podían amarse ya, y su curiosidad bien intencionada se limitaba a saber si habían tenido o no una entrevista y qué era lo que en ella se habrían prometido recíprocamente. Averiguación que no creía difícil, porque si él tenía libertad para interrogar a su discípula, ésta por su parte confiaba demasiado en el juicio y en el cariño de su maestro para esconderle los secretos de un corazón que era en gran parte obra de aquel filósofo tolerante y cristiano.

—¿Sabes, hija mía, — la dijo el tío, — que acabo de ver pasar a gran galope un caballo oscuro guiado por un jinete parecidísimo a nuestro nuevo amigo, el capitán de patricios? He supuesto que vendría a visitarnos, y que se ha retraído de llamar

a la tranquera por ser la hora demasiado temprana: más tarde le tendremos en casa. ¿No lo crees tú así?

—No, tío mío. El capitán no volverá a visitarnos en mucho tiempo... y quizá nunca más.

—Pues no fué esa la intención que nos manifestó al despedirse la última vez.

—El hombre propone y Dios dispone, amado tío. El capitán marcha para el ejército dentro de pocas horas.

—¿Y cómo lo sabes?

—El mismo me lo ha dicho hace un momento.

Al pronunciar María estas palabras, tomóle las manos al tío y se las besó bañándolas con lágrimas.

—¡María! — la dijo éste, lleno de inquietud, — ¡hija mía! Serénate, cuéntame lo que te pasa. Dios y el cariño que te profeso dictarán palabras que han de consolarte. Habla, mi pobre María, habla.

María enlazó su brazo derecho al cuello de su segundo padre y caminando al par de éste, con paso desalentado, le refirió menudamente cuanto acababa de pasar entre ella y el capitán, pidiéndole perdón por haberle ocultado hasta entonces los sentimientos que el joven militar había despertado en ella desde aquel lunes en que había comido en la chacra.

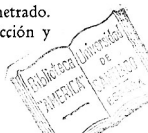
El buen sacerdote, habituado a escuchar con paciencia la relación de las aflicciones de sus semejantes, oyó a la sobrina con interés tiernísimo, y des-

pués de bien impuesto del estado del alma de aquella noble criatura, apoyando las manos sobre su libro de oraciones, como para inspirarse en la caridad de la doctrina de Jesús, derramó pausadamente sobre la doliente de amor, la unción de las siguientes palabras.

—Hija mía, yo no tengo cargo alguno que hacerte. Te ha llegado el momento de cumplir con el destino de toda mujer, y amas a un hombre. ¿Te habrás engañado en la elección? No lo creo así. La pasión del amor es espontánea, y al parecer irreflexiva; pero el instinto de los corazones adiestrados en el conocimiento de lo que moralmente es bello y bueno, casi siempre es acertado, porque la buena educación, como lo es la que tú has recibido, tiene por objeto el moderar y dirigir los movimientos primos de las pasiones.

Antes de conocer al capitán han pasado delante de ti muchos jóvenes bien parecidos, elegantes y ricos, para con los cuales sólo has sido amable y urbana. Has paseado con ellos por estos mismos jardines, y les has despedido sin que llevaran de ti más que unas cuantas flores. El uno te parecía orgulloso; el otro sin talento, aquel demasiado prendado de su persona, éste con instintos comunes, y todos indignos de tu elección. Entre tantos en quienes escoger, ¿por qué has elegido al capitán? He ahí el secreto de tu corazón, secreto que tal vez lo sea para tí misma y que yo creo haber penetrado.

El capitán es rico en talento y en instrucción y



camina a la gloria por la carrera del honor. El talento y la gloria, noble María, he ahí las dos aureolas que rodean al hombre que ha conquistado tu cariño y con las cuales te has deslumbrado. Y si todo es vanidad en este mundo, hija mía; si es vanidad la belleza, si el oro es vanidad, si el orgullo del nacimiento es humo vano, el saber y la fama son también vanidad; pero tienen al menos el mérito de que para alcanzarlos sea preciso hacer esfuerzos de virtud, de constancia y tener bastante fuerza de alma para despreciar los demás bienes del mundo que valen infinitamente menos. Yo te absuelvo, hija mía, por este modo de pensar, si es que he acertado a interpretar tus inclinaciones; pero sabe que mi conciencia no queda tranquila. ¡Ah! la gloria y el talento, cuanto más elevados llevan la frente ante los ojos del mundo, tanto más punzantes son las espinas que la envidia, la ingratitud, la vulgaridad les siembra en el camino. Ligándote a uno de esos seres privilegiados más grandes que sus semejantes, y que resplandecen por la palabra o por el heroísmo ¿no participarás de esas mismas espinas? ¿No serías más feliz al lado de un hombre oscuro en quien las rivalidades y los celos públicos no cebarán jamás el diente y no te expusieran a seguirle en el ostracismo o a llorarle ensangrentado sobre un campo de batalla? ¡Yo soy, tal vez, quien te ha alejado de la dicha silenciosa y casera, dándote a beber demasiado en la copa de la poesía y presentándote espectáculos de la historia

que han extraviado tu corazón del sendero de la verdadera dicha! María, esta consideración perturbaba mi conciencia... Si alguna vez eres desgraciada, perdóname, hija mía, la parte que haya tenido en tu infortunio... Y tú también ¡Dios mío! perdóname.

¡Ah! mi amado tío, jamás le llevaré a usted a mal que haya desarrollado mis propensiones naturales. Antes que a usted tuve por maestro al corazón, el cual siempre se sublevó dentro de mí en presencia de las cosas vulgares y de los hombres materializados. En cuanto a mi felicidad, no se ocupe usted de ella: soy feliz desde algunos días a esta parte, porque el vacío de mis aspiraciones está colmado. No hay mayor martirio que sentir el silencio del desierto dentro del alma vagabunda; que ansiar por el hallazgo en la tierra de la realidad del ser soñado. La melancolía me agostaba como una parásita asida a mi existencia, y la tristeza vana iba cambiando mi naturaleza, haciéndome desconfiada, poco expansiva, huraña. ¿Así es el hombre? me decía a mi misma, cuando observaba a los que buscaban mi conocimiento y mi trato. ¿Tan ridículo y liviano es el apoyo que la sociedad proporciona a la mujer con el título de marido? Ese que pasa la vida acariciando a un talego ¿será un esposo? ¿El que exclusivamente se ocupa de sus caballos y sus perros, podrá ser el compañero de una mujer sensible? ¿Quién podrá tener estima por el autómatas que vive entre el espejo y su sastre como entre dos gra-

ves consejeros? Todos eran ricos; pero ninguno del caudal que a mí me seduce. ¿Qué haría yo dentro de una calesa dorada al lado de un hombre estéril de corazón y de inteligencia? Pasaría humillada por entre la multitud envidiosa de mi fausto, por parecerme que iba haciendo el papel de un animal raro, puesto en exhibición por el lacayo de un charlatán. ¿Con qué máscara cubriría mi vergüenza al escuchar las palabras sin sentido ni cultura de un necio? ¿Qué espinas no me mortificarían al tomar en mis manos dinero que fuese fruto de la avaricia o de la indelicadeza? ¿Yo soy actriz para aspirar el aplauso de la multitud? ¿Soy reina, acaso, para desear súbditos y aduladores? Yo quiero ser feliz, tío mío, para mí y no para el público. Quiero que mi corazón sea de uno solo; que me respeten los audaces como a cosa sagrada por pertenecer a un hombre digno. Quiero que al apoyar mi brazo en el de mi esposo, me enorgullezca sintiendo que me apoyo en la fuerza de la virtud y del talento.

Usted calla, tío mío, porque me encuentra que tengo razón, y porque mis palabras son un mal reflejo de las ideas que usted me ha infundido. Mi gratitud será eterna hacia el maestro que me ha librado del tormento de caer llena de vida en poder de un cadáver. La mujer bien educada, está expuesta a la suerte de las cristianas hermosas que caen en poder de berberiscos y pasan de las aguas del Mediterráneo al fondo de un harem, en donde, idioma, costumbres, religión, placeres, les son des-

conocidos y antipáticos. ¿Cómo es que tiene usted remordimiento de haber ayudado a su sobrina a escaparse de los piratas moriscos? Vaya que casi me vuelve usted mi buen humor. Se va usted poniendo olvidadizo con los años. Muy bien que ha metido usted sus dedos en los ojos de mi tijera, cuando murmurábamos a solas de los antiguos concurrentes a la chacra. Todavía recuerdo algunas de las chistosas ocurrencias de usted. ¿Se acuerda usted de aquel gazmoño a quien llamaba usted *Herodoto* porque confundía la heroica patria de Poniatuski con la santa abogada de las muelas? *D. Catón de la Mancha*, es un apoyo creado por usted para designar a aquel sibarita cincuentón, víctima de todos los apetitos, gran devoto de la humanidad y enemigo bilioso de sus favorecedores, que con los labios tiznados con las caricias de la crápula, hablaba de abnegación como un Graco, de virtud como un Aristides, de fortaleza de alma como un Scévola o un Sócrates, ¡y no era más que un fanfarrón!

—¿Y estás bien segura, sobrina del alma, de que el capitán no participa de las debilidades de algunos de esos tipos?

No comprendo esa pregunta, tío amado, después de los elogios que usted le ha prodigado delante de mí y de mi padre. Hombre es y tendrá sus defectos; yo no he notado en él sino perfecciones, y una gran superioridad sobre cuantos jóvenes se han acercado a mí con intención de agradarme. No es el más hermoso de entre ellos, por cierto; pero

la belleza de su rostro no es la común; no es del exterior, sino interna. El alma mueve e ilumina su fisonomía, y los órganos de sus sentidos no parecen de una criatura de este mundo. Sus ojos no ven sino que hablan, y su voz piensa y siente al mismo tiempo que convence por la seducción de su armonía. Usted es testigo de sus maneras; no se puede dar mayores muestras de urbanidad y de blandura que las que él me ha dado, y no obstante, he temblado delante de él, porque su inteligencia y su fuerza moral me han subyugado toda entera...

—Tú no podías sino amar así, María; con exaltación. Pero, créeme: en este mundo la felicidad es compleja. Es preciso que el alma y el cuerpo satisfechos, la una en su conciencia, el otro en su bienestar, se armonicen para constituir esa felicidad, objeto de todos nuestros desvelos y afanes. El capitán es, sin duda, digno de ti; pero es militar, la patria lo llama a la lid, "a la lid tremenda", como dice nuestro Luca, y la Patria tiene un altar demasiado ancho para que se contente con pocas víctimas...

—Mi tío ¡por Dios! no continúe usted; no evoque usted el espectro de la muerte entre él y yo. ¡Horrible divorcio!... y sin embargo, posible. Pero ya se lo he jurado: "él o Dios". Mi resolución está tomada, y espero tranquila el porvenir, porque ninguno de sus fallos me tomará desprevenida. ¡Hágase, Señor, tu voluntad!

María pronunció estas últimas palabras de la

oración por excelencia, levantando las manos y los ojos al cielo, arrojando dos lágrimas que rodaron enteras por sus mejillas y se perdieron en su seno. Aperciéndose de la impresión producida en su tío, trató de dar otro giro a la conversación e hizo la siguiente pregunta cuya contestación le interesaba:

—¿Y será larga la guerra emprendida en el alto Perú?

—Hija mía, propones un problema para cuya resolución no soy yo el más aparente. Nuestra experiencia es grande en materias militares. El entusiasmo suple a la ciencia y el valor a la disciplina. Los licenciados se hacen generales y los oficinistas cabecillas; los artesanos infantes y los gauchos granaderos montados. Así comienza nuestra revolución armada. Pero la causa es buena. Es preciso sublevar el Perú y hacer allí amable y deseada la libertad como lo es a las orillas del Plata, para que el poder español se ahogue por sí mismo en la capital de aquel vasto Virreynato, en Lima que es el Madrid del Pacífico. La masa de grandes poblaciones es una mezcla de antigua barbarie y de preocupaciones inoculadas con la conquista. Ahora treinta años se sublevaron en odio a la raza blanca; pero no por las altas razones que motivan nuestra revolución. Ellos comprenden la libertad como las alpacas y las llamas, para vivir holgados y holgazanes al aire libre de sus cerros. Pero esa no es la libertad de Mayo, que nos exige, trabajo, abnega-

ción, virtudes. Puede ser muy bien que esos hombres resistan al bien que pretendemos hacerles. En ese caso, hija mía, la guerra puede ser duradera y peligrosa...

—Pero, bien, la razón me dice que cuando un militar ha cumplido con su deber durante algunos meses, tiene derecho a pedir un poco de descanso en sus hogares.

—Por cierto que sí.

—Pues entonces, yo tengo motivo para esperar tranquila la pronta vuelta del capitán. Los valientes burlan los peligros y la suerte les es propicia. Tío mío, deme usted un abrazo y la enhorabuena anticipada...

Y pronunciando estas palabras, se alzó María del asiento y obligó a su tío a seguirla hacia la casa, tomándole el brazo sobre el cual se apoyó, arrebatándole al mismo tiempo el breviario, cuyas viñetas y rúbricas coloradas examinó distraída mientras atravesaron los jardines.

Así que la sobrina y el tío se separaron, buscó éste a su hermano para comunicarle lo que pasaba en casa y concertar con él la conducta que debían guardar para con María y para con el capitán en campaña. El chacarero amaba demasiado a su hija para contradecirla en una inclinación tan vehemente, y tenía bastante buen sentido para desconocer que los obstáculos habían de darle resultados contrarios en caso que quisiese ponerlos en el camino de la voluntad decidida de una criatura

incapaz de disimular sus resoluciones. Dispuesto a respetar la elección de María, no quiso, sin embargo ocultarla cuales eran sus deseos y miras con respecto a las condiciones del hombre que él le hubiera escogido para esposo. "Habría querido, la decía repetidas veces, verte ligada a un rico propietario, ajeno a los negocios públicos, que pasase la vida entre fieles capataces que le rindiesen cuentas exactas; a un hombre como yo, de quien jamás tu madre tuvo la más leve queja. Ese hombre, fiel, casero, monótono, si tú quieres, y siempre el mismo durante los trescientos sesenta y cinco días de cada año, te haría más feliz de lo que te imaginas". Sostenía estas opiniones con toda tranquilidad, apoyándolas en consideraciones juiciosas; pero María le desbarataba todos sus raciocinios con el brillo de su imaginación y con los rasgos bondadosamente irónicos que la eran naturales. Agotada esta materia de discusión, quedó establecido entre los miembros de aquella familia, que la señorita había triunfado, que el capitán sería su esposo, que María tendrá libertad completa para comunicarse con él, y que el padre y el tío leerían asiduamente la gaceta para tenerla al corriente de la suerte del ejército patrio.

Así que María completó su conquista e hizo imperar su voluntad, se concentró dentro de sí misma y llamó a silencio a todas las alegrías pasadas. Alejó la jaula del jilguero, abandonó los picaflones y echó un velo oscuro sobre los instrumentos de

música. Y, como si temiera que los perfumes la distrajeran de la idea fija que acariciaba en su alma, abandonó el cuidado de los jardines y guardó debajo de los muebles los vasos de porcelana en que colocaba las flores de su predilección. Veíase-la, días enteros, clavada la atención sobre un libro, cuyas páginas volvía sin leerlas, o bien cuando el tiempo era hermoso, recorrer los alrededores, asistiendo a los enfermos pobres y repartiéndoles pan y limosnas. Una vez prolongó su paseo hasta la ciudad y bajó al locutorio de las monjas Claras, donde era Priora, una anciana respetable y piadosa, tía abuela suya por parte de madre.

La deliciosa chacra de San Isidro, tan concurrida poco antes y tan hospitalaria, yacía hundida en la tristeza y el silencio. La vida de sus habitantes que hasta allí se deslizaba al calor de los goces de un hogar sin nubes, parecía sorprendida repentinamente por el hielo de un invierno inesperado. Las hojas de las plantas no susurraban ya en sus tallos: caídas al suelo se quebraban con ruido fufnesto bajo los pies distraídos de María, de su padre, del sacerdote, las pocas veces que buscaban las abandonadas sombras de la arboleda. Las largas pláticas, los diálogos chistosos, las réplicas agudas de la discípula, las sanas y dicretas advertencias del maestro; el estudio cotidiano y la lecturas de los poetas, todo había desaparecido para dar lugar al desabrimento de una sola y permanente idea. Comían en silencio, se miraban con ti-

midez, se huían unos a otros como si temiesen hallarse expuestos a reproches recíprocos por la causa del sinsabor de que todos participaban. El tío persistía en dudar de su talento de *educacionista* (¡modestia poco común en los que se dan este título!) abrigando los escrúpulos que ya conocemos, por haber contribuido a desenvolver en la sobrina los instintos romancescos de su carácter. María por su lado, agravaba su pena al considerar que su situación acibaraba dos existencias que la naturaleza y el amor colocaban bajo la protección de su juventud y de sus gracias.

Sin embargo, nunca los vínculos que unían a aquellos tres seres, fueron tan estrechos como desde el momento en que sus espíritus cayeron en la aflicción. Si materialmente vivían menos en contacto que antes, si más de tarde en tarde se dirigían la palabra, no por eso se habían entibiado aquellos corazones acostumbrados a latir de acuerdo, y se amaban con tanta más fuerza cuanto que necesitaban más unos de otros para soportar y resistir las amargas que de pronto los había inundado. El sacerdote, más ingenioso que su hermano para distraer a María, propúsola hacer un estudio especial de la geografía americana, comenzando por la del Perú; y puede asegurarse en conciencia, que jamás geógrafo alguno desde Ptolomeo hasta Maltebrun, halló quien aprovechase tanto de sus descripciones como aprovechó María de las que le hizo su tío, de las montañas, de los valles, de los

caminos al pie de los torrentes, que distinguen al suelo variado del país de los Incas. En el espacio de un mes se puso en estado de rivalizar con el Barón Haenke y con el cosmógrafo Bueno, pues sabía de memoria el nombre de todos los pueblos, aldeas y cortijos que median entre Tarija y Potosí y entre este cerro afamado y la ciudad de los Reyes.

Inclinada sobre el mapa, pasaban para ella las horas como instantes, porque al través de los signos de convención que representan corrientes fluviales, mesetas, *pampas* y desfiladeros, descubría con su imaginación a las huestes patrias en marcha, trepando las cumbres, serpenteando por los valles, reflejando la luz del trópico en sus valientes bayonetas. Figurábase que aquella familia de bravos padecía hambre y sed, y que ella tomaba en el brazo un canastillo abastecido de licores, de pan y de frutas, y en alas de su simpatía llegaba hasta ellos, reproducía el milagro de Elías y consolaba a los afligidos por el amor a la Patria.

Era que allí con ellos estaba el capitán de quien un momento no se apartaba la memoria; seguíalo paso a paso, en el campamento, en la jornada, en la guerrilla, en el combate que ella fraguaba en sus sueños apoyada en la pared de que pendía la carta del Perú. A veces sonreía y se erguía llena de complacencia, porque parecíale ver sobre la falda de una eminencia al prometido esposo, cabalgando su Oscuro, levantando en alto la espada y señalan-

do con ella al enemigo al grito de: "¡A ellos! ¡Victoria!". Otras veces contraía las facciones como si sintiera dolor en las entrañas más nobles, porque antojábasele que el capitán, en una *puna* combatida por los huracanes, yacía sepultado bajo una capa de neblina fría como el hielo.

Está por demás el decir que el ausente por quien se desvelaba María, la daba frecuentes noticias de su salud y de su situación, por cuanto correo se despachaba del ejército para Buenos Aires. Pero hacía ya algún tiempo que no sabían nada de él en la chacra de San Isidro, cuando una tarde en que sus habitantes se hallaban disfrutando de los últimos rayos de un sol de otoño, se acerca a ellos un sirviente, trayendo para el Doctor un pliego cerrado con una oblea grande, cuadrada y colorada, y marcada con letras gordas impresas del mismo color, contraseña oficial de las estafetas de antaño. Tomóle el clérigo con precipitación e interés, diciendo: "Reconozco en la letra del sobre la de mi condiscípulo el Cura rector de Humahuaca, noticioso incansable, que se pirra por comunicar malas nuevas. Quizás en esta ocasión haga tregua a su pésima costumbre". Ordenó en seguida que se encendiera luz en su escritorio, y dando las buenas noche, se despidió disimulando del mejor modo la inquietud que le inspiraba aquella correspondencia inesperada. María, no menos turbada que el tío y no menos disimulada que él, besó la mano de su padre y se encerró en su aposento, resuelta a no

perdonar súplica ni astucia hasta imponerse de las noticias de Humahuaca que no podían menos de interesarla por venir de punto tan inmediato al teatro de la guerra.

El sacerdote, después de imponerse de la carta de su condiscípulo, apagó la luz y subió a un altillo en donde acostumbraba rezar en la noche, y hacer sus últimas lecturas piadosas. María le observaba desde la ventana de su aposento a oscuras, y llena de zozobra, de dudas y de curiosidad, ocultando con la fina bayeta de un rebozo blanco, ribeteado con cinta azul, la luz de una bujía, entró en el escritorio a registrar los papeles manuscritos que llenaban la mesa de estudio. A poco andar tropezó con la carta recién recibida y se puso a leerla con la ansiedad con que el reo se impone de la sentencia que acaban de firmar sus jueces. A los pocos renglones lanzó María un ¡ay! desgarrador y terrible, dejó caer el papel y apagó con suspiros la llama de la vela que alumbraba un trance para ella más doloroso que la muerte. Su amante idolatrado, el capitán de patricios, su esposo futuro, sorprendido por una emboscada enemiga, había sucumbido a los golpes de un grupo de cobardes, a la mitad de los cuales, él solo, hizo morder el polvo antes de caer bañado en la sangre que derramaba por sus numerosas heridas.

En el pobre corazón hecho pedazos de María estalló una tormenta, y al resplandor de uno de sus lúgubres relámpagos de despecho, concibió la

idea de abandonar inmediatamente la chacra y aprovechar el rato de la noche para trasladarse a Buenos Aires y encerrarse para siempre en el monasterio, en brazos del esposo celeste de las vírgenes, ya que el que ella había elegido en la tierra no existía sino para la gloria y los recuerdos.

Así que el silencio y la oscuridad reinaron en todas las habitaciones, salió María de la suya y llamando a su perro favorito (valiente mastín de los *cimarrones* de la pampa), enderezó sus pasos precavidos hacia la tranquera, y tomó en medio de las más densas tinieblas el camino alto, sin darse casi cuenta de sus acciones ni de los peligros a que se exponía en el tránsito.

A la madrugada, delante del altar en donde se celebró la primera misa en la iglesia de las Catalinas, se veía el bulto esbelto de una mujer joven, cubierto de la cabeza a los pies con un mantón oscuro, a cuyo lado jadeaba vigilante un perro blanco, azorado de encontrarse en aquel sitio nuevo para él.

Concluido el sacrificio, levantóse la del manto y habló con una de las monjas por la ventanilla de la reja que da al presbiterio, y de allí se encaminó al locutorio, cuya puerta interior se abrió, y se cerró luego con ruido tras ella, como si rechinasen los goznes enmohecidos de un sepulcro.

María cumplía el juramento expresado tantas veces por ella con estas palabras: *o Dios o él*.



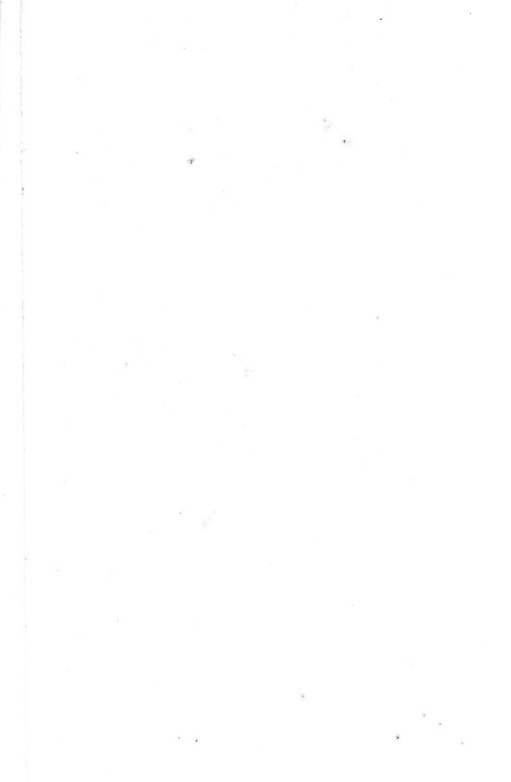
## INDICE

	<u>Página</u>
<i>Grandes Escritores Argentinos</i> .....	5
<i>Críticas y narraciones</i> .....	9
<i>Don Juan María Gutiérrez</i> , por Juan B. Terán. (Prólogo) .....	11
Estudios histórico-críticos sobre la literatura en Sud-América .....	21
Descripciones de la naturaleza de la América española.	46
Noticias sobre un libro curioso y rarísimo, impreso en América al comenzar el siglo XVII .....	58
Mitología de las naciones de raza guaraní .....	82
La primera sociedad literaria y la primera revista en el Río de la Plata .....	104
La literatura de Mayo .....	121
La Sociedad literaria y sus obras .....	147
El hombre hormiga. (Artículo sobre costumbres de Buenos Aires en 1838) .....	193
El capitán de Patricios .....	199





IMPRESA MERCATALI.  
ACOTE 271 — BUENOS AIRES



GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS

*Director: Alberto Palcos*

XXII

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

CRÍTICAS Y  
NARRACIONES

*Prólogo de Juan B. Terán*

EL ATENEO

Librería Científica y Literaria

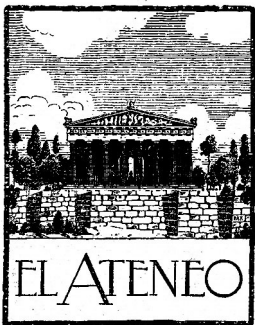
FLORIDA 371 - CÓRDOBA 2099

BUENOS AIRES

1928







EL ATENEO